Doctor Lureau

la sexualidad maldita



LA SEXUALIDAD MALDITA

DOCTOR ANGEL MARTIN DE LUCENAY

LA SEXUALIDAD MALDITA

Estudio sobre aberraciones sexuales auténticas

AGENCIA MUNDIAL
DE LIBRERIA
BARCELONA, 1931.

Reservados todos los derechos

PRINTED IN SPAIN

PEREDA, IMPRESOR — ANCHA, 33 — BARCELONA

PROLOGO

A manera de prólogo y ensayo sobre Cristianismo, Pudor, Coeducación y Sexualidad perversa.

El Cristianismo puro y austero, aquel que llegó a ser fuente y norte de la moral más diáfana en los pueblos entonces civilizados, ¿es el Cristianismo de hoy?... No; evidentemente, no.

Del fundamento y la interpretación idealista de la doctrina en los primeros siglos de su influencia a la expresión utilitaria y sofística que adopta en determinados aspectos actuales, va un verdadero abismo. No cabe duda que los principios fundamentales del dogma son inmutables; pero no hay que olvidar tampoco que las manos profanas de los hombres, con sus egoismos y sus ambiciones, deformaron la estructuración sencillísima del magno edificio cuya fragilidad no se prestaba demasiado a soportar sin derrumbarse el peso de una complicada fábrica de arrequives y adornos. El vie-

jo Cristianismo fué el gran recipiente de toda una moral. El Cristianismo nuevo, reformado y deformado, es el mismo recipiente, pero agrietado, y por cuyas grietas se vierte la linfa de su puro contenido.

La moral cristiana que quieren imponer los hombres, imperfecta por ser humana, es algo que no se parece mucho a cuanto con tan buena voluntad se esforzó en predicar el Divino Loco de Galilea. Esto pudiera subscribirlo Perogrullo.

La Ciencia y la Historia, que al decir de Cicerón es la gran maestra de la vida, no admiten sofisticaciones. Son dos abismos peligrosísimos de salvar para la intransigencia de los teorizantes.

El caso de María Inmaculada, según la definición puramente católica—no digamos cristiana—, no es tan fácil ponerlo como ejemplo contundente a una joven de nuestros días si ésta es eminentemente cristiana—no digamos católica—. Puede ser que la muchacha, devota acérrima de María Inmaculada, tan ruborosa y púdica como nos dicen que fué la Virgen, llegue a ruborizarse cuando oiga hablar de las excitaciones de Cristo a los hombres para la perpetuación de la especie, lo que implica, en cierto modo, un ataque al pudor...

Durante los principios de la Revolución Francesa, el ciudadano De la Chauvinière se

hizo célebre cuando, ante el Comité Republicano de Poussignot, exclamó: "El celibato es una afrenta a la Naturaleza. Y como la República se funda en las leyes de la Naturaleza, el que va contra la Naturaleza no puede ser republicano".

La moral de las costumbres no puede medirse con la rígida vara de las religiones. Estas se obstinan en permanecer inmutables—¿hasta qué punto?—ante la eterna erosión de los siglos. Mientras envejecen los usos o prácticas, los hombres, ya lo he dicho, introducen innovaciones que las deforman e impurifican; esto lo advierte la moral de las costumbres. Al efecto, recuerdo la frase de cierta elevada personalidad española, durante el acto inaugural de un edificio propiedad de determinada orden religiosa.

Al observar dicho personaje los suntuosos detalles de instalación de tan magnífico predio, exclamó:

—Si esto han hecho con el voto de pobreza, ¿qué harán con el de castidad?

La violación tan descarada de un voto, da motivos para mal pensar de la fidelidad debida al otro. Y en vista de ello, ¿qué diría el ciudadano De la Chauvinière de esta afrenta a la Naturaleza y aún a la misma doctrina de Cristo perpetrada por los más insignes católicos?...

Cristianismo, Pudor, Catolicismo... Escabro-

sillos resultan los temas para armonizarlos con el de la moral de las costumbres. Me refiero al aspecto más crudo de esta moral, al más epidérmico y al más espectacular también. En suma, al que por ser el más sano, más pugna con los rígidos principios de la moral cristiana según la entienden sus mixtificadores: la ola de impudor que envuelve a la juventud actual.

¿Ola de impudor?... ¿No parece la expresión demasiado fuerte?... Pues, a pesar de todo, tal es el furibundo anatema lanzado por los profesionales del pseudo-puritanismo sobre la frívola sociedad de hoy, que en su despreocupación por las cosas del espíritu escucha las tremebundas catilinarias como quien oye llover.

El motivo esencial de tan enérgica protesta lo constituye la promiscuidad de sexos en que se manifiestan los jóvenes en bailes, playas y estadios deportivos, donde el naturalismo ha substituído al recato tradicional de nuestros abuelos, que no se bañaban y cuando habían de lanzarse a sus andanzas caballerescas, tenían buen cuidado de colocar a sus esposas e hijas aquellos malhadados e inútiles cinturones de castidad que intentaban afirmar la teoría física de la impenetrabilidad de los cuerpos...

Suciedad en el cuerpo y miseria en el alma. Díganlo los apologistas de aquella reina que se llamó Doña Isabel la Católica, quien, gracias a su obstinado catolicismo, aportó al cromo una

nueva tonalidad hasta entonces desconocida: el color "camisa de Isabela". Tal fué el resultado de su pintoresca hidrofobia en el verdadero sentido de la palabra.

Las religiones envejecen: la vida se renueva todos los días. A la férrea separación de los sexos, sucedió el imperio de la promiscuidad bienhechora. En los odres arcáicos de las viejas morales cabe el vino nuevo de las vides nuevas, de las normas útiles.

Los moralistas de museo arqueológico se escandalizan y chillan pregonando sus creencias de piadosos varones, tan reñidas con la higiene, ante la nueva fórmula de los sabios sociólogos, de los buenos médicos y de los pedagogos super-cultos: la Coeducación.

La Coeducación es la piqueta demoledora de la gazmoñería antinatural e impráctica. Este sistema, que no es lo bestial ni disolvente que creen nuestros burgueses egoístas y asustadizos, ha nacido en Rusia. Y aunque ciertas propagandas tiendan a deformar lo puro de su enunciado—como se deformó el Cristianismo en el ánimo popular e ignaro—, la Coeducación tiene la virtud eminente de edificar un pueblo nuevo, dando a las generaciones la más consciente capacidad para desempeñar los fines a que la Humanidad fué creada.

Los niños, desde su más tierna infancia, aprenden a vivir en comunidad de sexos. De

esta convivencia brota fuerte y pujante la flor del respeto mútuo y del recíproco conocimiento. La igualdad de cultura primero y la de derechos después, coloca a niños y niñas en el plano de las condiciones idénticas. En unos y otras, el deporte en común forma temperamentos iguales, vigoriza y elastifica los músculos y el sabio adagio latino de "Mens sana in corpore sano", se evidencia en todo su magnífico esplendor.

Veamos hasta que extremo puede relacionarse cuanto va escrito con lo que voy a escribir ahora.

* * *

No pretendo revelar el descubrimiento de hechos sensacionales que puedan enriquecer el abundante venero de observación que ofrece a la Humanidad el inquietante problema sexual, cuya actualidad indiscutible ya ha merecido la atención investigadora de muy insignes hombres de Ciencia.

La sexualidad, en todos sus aspectos, ofrece los más diversos matices, las más antagónicas facetas, y su enunciado es tan viejo como la Humanidad misma. Puede basarse tan concreta afirmación en el contenido de los libros sagrados de todas las religiones, en cuyas páginas, con más o menos ingenuidad o con mayor

o menor riqueza narrativa, sus autores se ocuparon extensamente de todo aquello a que alcanzaban sus facultades críticas o sus simples anhelos de observación.

En los tiempos—no tan remotos—en que la Ciencia y la Teología vivieron en una pugna terrible y constante, las investigaciones científicas hubieron de ceder terreno a la intrusión de los dogmas acorazados siempre de incomprensión y de intransigencia.

La sexología no se prestaba a ser objeto de un serio estudio concienzudo y cómodo que pudiese rendir a la Humanidad sus beneficiosos frutos. Los atormentados por el morbo de muchos vicios, de muchas perversiones y calamidades, estas pobres víctimas, lejos de ser entregadas a las manos virtuosas de los físicos, caían bajo la férula inquisitorial, yendo a mitigar sus ardores e inquietudes sexuales en las hogueras crepitantes de la Santa Inquisición, luego de haber pasado por las salas de aquellos tribunales feroces, cuyos jueces, grandes sádicos en su mayoría y tan imperfectos o más que los mismos sentenciados, aplicaban las leyes que ellos mismos instituyeron en nombre de un Dios bueno, omnipotente y misericordioso...

Pese a todo ese horroroso cuadro, justo es reconocer en aquellos teólogos la buena intención que les guiaba en beneficio de la moral

persiguiendo a los "posesos del Gran Cornudo", con sus anatemas y con la cruenta inflexibilidad de tales métodos represivos. Esta verdad incuestionable tiene en su esencia la única atenuante de sus enormes errores.

Hoy, por fortuna, los procedimientos son muy otros, ya que, físicamente, sólo a la Ciencia y en parte a la Justicia, compete la augusta misión de velar por el prestigio y pureza de la Humanidad, aunque moralmente las leyes teológicas sigan obcecadas en la observancia de sus manías.

¿Pero quiere decir esto que la transgresión de funciones haya traído como consecuencia la anulación completa de aquellas imperfecciones, de esos errores, de esa inclinación perversa de una parte de la Humanidad posesa en las garras de la sexualidad sinuosa?... Desdichadamente, no. Y es más: diría, que a medida que los pueblos han ido evolucionando en su perfeccionamiento, al paso que la civilización se abre camino por entre las marañas casi inextricables de la barbarie, esos vicios, esas aberraciones, esas interpretaciones equívocas, esas deformaciones de la noble línea recta de la sexualidad, nos prueban hasta dónde puede llegar el desenfreno erótico que son capaces de concebir algunos cerebros desequilibrados al acicate de la misma super-civilización, tan pródiga en elementos excitantes y en matices

refinados que fueron insospechables.

Desde Sodoma a nuestros tiempos, pasando por Grecia y Roma, las aberraciones sexuales no han experimentado evoluciones notables dignas de compararse, por ejemplo, con lo que fué el aerostato de los hermanos Montgolfier y lo que hoy es el "Graff Zeppelin". Me refiero, naturalmente,al lapso de tiempo que media entre la invención y el perfeccionamiento del aparato.

Ahora bien; en lo que a la interpretación morbosa de la sexualidad afecta, hay quien afirma que la postguerra señaló el comienzo de una nueva era caracterizada por un aumento de la tensión erótica de la Humanidad, perfectamente visible. Ignoro quién fué el majadero que dijo esto. Pero en lo único que puedo mostrar mi conformidad, es en su aseveración de que esa "tensión erótica es hoy perfectamente visible".

Si ese supuesto fenómeno es más visible, más apreciable a la simple observación, es por la razón sencilla de que antaño, una de las características de las costumbres, la constituía la raigambre del pudor colectivo, lo que no era incompatible con la normal voluptuosidad de que hablan los teólogos, y por sus labios la moral misma.

Hoy es más visible o más apreciable, dado que las costumbres trajeron consigo el des-

arraigo de ese pudor y los individuos se saltaron las barreras convencionales, que eran como el límite de una hipocresía desbordante. Antes, esas aberraciones *no eran visibles*, aunque no hay duda que se practicaban. Y hoy se siguen practicando a la vista de todo el que quiera molestarse en observarlas.

Esta es la única diferencia y la explicación del lapso cronológico que media entre el primer vuelo del globo Montgolfier y el último del "Graff Zeppelin". Y no quiero cansar al lector remitiéndole a los antiquísimos libros secretos de todas las bibliotecas, ni a las galerías privadas de ciertos museos, que confirmarían de sobra la sinceridad de mis opiniones...

Es posible, por tanto, que la postguerra haya impelido a la Humanidad a saltar la barrera de que hablé antes: pero de aquí a que ello constituya el motivo racial de ese "aumento de tensión erótica", va un verdadero abismo.

Más razonable es la afirmación de Pierre Vachet en la introducción de su magnífico libro "La inquietud sexual", cuando dice: "La hipocresía de la moral del mundo se exhibe cínicamente y se ríe de sí misma con despreocupación".

Es cierto también que el furor sensual que mina al género humano es la energía determinante de su afán inmoderado en procurarse a toda costa placeres nuevos, emociones perver-

sas, vicios de todo género y excitaciones múltiples y fuertes, que precipitan al ser en el caos del desequilibrio de todas las funciones afectivas, cuyo colofón inevitable supone la completa anulación de la voluntad. Pero esto, no es sólo de ahora; es de siempre.

Algunos cerebros perfectamente equilibrados afirman que la finalidad única del impulso sexual, debe reducirse a la perpetuación de la especie. Pese a tanta austeridad como trasciende de tan nobles opiniones, tal vez en ellas existan repliegues en los que se esconda la evidencia de un sofisma. Por desgracia, ese sentimiento rectilíneo suele quedar reducido en la gran parte de la Humanidad a un móvil egoísta, cuya meta segura se concreta exactamente en una vehemencia trémula por lograr el mayor goce físico.

¡Qué triste y dolorosa verdad!...

Pero, repito, que esto no parece ser nuevo. Solo sí, es menos recatado, más visible; no me cansaría de decirlo.

Desde que el mundo es mundo, existen desdichados en quienes hizo su brutal mella el desequilibrio congénito, las víctimas irresponsables de los pecados de otros, los mordidos por lesiones infecciosas y tóxicas que dislacerararon sus nervios. Epilépticos que se manifiestan bajo el imperativo categórico del impulso sexual; paralíticos generales posesos de una

furiosa manía erótica; degenerados masoquistas y sádicos; impotentes que se abrasan en la llama delirante de sus obsesiones de una lubricidad dramática; histéricas ninfómana, lascivas e insaciables... Y estas marionetas de trágico guiñol, son las que forman en las compactas legiones de la sexualidad maldita con toda su cohorte de enfermos fácilmente curables, y contra lo que nada pudieron los autos de fe ni el agua bendita de los exorcismos...

¿Qué hubiera sido de la Roma decadente sin la reacción concienzuda de las doctrinas estóicas?... ¿Y qué será de la Humanidad si sigue por los caminos tortuosos de la sexualidad perversa, desdeñando la línea recta que señaló el Creador?...

La SEXUALIDAD MALDITA, no aspira, ¡ni mucho menos!, ya lo he dicho antes, a ser el ponente de nada nuevo. No tiene tampoco ni el más ligero carácter doctrinal, pues he querido ante todo no usar de otros términos científicos y frases técnicas que los imprescindibles para dulcificar mis relatos con los términos severos del léxico profesional. Pretendo, eso sí, trasladar a estas páginas un copioso anecdotario, producto de mis propias observaciones, verdaderos casos de patología sexual, de sexualidad pervertida y maldita, según la Teología de todos los dogmas religiosos y conforme a la verdadera moral de la Humanidad

culta y perfectamente equilibrada.

Sólo me ocuparé de los hechos más raros, o más bien de aquellos que sobresalgan de lo normal, admitiendo que en lo anormal quepa esta paradógica subdivisión. Aludiré especialmente a los casos menos vulgares o conocidos, que aunque en su esencia sean idénticos, ofrezcan ciertas características justificantes de esa singularidad. Es, como si dijéramos, un remedo del conocido Kamasutra, pero partiendo de un punto de vista que se inspira en todo lo contrario que este célebre código del amor.

Mi profesión de médico y mis aficiones literarias, logré hacerlas compatibles durante cerca de cinco años que hube de prestar mis servicios como jefe de la clínica de un gran paquebot americano de turismo, el "South Indian", haciendo la ruta de San Francisco-Egipto y vuelta, con dilatadas escalas en los puertos intermedios que tan abundantes y ricos veneros de observación ofrecen en todos los aspectos.

No hay fantasía en estas narraciones tan verídicas, ni existe en ellas literatura alguna que pueda desvirtuarlas. A lo sumo, el adorno estrictamente preciso y algunas gotas de desenfado, con el sólo objeto de atenuar la crudeza de algunos hechos que de otra forma no podrían ser referidos sin provocar en el ánimo del lector la más franca repugnancia.

El único prestigio de estas páginas, con ser tan triste, está en el fondo absolutamente real que se tomó para escribirlas como base indestructible de su valor crudo, descarnado y brutal.

Huelga decir que este libro no pertenece a ese género hoy tan en boga: la pseudoliteratura pornográfica, que tantos estragos causa entre los alumnos de ambos sexos de colegios e internados. Y diré más: si la lectura de estas páginas es capaz de provocar alguna emoción sexual, aquel que la experimente debe acudir a un médico lo más pronto posible. Es un consejo desinteresado y noble al que he de conceder la máxima importancia, pues mi experiencia es larga y no se me ocultan ciertos secretos.

Y ahora, lector, si tu ánimo es fuerte y eres consciente de la perfecta orientación de tu sexualidad, empieza a leer este libro. Mas si por desgracia no fueras así, porque la Naturaleza no llegó a concederte sus completos y preciados dones o tu mismo has contribuído a que de ellos te despojara, quema este libro o entrégalo a quien tú creas capacitado para leerlo, porque no debo excitar o fomentar la acción del morbo que rige tus crueles padecimientos.

DOCTOR A. MARTIN DE LUCENAY

CAPITULO I

LA DANZARINA RUSA

Nuestro barco, el "South Indian", un paquebot norteamericano de 32,000 toneladas, acababa de zarpar del puerto de Colombo con toda su carga de turistas ricos y ociosos dedicados a matar su ocio por toda ocupación.

En cumplimiento de mi cometido, dos horas antes de abandonar el pintoresco puerto recibí en la clínica la visita de dos pasajeras, que me mostraron en regla sus documentos sanitarios. Una, joven y bella, acusaba en su rostro los rasgos característicos de la raza eslava. Rubia, de tez blanca y hermosos ojos azules. Un gran tipo de mujer. La otra, su doncella, era una muchacha singalesa fuerte y opulenta.

Un oficial me informó de que la europea, una notable danzarina rusa, había estado actuando con gran éxito en un teatro de Colombo, dirigiéndose ahora a Singapore y tal vez a Manila, si la estancia del "South Indian" en el puerto de Malaca se dilataba por los días en

que ella habría de invertir en el cumplimiento de un contrato.

También me dijo el joven marino que Miss Lukowa, cuyo era el nombre de la danzarina, llevaba consigo tres serpientes de gran tamaño que utilizaba para sus danzas, reptiles que aún perteneciendo a las más peligrosas especies de la jungla indostánica, podían considerarse como verdaderamente inofensivos, ya que se les había practicado la extracción de las glándulas secretoras del virus que suele hacer mortal su mordedura.

Claro es que éste, al parecer insignificante, detalle de intervención científica que restó su más peligroso poder a los repugnantes ofidios, procuraba ocultarlo la Lukowa a la curiosidad pública para prestigiar su trabajo, afirmando en los carteles, prospectos y reclamos de prensa, que las tres serpientes poseían todas sus facultades selvátivas tan terribles y peligrosas, que sólo podían ser contrarrestadas con el poder hipnótico de los ojos de la artista que logró domeñarlas tras ímprobos trabajos fundados en los conocimientos que aprendió de un indio encantador de serpientes.

Naturalmente, entre el público ignaro, tales declamaciones surtían el efecto apetecido, pues los teatros, en que actuaba la bella farsante como número primordial del programa, llenaban totalmente sus localidades, que es lo

que se trataba de conseguir sin reparar en determinadas minucias.

El camarote que ocupó la rusa estaba inmediato al cuarto de baño del que yo ocupé durante todo el tiempo que permanecí en el "South Indian". La independencia de ambas estancias la establecía sólo un frágil tabique de madera esmaltada que yo tenía materialmente cubierto de fotografías, *kakemonos* japoneses y otras fruslerías evocadoras de las ciudades que había visitado en mis largos viajes.

A la noche siguiente, cuando me hallaba en mi cuarto de aseo, pude escuchar ciertos rumores que provenían del camarote de mi vecina. Eran pequeños gritos o débiles lamentos que llegaron a inquietarme, y al efecto, salí a cubierta, con el fin de cerciorarme, atreviéndome a mirar indiscretamente por uno de los ojos de gato del camarote de la artista.

Mi tentativa fué nula, puesto que la cortina metálica, si bien permitía la circulación del aire, no dejaba el más ténue resquicio que permitiese ver lo que ocurría dentro.

Volví a mi cámara y decidido a todo, vivamente excitada mi curiosidad por el presentimiento de algo anormal, extraje con cuidado un pequeño clavillo del que colgaba un *kakemono*, creyendo que el diminuto orificio abierto en la madera podría servirme de magnífico

observatorio si lograba profundizarle lo suficiente hasta que traspasase la madera del tabique.

No lo pensé más y sirviéndome de una aguja hipodérmica acabé de practicar el taladro que, precisamente, coincidía con la juntura de dos listones. Y entonces...

Tuve que reprimir una exclamación no sé si de asombro o de espanto. El minúsculo orificio hecho a unos sesenta centímetros del piso, me permitió abarcar con la vista gran parte de la estancia inmediata.

En el suelo, sobre una alfombra de Cachemira, el cuerpo estatuario de la gentil artista se ofrecía en todo el esplendor de su desnudo blanco y níveo.

La Lukowa yacía completamente extendida, con las piernas y los brazos abiertos. Advertí que sus axilas y la región pubiana estaban cuidadosamente depiladas, sin la más leve sombra de vegetación pilosa. Y sobre la albura inmaculada de su piel, que parecía extremecida por un ligero temblor, una serpiente negra de Tasmania, de más de metro y medio de longitud, se deslizaba lentamente, como besando con su caricia cálida y viscosa los senos, la comba del vientre y el sexo de aquella mujer.

Cerca de tres minutos duró aquel juego, pudiendo advertir claramente cómo se elevaba el grado de excitación de la original viciosa, a

medida que el ofidio rozaba con sus escamas brillantes los centros erógenos de la danzarina.

Por último, cuando el reptil hubo pasado su cabeza por entre el vértice de los muslos de la Lukowa para iniciar nuevamente el ascenso por la cara posterior del muslo izquierdo, la artista juntó ambas piernas y con las manos oprimió sobre su sexo el cuerpo de la serpiente.

La bestia negra, al sentirse fuertemente sujeta, ora distendía la parte inferior de su cuerpo o trataba de avanzar de frente para libertarse del lazo que la detenía.

En este momento la Lukowa empezó a pronunciar frases ininteligibles y gemidos entrecortados, que delataban bien claramente su naturaleza erótica.

Seis u ocho segundos más duró la escena, y al final sobrevino el definitivo éxtasis espasmódico, mientras la serpiente, ya libre, fué hasta un plato que debía contener leche u otro manjar parecido.

Al día siguiente cuando vi a la hermosa artista en la cubierta, me produjo una sensación de lástima y repugnancia que ella debió advertir a través de mi sonrisa.

Por fortuna, tres días más tarde abandonamos Singapore con rumbo a Filipinas, sin que, en las listas de pasaje extraordinario, figurase el nombre de la encantadora y monstruosa Miss Lukowa.

CAPITULO II

LA ESPOSA DEL MAR

Durante las largas escalas que hacíamos en Calcutta, acostumbraba a pasar el día y gran parte de la noche en la residencia de verano que mi buen amigo el capitán Witkins poseía a unos quince kilómetros de la ciudad, en las inmediaciones de la costa.

Entre la servidumbre indígena del militar británico, jefe de un escuadrón de cipayos, me llamó la atención una muchacha tamil de unos veinticinco años de edad, alta, robusta y no mal formada, pese a su continente ligeramente varonil.

Era activa en el trabajo y sus buenas cualidades morales constituían el motivo del sincero cariño que le profesaba la señora Witkins, quien no cesaba de elogiar las excelentes condiciones de la fiel Bathuga.

La indígena disfrutaba de una confianza ilimitada en la mansión de mis amigos, y era algo así como el ama de llaves y la encargada del

resto de la servidumbre, compuesta por dos asistentes soldados del escuadrón y una vieja lavandera china, que por cierto me inspiró siempre una antipatía inexplicable.

Cierto día que tomábamos el café en la plataforma del *bungalow*, vimos llegar a Bathuga completamente desnuda y tratando de ocultarse a nuestras miradas, mejor dicho, a las mías, puesto que tanto Witkins como su esposa y el resto de los habitantes de la casa, ya estaban acostumbrados a ver a la muchacha de tal guisa, sobre todo a la hora de sus baños, generalmente a media tarde.

El capitán quiso tranquilizarla, diciéndole que yo era como de la familia, a lo que ella replicó que jamás hubiera osado presentarse así, pero sucedió que mientras se bañaba, el mar le había arrebatado las ropas.

—Es hermosa, capitán—dije a mi amigo.

—Y salvaje. Un día, si no llego a intervenir a tiempo, mata a uno de mis asistentes, y todo porque se permitió decirle que estaba enamorado de ella, advirtiéndole que el muchacho es de lo mejorcito que yo he tenido a mis órdenes: trabajador, educado, y hasta dueño de unas huertas situadas muy cerca del río, que le producían muy saneados ingresos. Yo ya había advertido la inclinación del soldado por Bathuga, a la que siempre hacía objeto de regalos y otras delicadas atenciones. A mi esposa

le agradó aquello, pues de haberse casado es seguro que hubiera podido contar con los dos servidores más fieles.

Un día—prosiguió Witkins—mi mujer la reprendió cariñosamente por lo que había hecho con el enamorado galán, diciéndole que desperdiciaba la mejor ocasión de matrimoniar, que acaso se le presentase en su vida. Hasta tal extremo llegó mi esposa en sus recomendaciones, que le habló de las delicias del matrimonio, del placer de los hijos, de las caricias de un marido amante... ¿Y sabe usted cuál fué la contestación de Bathuga? Pues sencillamente, que su deleite mayor consistía en servir a sus amos y sobre todo en bañarse en la pequeña ensenada donde hemos establecido la playa familiar. Y no hubo medio de hacerle cambiar de opinión.

—Es extraño—repliqué—, porque a sus años y en este clima, tal vez experimente ciertas inquietudes muy naturales.

—No lo sé, doctor. Pero lo que si puedo asegurarle de una manera cierta, es que en los seis años que la muchacha lleva a nuestro servicio, no ha desdeñado ocasión de mostrar su repugnancia o al menos una franca antipatía por los hombres de su raza y creo que por los de todas.

—¿Se tratará de una invertida?...

—Menos aún. No pensará usted que la vieja china...—replicó mi amigo.

Después de todo, aunque el caso no dejaba de ser curioso, me tenía sin cuidado la vida sexual de Bathuga y cambiamos de conversación.

Tres días más tarde volví a casa de mis amigos después del almuerzo, y cuando aún no habíamos acabado de saludarnos, se presentó la vieja lavandera china con los ojos desorbitados por el terror, diciendo que desde lo alto de las rocas, había visto el cuerpo inanimado de Bathuga en una hondonada del pequeño arrecife.

Con toda celeridad nos trasladamos al lugar que indicaba la anciana, y en efecto, vimos con horror que la infeliz muchacha estaba muerta, a juzgar por el tinte violáceo de ciertas zonas de su piel casi blanca.

El sitio donde se encontraba era inaccesible, a no ser que nos hubiéramos descolgado por una escala, y sirviéndonos de un pequeño bote fuímos hasta el entrante que limitaban dos rocas verticales de unos seis metros de elevación, cuyas bases se unían en un ángulo agudo, que tenía por vértice unos peñascos horadados por la acción de las aguas.

La indígena aparecía sentada a la gineta sobre una de las piedras pulidas y sin aristas, en cuyo centro había un orificio del diámetro de un brazo, que atravesaba el peñasco en forma curva, quedando la abertura inferior exactamente al nivel del agua.

Pero descubrimos algo más que nos obligó a mirarnos con un gesto de sincero estupor.

Sujeto a ambos muslos del cadáver por medio de tiras de cuero, pendía un extraño artefacto, consistente en un tubo de bambú de unos treinta y cinco centímetros de largo por cinco de diámetro y una especie de émbolo o pistón de madera, perfectamente acoplado, que por su parte inferior sobresalía de la caja cilíndrica, rematado por una plancha circular, que hacía de tope, adoptando en el extremo superior idéntica forma que un glande humano de regulares dimensiones.

En el centro de la caja había un eje que la atravesaba, sirviendo de tope al pistón, que presentaba en su centro una ranura vertical de longitud suficiente para permitir que el vástago sobresaliera diez centímetros justos del borde superior de la caja.

Huelga decir cuál era la aplicación que la desgraciada joven daba al tosco instrumento tan hábilmente confeccionado. Introduciéndole por el orificio de la roca, y sirviéndose de unos trapos, impedía la holgura del aparato en el boquete del peñasco. Después se sentaba sobre la piedra, previa la introducción de una parte del vástago en su "introitus vaginae", suponiendo lógicamente que el aparato ejercería el suficiente roce para provocar la excitación clitoridiana al mismo tiempo que el convencio-

nal pene causaba la natural acción voluptuosa en los músculos cavernosos internos.

El agente motor no era más que el movimiento ondulatorio de las aguas que accionaba el émbolo hacia arriba, para caer después por el propio peso de la gruesa plataforma, base del órgano movible del curioso instrumento.

Seguidamente el capitán Witkins telefoneó a las autoridades judiciales de Calcutta, que una hora más tarde procedían al levantamiento del cadáver.

Por recomendación de mi amigo se me permitió intervenir en la autopsia que al día siguiente se practicó al cuerpo de la infortunada. Evidentemente, quedó demostrado que la joven no tuvo contacto carnal con ningún hombre, puesto que las características del desgarro de la membrana himenal coincidían exactamente con la estructura del artefacto que utilizó para procurarse tan absurdos deleites eróticos. También advertí cicatrices de antiguos desgarros traumáticos, en el fondo del saco vaginal posterior y en los músculos del suelo pelviano.

Mediante un análisis meticuloso apreció en la región himeneal, independientemente de las antiguas lesiones de destrucción de aquella membrana, la existencia de un fuerte desgarro en la base de implantación, de aspecto reciente, como lo comprobaban los pequeños coágu-

los sanguinolentos adheridos a los repliegues de la vagina, tan demostrativos de su naturaleza hemática.

¿Qué provocó la muerte? Simplemente, la inhibición nerviosa; esto es, el shok intenso que originó la correspondiente parálisis del corazón.

Ahora me expliqué claramente lo que quiso decir Bathuga a la señora Witkins, cuando afirmó que su deleite mayor consistía "en bañarse en la pequeña ensenada".

Claro que no dijo toda la verdad. Pero no había duda que en la pequeña ensenada estaba la fuente de sus supremos goces carnales con la complicidad del raro aparato erótico-hidráulico, que fué empleado antes, durante muchos años, por la repugnante lavandera china de los señores Witkins, como ella misma acabó por confesar después del laborioso interrogatorio a que fué sometida por la esposa de mi buen amigo.

CAPITULO III

LOS CRIMENES DEL TEMPLO DE KAMAKURA

Mi entrañable compañero el célebre doctor japonés Hiiro Jimoto, me refirió el caso monstruoso que voy a relataros:

A unos treinta kilómetros de Yokohama, siguiendo la línea férrea de la costa que va a Tokio, se encuentra la población de Kamakura, floreciente en otros tiempos, pero extinguida su grandeza en la actualidad.

En ciertas épocas del año acuden a esta ciudad numerosas peregrinaciones para visitar los templos de Hachiman, Daibutsu y la diosa Kwannon, y en todo tiempo abundantes turistas que, fuertemente influenciados por las narraciones fabulosas del pasado del Dai Nippón, quieren aspirar por unas horas las fragancias del perfume de vaso vacío que trasciende de la vieja y legendaria ciudad de Kamakura.

Un día, entre las frondas del bosque inmediato a la colosal estatua de Budha Gauthama, unos campesinos descubrieron el cadáver de un

muchacho que presentaba en el vientre dos profundos cortes cruzados en forma de aspa. Por la doble herida salía gran parte del paquete intestinal en un horripilante amasijo de sangre coagulada y heces fecales.

Inmediatamente se pensó en la posibilidad de un suicidio ejecutado con arreglo a las normas tradicionales del famoso *harakiry*, pues tales eran las características de la bestial herida. Mas la hipótesis fué inmediatamente desechada, ya que por muchas investigaciones que se hicieron no fué posible encontrar el arma que necesariamente hubiese tenido que utilizar el suicida, a más de que el cuerpo tampoco estaba decapitado como es costumbre que un amigo de la víctima lo haga.

El cuerpo fué trasladado al depósito de Yokoshukia cuando lo consintió la policía, y al iniciar la diligencia de autopsia, el doctor Jimoto advirtió con verdadera sorpresa que faltaban al cadáver sus órganos genitales, seccionadas al nivel de la pelvis. La ausencia total de infusiones sanguíneas, demostró claramente que la mutilación fué efectuada después de haberse paralizado por completo la función circulatoria en el cuerpo de la víctima.

El forense, luego de comprobar la inexistencia de desgarros en el orificio anal y la ausencia completa de otros signos de violencia anteriores a las heridas del abdomen, examinó

detenidamente los profundos cortes, en cuya intersección advirtió la presencia de un núcleo de licor espermático, así como dos manchas escamosas de moco seminal en la piel inmediata al corte.

Ya no hubo dudas en cuanto al móvil del crimen. Se trataba de un acto de gran sadismo cometido por un sátiro monstruoso de la escuela de Gilles de Rays. El informe pasó al juez y la policía trabajó en vano para desenmarañar el misterio que rodeaba al hecho.

Y un mes después, casi en el mismo sitio, se encontró otro cadáver en idénticas condiciones, sin desemejanza alguna con las del crimen anterior. Esta vez pudo afirmarse de una manera incuestionable que ambos cuerpos fueron trasladados después de muertos al lugar en que se hallaron.

El Gobierno, un centro de detectives y dos periódicos, ofrecieron fuertes primas a quien pudiera aportar algún dato que señalase la pista para el descubrimiento del feroz asesino. Y el premio lo cobró un joven limpiabotas americano.

Cierto día en que varios turistas extranjeros habían estado en Kamakura, el betunero perdió un tren que salía para Yokohama poco después de las cinco de la tarde. Para hacer tiempo hasta las siete, hora en que pasaba el rápido

de Tokio, fuese dando un paseo hacia el templo de Kwannon.

En el camino, un *heimin* le pidió lumbre para su cigarro, en correcto inglés, por lo que el muchacho advirtió que aquel japonés no era un campesino como quería probar su vestimenta, y así se lo dijo. En efecto, se trataba de un hábil detective que vigilaba aquellos lugares.

—Ten cuidado, muchacho; no sea que mañana vengamos por ti en el coche de Yokoshukia—le dijo el policía en son de chanza.

—No hay cuidado, señor; para eso sólo sirven los amarillos—replicó sonriendo, mientras proseguía su apacible paseo.

Llegó el buen limpiabotas ante las puertas del templo, en ocasión en que los bonzos se entregaban a sus liturgias. En esto, un bonzo, hombre fuerte y sanguíneo, se le acercó para invitarle a una taza de *sakké*, la bebida nacional japonesa hecha a base de arroz fermentado. Y el muchacho, como buen americano consciente de los sanos principios en que se inspira la ley seca..... no tuvo inconveniente en aceptar el convite.

Echaron a andar camino de una boncería distante del templo doscientos metros, en tanto que el religioso budhista, que le había pasado un brazo por los hombros, le hablaba de Kama-

kura y de sus bellezas y de lo bien que se vivía en aquellas soledades.

Pero algo extraño, una misteriosa inspiración acaso, le hizo advertir en el bonzo la insinceridad de sus palabras, y en seguida acudió a su imaginación una sospecha terrible.

Pretextando que se le hacía tarde, el americano rehusó la invitación y ni corto ni perezoso se despidió del sacerdote, corriendo hacia donde dejó al supuesto *heimin*, a quien comunicó sus sospechas.

El caso era grave: se trataba de un religioso, y este carácter no sólo le impedía detenerle, sino hasta interrogarle siquiera. ¿Pero no podría ser este bonzo el monstruoso autor de los crímenes de Kamakura?...

No lo pensó más y llegando hasta la estación, tomó el teléfono y comunicó con la Jefatura de Policía de Yokohama explicando a su jefe cuanto sucedía. Hubo titubeos y reflexiones, pero al fin accedió el jefe a enviarle cuatro agentes, que una hora después llegaban a Kamakura portando la orden judicial de detención contra aquellas personas que el portador estimase oportuno, sin distinción de jerarquías.

El detective marchó con sus hombres y el americano hacia la bonzería donde se hallaba el sacerdote de Budha, y mostrándole la orden de detención, quedó custodiado por tres agentes mientras el detective reconocía las dos habi-

taciones de la frágil casa, cuyo piso se hallaba cubierto por esas esterillas de raffia llamadas *tatamis*.

Nada anormal descubrió hasta que levantó una de las esteras. Advirtió que sobre la tierra arenosa y blanquecina se acusaban ciertas manchas herrumbrosas que le infundieron sospechas. Removió el piso con el pie, y entonces quedó convencido de que aquella pasta endurecida y reseca era sangre.

Ya no había duda de que los dos crímenes se habían perpetrado en la pequeña estancia, en la que no había más que un cajón con ropas, algunos libros sobre un estante y dos jarrones de loza de Satzuma.

Volviendo a la habitación donde se encontraban los agentes vigilando al bonzo, el detective se le quedó mirando con un gesto de profunda repugnancia. El sacerdote comprendió que había sido descubierto, y sin oponer resistencia alguna se dejó esposar.

Cantó de plano en la Jefatura ante la policía y el doctor Jimoto, a cuya perspicaz habilidad profesional no pasaron inadvertidos ciertos rasgos característicos de degeneración que presentaba el monstruoso bonzo.

Reveló en qué circunstancias había cometido los dos asesinatos y las mutilaciones de los cadáveres, que coincidían exactamente con la apreciación forense. Por sus indicaciones fué

hallado el arma, un corto cuchillo de fabricación indígena de afiladísima y ancha hoja.

Extrañado el doctor de que los cadáveres no presentasen equimosis o arañazos u otras señales que denotasen una lucha previa, para vencer la resistencia de sus víctimas, confesó que se había valido de influencias hipnóticas, ciencia que aprendió en la India siendo muy joven.

Cuando conseguía ver dormidas a sus víctimas, se iniciaba en el bonzo una sensación voluptuosa, llegando hasta la erección peniana. Rápidamente asestaba los cortes abdominales, pero cuando el hipnotizado recobraba la consciencia, ya era demasiado tarde para defenderse.

Entonces introducía el pene en la intersección de las heridas y las débiles convulsiones del cuerpo agonizante completaban el mecanismo de la terrible cópula que producía el orgasmo y la consiguiente eyaculación en el sádico, más intesa, según su confesión, que las sensaciones producidas por un ayuntamiento normal.

En cuanto a la mutilación de los genitales de los cadáveres, afirmó que una vez que los había conducido al lugar en que fueron encontrados, les practicaba la sección del pene y del saco escrotal con los testes, y cuando tornaba a la bonchería lavaba la sangre de los despojos, se echaba sobre la esterilla que utilizó como lecho,

y oliendo y succionando los miembros mutilados, experimentaba una vez más el espasmo erótico, seguido de una escasa eyaculación seminal, pero cuyo placer era más intenso y prolongado que el conseguido con la intromisión de su pene en la herida caliente de las víctimas que inmoló a su espantosa lujuria.

Esta horrible excitación venérea la experimentaba hasta que los restos entraban en un período de avanzada putrefacción, y entonces los arrojaba dentro del templo, donde no tardaban en ser devorados por las ratas. Y cuando esto ocurría, empezaba a sentir la necesidad de una nueva víctima, medio único de mitigar la llama de sus horripilantes ardores eróticos.

Ocho días después la cabeza del bonzo, poseso de tan extraña y maldita sexualidad, rodaba bajo el filo del yatagán de un verdugo.

CAPITULO IV

LA DAMA DEL PERRITO PEKINÉS

Este es un caso de bestialismo homosexual, si es que puede admitirse el concepto en tales términos enunciado. Creo desde luego que su aceptación es posible, máxime cuando está demostrado hasta la saciedad que la línea sinuosa de la sexualidad maldita va mucho más allá de todas las fronteras admitidas por las imaginaciones equilibradas.

Navegábamos a la altura de Hong-Kong con rumbo a las Filipinas. El sol vomitaba fuego sobre el "South". Sonó el timbre de la puerta aceleradamente, y al observar por la mirilla vi a una pasajera, dama mexicana de cierta edad, que viajaba sin más compañía que una doncella, tan madura como ella y un perrito pekinés que compró en Shangay.

Abrí la puerta de la clínica. Traía el perrito entre los brazos, y lo primero que me dijo fué que si podría reconocerle, pues, según ella, presentaba síntomas de hidrofobia.

El animalucho estaba atemorizado. Manifestó la dama que el motivo de aquel temblor obedecía a los golpes que acababa de propinarle. Tranquilicé al chucho como pude, y tras de un ligero examen me permití asegurar a mi visitante que no encontraba nada anormal en el perrito, pero que si quería que nos cerciorásemos mejor, lo más práctico sería decapitarle y analizar el pequeño cerebro del can como era debido. Se opuso a ello de una manera terminante:

—¡Qué horror!...—replicó.

Me dijo que la había mordido.

—¿...?

La hice tenderse en la cama quirúrgica y descubriéndole el muslo izquierdo, apreció cuatro minúsculas heridas puntiformes que apenas interesaban la piel. La mordedura estaba situada en el tercio medio de la cara anterointerna. Con cuatro toques de iodo, previo un lavado desinfectante, di por terminada mi intervención. Pero no paró aquí la cosa.

La pasajera, temerosa de alguna complicación, y convencida además de que nada se me ocultaba respecto de las circunstancias de tan extraña mordedura, después de esbozar ciertos remilgos púdicos que no eran más que una triste y lamentable caricatura en su rostro ya ajado, confesó:

Desde muy joven se aficionó a las caricias

linguales de estos animaluchos, en las que halló sensaciones voluptuosas de más valor que los goces homosexuales, que nunca la dejaron bastante satisfecha. Llegó a tener hasta media docena de perros de diferentes razas y tamaños, perfectamente educados a los fines de su fácil saciabilidad sexual, puesto que sólo muy de tarde en tarde recurría a tales procedimientos para calmar sus ardores eróticos.

Pude comprobar que aquella mujer padecía infantilismo, siendo verdaderamente extraño que, pese a la masturbación que dijo había practicado, no hubiese conseguido siquiera separar el prepucio del glande clitoridiano, cuyo tamaño era bastante reducido. Se ha demostrado suficientemente que la masturbación o una gimnasia análoga—que a la postre ha de traducirse en excitación provocadora del orgasmo venéreo—pueden corregir estos defectos de infantilismo. Pero la mexicana ni esto había logrado. Era una mujer frígida indudablemente, y no parecía muy contrariada por su tara.

Cuando intenté introducir el espéculo en la vagina de la dama, advertí con toda claridad que padecía vaginismo, a juzgar por la violenta contracción espasmódica de los músculos vestibulares. La explicación la obtuve al apreciar el estado de los colgajos himenales, hipersensibles en forma dolorosa al más ligero rose.

No obstante, me aseguró que jamás había te-

nido contacto carnal con hombre alguno, si bien la rotura imperfecta de la membrana la causó ella misma valiéndose de un objeto cilíndrico, pero menos voluminoso que un pene humano.

—¿Hace mucho tiempo?...—inquirí.

Me contestó que pocas semanas antes nada más. La membranita era en forma de *himen septus* o himen en forma de puente, y los desgarros se presentaban sólo en el orificio superior, permaneciendo la parte inferior intacta, que por cierto ofreció a mis discretos toques la resistencia característica de su constitución cartilaginosa.

Siguió hablando. Me aseguró que hacía dos o tres meses nada más, poco antes de iniciar el viaje, notó que las habilidades linguales de sus perritos no hacían más que excitarla, y aunque recurría a la imaginación poniendo en juego todos los resortes psíquicos, apenas si lograba, y no siempre, cimar en un efímero espasmo, que, naturalmente, la dejaba insatisfecha.

Cierto día, al acariciar a una perrita, advirtió que la vulva dilatada del animal, roja y cubierta de secreciones uterinas, parecía quemar al contacto con la mano. Tan simple detalle fué suficiente para provocar en la viciosa un preludio de voluptuosidad erótica.

En seguida tomó a la perrita y por vez primera ensayó el contacto homosexual de que hablé al principio, rozando fuertemente los ge-

nitales del animal contra los suyos.

Un auxiliar poderoso para culminar en el deleite máximo, fué el convencimiento que adquirió la mexicana de que la perrita debía experimentar idénticas sensaciones, a juzgar por los entrecortados aullidos que proferia. Este es un ejemplo de la asociación de sentimientos, suma del placer que se recibe y la convicción de que también goza el ser que a la vez procura el deleite: un circulo vicioso que, en el ayuntamiento normal de dos amantes, constituye la cima del máximo y perfecto erotismo.

La absurda señora había sometido a la perrita pekinesa a tal experimento; el animal, un poco salvaje aún, lejos de comprender el altruismo que animaba a su ama, clavó sus dientecillos en el muslo aun terso de la viciosa.

También se quejó de cierto escozor en sus órganos más sensibles. En efecto, a consecuencia de las frotaciones intensas con las protuberancias genitales del animal, se produjo una vulvovaginitis traumática, posible origen de una peligrosa infección ocasionada por los gérmenes y cuerpos extraños, que muy bien pudieran contener las secreciones vaginales de la perra.

Consideré inoportuno efectuar un análisis bacteriológico, más que nada por no alarmar demasiado a la señora, y después de un lavado ácido le aconsejé que arrojase la perrita al mar,

cosa que habría de agradecer alguno de los numerosos tiburones que seguían la estela del paquebote.

Este es un caso que brindo al ilustre doctor M. Paul Voivenel, para que sobre él borde uno de sus bellísimos ensayos psicopatológicos tan interesantes. (1)

(1) El doctor **Paul Voivenel** es el autor del libro **LA CASTIDAD PERVERSA**, que figura en la colección sexual de EDICIONES JASÓN y cuyo éxito extraordinario de venta continúa aún.

CAPITULO V

UN ACCIDENTE EN EL BAÑO

No uno, muchos volúmenes, podría llenar relatando los diversos casos de perversión y vicio, de mala conducta sexual en general, que he conocido durante el tiempo que presté mis servicios facultativos en el "South Indian" e incluso en los múltiples puertos de ruta.

Yo hubiese llegado a ser un sexólogo bastante aceptable, si me hubiera sido posible armonizar mi juventud con esta rama de la ciencia médica. Mas tales casos me inspiraron más curiosidad que interés científico, puesto que mi verdadera misión en la clínica del buque no me permitía dedicarme a una especialidad determinada.

Por el testimonio de muy ilustres compañeros he llegado a saber que la neurosis con todas sus derivaciones psico-físicas, *hace menos carne* en Norte América que en cualquier otro punto del globo. ¿Entre qué clases sociales?, pregunto yo.

Estas gentes que viajan por placer en las grandes motonaves de turismo, ofrecerían a mis compañeros motivos suficientes para modificar un tanto su particular apreciación. Y si vamos a referirnos solamente al ancho campo de la sexualidad anormal, es preferible correr un tupido y piadoso velo...

Una camarera me llama para asistir a una señorita hija de un matrimonio californiano. Acudo a la cámara de la pasajera. Está en el lecho rodeada de sus padres y de dos camareras que tratan de reanimarla aplicando a su nariz un pomo de sales.

Es joven, morena y delgada. Un tipo "bien", como se dice ahora. La madre, sudamericana o tal vez española, no hace más que verme aparecer en el dintel de la puerta y cubre con una sábana el cuerpo completamente desnudo de su hija, mientras me mira con un gesto de asombro.

—¿Es usted el jefe del servicio médico del barco?—pregunta.

—Sí, señora.

—Creí que ese cargo lo desempeñaba un señor anciano que he visto en la clínica—afirmó, confundiéndome con uno de mis ayudantes.

Debió pensar que yo era demasiado joven "para ver ciertas cosas"... Además, me advirtió que su hija padecía con cierta frecuencia de estos accidentes, como dándome a entender que

mis servicios eran innecesarios. El marido—aunque no aseguraría que también fuese el padre de la accidentada—no decía nada, pero miraba a la enferma atentamente.

La reconocí. Espuma sanguinolenta entre los labios, los ojos vueltos y los puños fuertemente contraídos. Acceso histero-epiléptico inconfundible. Varios soplos en el rostro, inhalaciones de éter y la enferma recobra el conocimiento. Me mira, le pregunto si se encuentra bien, me contesta afirmativamente, y al pretender incorporarse, la mamá la advierte:

—Edith, hijita, que estás desnuda.

Me despido y ruego al marido de la púdica dama que me acompañe a la clínica. Me asegura que el motivo de su estancia en el "South" obedece a la indicación del médico de la familia de que la niña se distrajera viajando. No sé a qué compañero se le ocurriría recomendar a una epiléptica un crucero turístico por estos mares de fuego. En fin...

Lo más grave del caso era que el accidente había sobrevenido mientras se bañaba en la cabina de su camarote, sin duda debido a la impresión que le produjo la presencia de un escarabajo que una de las camareras encontró en el agua.

Esto me extrañó.

—¿Un escarabajo, dice usted?...

Sentí curiosidad y nos trasladamos de nuevo

hacia el camarote de la enferma en el momento en que ésta increpaba a una de las doncellas por haber dado muerte al bichito.

Era, en efecto, un escarabajo acuático de la especie denominada "ditico orillado", animalucho carnívoro de unos tres centímetros de longitud. No me extrañó su presencia en el baño, puesto que pudiera proceder de los tanques de agua dulce impotable que se utiliza solamente para estos usos higiénicos, y para el baldeo de las cubiertas de la nave.

—Seguramente la asustó el bichito, ¿no es cierto?—le dije.

—No crea, doctor. El pobre animalillo cayó un día en el baño y lo conservaba en él, dejando siempre un poco de agua. ¡Era tan simpático!...

La reprimenda que echó a la doncella y su condolencia por la muerte del repugnante bicho, me hicieron presumir algo raro. Encargué al *steward* que cuando la camarera Mary acabase la guardia, la hiciese pasar por mi despacho.

—Vamos a ver, Mary: ¿puede usted decirme algo acerca de la señorita del camarote 271?...

La fámula esbozó una sonrisa maliciosa que vino a corroborar buena parte de mis fundadas sospechas, y se explicó como pudo.

La señorita del 271 acostumbraba a bañarse dos veces al día en unión de su escarabajo. Se

sumergía en el agua, que había de estar a una temperatura de más de treinta grados, y en forma tal que sólo dejaba fuera la cabeza y la menor parte de uno de sus senos, generalmente el izquierdo, pequeño y erecto, cuyo pezón estaba escasamente desarrollado, al decir de Mary.

El insecto, al no poder resistir la elevada temperatura del agua, se limitaba a deslizar sus asperas patas sobre la aureola y el pezón del pecho de la eliléptica, que constituiría sin duda alguna la zona erógena más sensible de todo su cuerpo.

Me aseguró la camarera que miss Edith tenía bastante con estas excitaciones para llegar al orgasmo venéreo, sin recurrir, según supuse, al complemento de la masturbación vaginal o clitoridiana, para aumentar de este modo las sensaciones voluptuosas de su singular juego erótico.

Comprendí entonces que el aura epiléptica muy bien pudo tener su origen en el espasmo afrodisíaco, al que sucedió el grito que llamó la atención de la perspicaz camarera.

También me aseguró Mary que la ardiente californiana había sostenido ciertas relaciones con uno de los radiotelegrafistas del barco, lo cual no me atreví a creer ni me permití rechazar tampoco, pero que cabía dentro de lo verosímil.

Después de vencer la inexplicable resistencia

de la madre, conseguí que la enferma se sometiese a un tratamiento adecuado, y dos meses más tarde desembarcaba en San Francisco, creo que completamente curada de su peligrosa y lamentable neurosis.

CAPITULO VI

UN CASO DE FETICHISMO

El obsesionado o fetichista suele ser generalmente un ser tímido, un débil mental. Esta manía elige a sus víctimas en el sexo masculino, y suele hacer su aparición en los primeros tiempos de la pubertad, a consecuencia, en la mayoría de los casos, de la influencia emotiva de una revelación sexual repentina.

Conozco el caso de un jovencito de doce años estrechamente educado en los rígidos preceptos de una moral familiar intransigente, que un día cayó entre las manos de una sirviente fogosa.

Se hallaba el muchacho en el cuarto de la criada, donde guardaba sus libros de estudio, buscando unos papeles. Los padres habían salido y la fámula se puso a limpiar los metales de su cama valiéndose de una pasta aplicada a estos usos.

El chiquillo prestó atención a la faena y se sentó en el borde del lecho, de paso que tomaba en sus manos la cajita de pasta limpiame-

tales, cuyo olor le agradaba bastante. La criada se sentó a su lado, y entre juegos y risas empezó a tocar los genitales del muchacho hasta provocarle la erección del pene, juego que terminó con la consumación de un coito.

Huelga decir que la criada era una experta y que la flor de su virginidad se habría mustiado bajo el fuego de muchos combates voluptuosos.

Aquellas relaciones se prolongaron hasta que la fámula salió de la casa para contraer matrimonio, pero allí quedaba la pobre víctima de su caprichosa lascivia.

El muchacho, perfectamente iniciado en los misterios de Afrodita, fué cierto día a una casa de lenocinio, pero pese a las habilidades de su amante ocasional y a los poderosos esfuerzos psíquicos que el cliente realizó, no logró siquiera ni la más elemental excitación.

No supo a qué atribuir su tremendo fracaso y regresó a casa verdaderamente desolado. Se recluyó en su cuarto intentando masturbarse, pero tal procedimiento tampoco le dió mejores resultados.

Entonces tuvo una idea. Se acordó de su iniciadora y de las circunstancias en que su carne se estremeció por vez primera en los deleites amorosos, y fué a buscar la caja de la pasta limpiametales.

Efectivamente, no bien hubo aspirado con

fruición el aroma de la pasta, experimentó el orgasmo. Desde entonces, cada vez que sentía la necesidad de oficiar en los altares de Venus, tenía la precaución de llevar la cajita en un bolsillo para olerla en el instante de iniciar el contacto carnal con la prostituta que había elegido. De esta forma conseguía la excitación necesaria y el resto del coito lo practicaba normalmente, obteniendo las sensaciones naturales de la más completa satisfacción sexual.

Este fetichista, perfectamente constituído y dotado de órganos normales, curó dos años más tarde de la singular manía, cuya tara logró anular gracias a una reacción vigorosa de todas sus facultades volitivas, pues se avergonzaba del padecimiento de que era víctima, lo que constituía el mejor abono para que fructificasen las intervenciones médicas.

Padecía de fimosis, nada peligroso, que, como se sabe, consiste en la reducción acentuada de la abertura del prepucio, que no permite la evacuación del glande y que se cura mediante la circuncisión generalmente, sin lo cual no es posible la intromisión peniana en una vagina estrecha y menos aún la desfloración de una virgen.

En su curación influyó bastante la sencillísima operación que le practiqué, habiéndole asegurado de antemano que el solo hecho de que consintiera en circuncidarse, era la clave del

éxito de su total curación.

Naturalmente, la simple dilatación de la abertura prepucial no modificaría en nada la estructura psíquica del paciente y creo que tampoco habría de contribuir a procurarle una mayor sensibilidad en el glande en los futuros contactos carnales. Como práctica higiénica, la circuncisión es imprescindible, no cabe duda; pero en cuanto a lo demás, la fimosis es perfectamente compatible con el goce de las más completas sensaciones genésicas que pueda proporcionar una mujer cuyo "introitus vaginae" sea lo suficientemente dilatado para no oponerse a la penetración forzada del miembro viril de su amante.

Volviendo al caso del joven a que me refiero, digo que la sencilla intervención quirúrgica contribuyó a su curación, no por lo que el escalpelo hizo en sí, sino que mis insistentes recomentaciones para que se dejase circuncidar —como pude aconsejarle la aplicación de una ventosa a la suela del zapato—, tuvieron un verdadero poder sugestionador que influyó en su ánimo como un flúido capaz de contrarrestar buena parte de las causas puramente cerebrales de su obsesión.

Mi ex enfermo vive hoy completamente feliz en unión de su bella esposa y de un hijito, al que me asegura que educará de una forma muy distinta a como con él lo hicieron.

CAPITULO VII

EL PEDERASTA NECRÓFILO

En las páginas que van escritas, ya hemos tenido ocasión de conocer algunos casos de aberración sexual verdaderamente monstruosos, capaces de estremecer el ánimo más templado.

Los médicos, que somos quienes más cerca viven de todas las humanas miserias, hemos de ver estas cosas a través del frío cristal de la Ciencia, que es transparente y diáfano. Mas, a pesar de ello, hay instantes en que sólo a costa de un estupendo alarde de serenidad, de un abundante acopio de todas las energías mentales, podemos refrenar el ímpetu de indignación y repugnancia que convierten al ánimo en un manojo de músculos duros y de nervios tensos prontos a manifestarse en una crisis violenta de bestial acometividad, de un furioso anhelo de destrucción y aniquilamiento de esos seres odiosos, de esos monstruos horripilantes que, de cuando en cuando, vienen a perturbar la honda paz de nuestros quirófanos con el es-

truendo de sus espantables delitos.

Pero son enfermos. Desdichados enfermos, fuertemente aherrojados entre las férreas zarpas de la sexualidad morbosa, que mina y destruye los cerebros, reduciéndolos a una maraña dislacerada, a una máquina que invirtió su misión creadora de nobles pensamientos para convertirse en una funesta matriz de perversiones que sólo conducen a la desolación y a la muerte, o, peor aún, hacia las pavorosas tinieblas de la locura, que son infinitamente más horribles que la muerte misma: ¡es la muerte del alma!"

Estos pervertidos sexuales, antes que malvados, son enfermos, víctimas a veces de los delitos que otros cometieron. Y no aludamos a Freud, que no ha hecho más que reverdecer ante los ojos de la Humanidad ávida de emociones nuevas, los lauros que antaño otros conquistaron para la Ciencia, aunque sus nombres yazgan sepultados por la impía tierra del egoísmo y del olvido. Mas ¿quién es capaz de negar su valor a las leyes infalibles de la herencia y hasta a las indiscutibles del atavismo?...

Más útil resultaría para la Humanidad que los individuos atendieran a la severa formación de su árbol geneopatológico, en lugar de esforzarse en añadir timbres gloriosos a sus pedruscos blasonados, cuya hazañas y gestas que pretenden enriquecerlos, son a veces el resumen de

un morbo condenable que fué derramando su virus pernicioso, a través de varias generaciones de pobres degenerados. Nada mejor que un minucioso historial clínico para explicarse el motivo racial de muy discutibles grandezas...

Este caso que voy a referir es el de un desdichado heredo-sifilítico, cuyos estigmas degenerativos se ofrecían al más profano más claros que esta luz del trópico que me obliga a no desprenderme de las gafas ahumadas.

Quien se haya asombrado ante los frecuentes casos de pederastia que se registran en las poblaciones penales y entre los individuos de los destacamentos de tropas coloniales, llegaría al colmo de la estupefacción si supiese de las aterradoras proporciones que el vicio de Sodoma alcanza entre las tripulaciones de estos barcos cuyas rutas se marcan sobre los mares más cálidos, en los que el agua hierve, donde las tierras se expresan en una vegetación lujuriante, donde la atmósfera se recarga de una electricidad sensual poco menos que invencible y que indefectiblemente descarga su energía sobre el polo excitado de la sexualidad.

Las víctimas de este morbo maldito no son, ni mucho menos, los repugnantes uranistas, los verdaderos invertidos, los degenerados a quienes el impulso psíquico esencialmente lleva a la degradación moral y física de la homosexualidad. No. Estos a que me refiero son general-

mente hombres perfectamente constituídos, casados, con hijos, completamente varoniles en sus trabajos en sus gestos, en sus conversaciones y en todos los aspectos en que se les observe... menos en éste.

Son viciosos *per accidens* o *a fortiori*, por decirlo así, puesto que no existen otros medios más normales de hacer frente a los rígidos imperativos de la Naturaleza, sobre todo cuando, entre puerto y puerto, median más de ocho o diez singladuras.

Claro es que hay excepciones constituídas a veces por algún invertido verdadero que se enroló en cualquier puerto, y no importa de qué nacionalidad, de qué raza o de qué edad. Es lo mismo. Total, ¡para lo que va a servir!...piensan filosóficamente y hasta diríase que con un sentido de plausible moral los demás tripulantes.

Pero otras veces, cuando por artes de la ley seca se caldean un tanto los temperamentos—que seguramente no sucedería si la ley fuese húmeda—, los tripulantes de estos barcos, que no disfrutan como la oficialidad de idéntica educación y de ciertos privilegios, suelen calmarse mutuamente sus ardores eróticos en la doble obscuridad cómplice del alcohol y de las sombras de los ranchos.

Y un día surgió una excepción terrible.

Menos de veinticuatro horas faltaban para

fondear en el puerto japonés de Kobe, cuando hube de certificar la defunción de un marmitón de la marinería, que se partió la columna vertebral a consecuencia de una caída al fondo de la bodega.

Se le trasladó a la cámara funeraria de popa dentro del correspondiente féretro, que no fué cerrado a fin de no tenerlo que abrir cuando subieran a bordo las autoridades japonesas. Tal fué la lógica que esgrimió el oficial, pese a la orden que dió el comandante del paquebot, cuyo cumplimiento tal vez hubiese evitado las derivaciones que el suceso tuvo.

Ya de madrugada, me despertó un timbrazo del teléfono. Era el comandante, rogándome que acudiese cuanto antes a su despacho de la tercera cubierta. En pyjama, y cubriéndome con el capote, me dirigí al ascensor, en cuya puerta esperaba el descenso del aparato uno de mis ayudantes.

—¿Qué sucede, Edward?

—Terrible, doctor. Esta noche han sorprendido a un engrasador profanando el cadáver del muchacho que se mató ayer.

El comandante estaba aterrado.

—¿Qué le parece, Lucenay?... ¡Qué monstruo!...

Uno de los oficiales tenía una pistola en la mano. Se la había arrebatado al comandante cuando indignado quiso acabar con el miserable necrófilo.

Este estaba como idiotizado. Miraba inexpresivamente hacia todas partes, pero *sin ver* a lo que miraba.

—Calma, misted Hutchinson, calma—recomendé al primer jefe del navío, que no hubiera perdido su glacial serenidad ni aun bajo el azote de diez tifones juntos y ahora temblaba como un azogado.

Fuí a la cámara fúnebre, en cuya puerta había tres hombres de la tripulación.

El cadáver yacía echado sobre el féretro en sentido transversal, de forma que los pies y las manos tocaban en el suelo. En tal posición estaba cuando el oficial de cuarto descubrió al marinero practicando el coito anal con el cuerpo del infortunado marmitón.

Manifestó el oficial que debió consumar el hecho completamente a obscuras, pues estando abierta la puerta le habría llamado la atención la luz. Se acercó a cerrarla creyendo que pudiera haberse abierto a consecuencia de los vaivenes del buque, y entonces escuchó como si alguien respirase fatigosamente.

Sirviéndose de la linterna eléctrica exploró el interior del depósito, y al ver al hombre, que no se apercibió siquiera de su presencia, le encañonó con la pistola mientras hacía sonar el silbato de alarma, a cuya señal acudieron los marineros, que consiguieron arrancar al monstruo de su macabra presa.

Examiné el cadáver. En efecto: pruebas indubitables atestiguaban que el marinero había profanado el cuerpo inerte y frío, en el que ya había desaparecido la rigidez cadavérica para dar paso a la putrefacción claramente iniciada.

La falta de rigidez permitió al necrófilo la intromisión de su pene en el orificio anal, lo que debió conseguir sin gran esfuerzo, a juzgar por la dilatación del esfinter—típica del cese de la rigidez cadavérica—, en cuyos bordes se advertía la presencia de varias manchas de licor espermático aún no desecado completamente.

Ante el comandante, que al fin había recobrado su habitual serenidad, me decidí a interrogar al profanador. Sólo respondía con monosílabos e incongruencias. Observé, sí, que cuando en el transcurso de mi vano interrogatorio pronunciaba la palabra "Billy", que era el nombre del muerto, me miraba como si tratase de coordinar algún recuerdo de posible asociación al sentido de aquellas dos sílabas. Pero nada más. Su gesto era inerte. Ni halagos ni amenazas del comandante y míos, consiguieron alterar la actitud del desdichado, silenciosa y trágica.

En su mente se había anulado por completo toda facultad intelectiva. Si hubiera sido posible levantarle la tapa craneana, habría adquirido la convicción de que el terrible treponema pálido, ¡la sífilis!, consumó el destrozo de las

meninges, perforó las capas corticales y causó en su cerebro profundas lesiones anatómicas.

Era un caso típico de parálisis general que había desviado la misión funcional de las neuromas, que ya no actuaban sobre el músculo y la médula. La más horrible psicosis le había convertido en un mecanismo inconsciente, tanto, que hubiera podido asegurar que la anulación mental fué anterior a la consumación del espantoso acto de que fué autor.

El trémolo que había en las pocas palabras que pronunció, la desigualdad de sus pupilas y otros síntomas más, eran característicos y no dejaban lugar a dudas. Si me hubiera sido posible, el resumen de todo lo hubiese dado el análisis del céfalo-raquídeo.

Afirmó el oficial que la profanación la ejecutó a obscuras. Efectivamente. ¡Sólo le había guiado hasta la cámara fúnebre la luz vacilante de su instinto sexual, tan cruelmente pervertido, último baluarte donde se refugió la postrer vitalidad que sobrevivió a la muerte de su alma!...

CAPITULO VIII

EL SACRILEGIO DEL TEMPLO DE SHIWA

En la gama variadísima de la perversión sexual, y aun dentro de cada una de sus manifestaciones, pueden observarse expresiones múltiples que a veces, de momento, impiden al más experto incluirlas con justeza en determinado índice morbológico.

He dicho antes, al hablar de los obsesionados fetichistas, que éstos suelen ser individuos tímidos de muy débil constitución mental, aunque de cuando en cuando surjan excepciones muy notables. La timidez de estos enfermos es muy relativa, y casi siempre se manifiesta en forma de aversión a relacionarse con mujeres ni aun por medio de simples conversaciones. Los fetichistas son tímidos con las mujeres sobre todo, pero su audacia puede llegar a límites inconcebibles en los demás aspectos de su vida.

Yo conocía a un argentino, peligroso malhechor, que se turbó como una colegiala ante una

señorita periodista que pretendió interrogarle en la prisión donde fué recluído a raíz de haber cometido un robo cuantioso.

Otro reporter más afortunado, consiguió la información pretendida, con el interesante suplemento de estas frases del bandido: "Por lo único que me agradan las mujeres, es porque no suelen defenderse tan bien como los hombres; por lo demás, siempre me siento cohibido en presencia de ellas; no puedo remediarlo".

Después se comprobó que el individuo en cuestión no se separaba de dos trenzas de cabello que pertenecieron a una mujer que amó, ya fallecida. Para hacer vibrar los resortes de su sexualidad morbosa, no necesitaba más que besar los cabellos de la amada muerta. Se supo esto por la insistencia con que rogó que no le despojasen de tan preciadas reliquias cuando fué trasladado al penal de Ushuaia, de donde ningún penado vuelve...

Una prueba más de lo poco que debemos fiarnos de esta clase de tímidos fetichistas, se contiene en el suceso que voy a referir y del que fué protagonista un joven comerciante holandés establecido en Colombo.

En la religión brahmánica, inspirada como todas en los principios más humanos, se rinde culto al falo, símbolo perfecto de la perpetuación de la especie. Es una reminiscencia que la

civilización no ha acabado de vencer en algunas partes de la India, como ocurrió en Roma, Grecia, Egipto y más tarde en Europa.

En los templos de Shiwa se veneran estos símbolos de la procreación, que reciben el nombre de *ligham*, y consisten en una imitación más o menos perfecta del miembro viril, construídos en madera, bronce o hierro. Tan sólo he visto uno de barro cocido, en un templo de Hayderabad.

El *ligham* se encuentra colocado verticalmente sobre la base que forman los testículos, surgiendo todo el aparato de una cazoleta que a la vez descansa sobre un pedestal cuya altura no pasa de cincuenta centímetros.

Esta representación de la divinidad fálica tiene entre sus devotos muy diversas aplicaciones. Cuando las mujeres son infecundas o llevan mucho tiempo sin sentir en las entrañas los dolores divinos de la maternidad, recurren al *ligham*, el cual introducen en sus genitales, procurando llegar al espasmo venéreo por medio de tal masturbación, lo que se considera como prueba indudable de que en el primer contacto que tengan con sus esposos han de quedar fecundadas.

Cuando en vez de mujeres se trata de vacas, cabras, ovejas, etc., también se recurre al milagroso *ligham*, aunque ya no sé si los sacerdotes harán experimentar a estas hembras

idénticas sensaciones genésicas que a las devotas hindúes que suspiran por ser madres.

Asimismo es costumbre que las jóvenes que van a casarse, pasen antes por el *ligham*, a cuya divinidad brindan las primicias de su virginidad por medio de una presión brusca, que no tarda en dar al traste con la débil membrana himenal, dejando así al esposo el camino expedito, lo que evitará a los contrayentes tan enojosa y peligrosa molestia.

Por último, la cazoleta de la imagen fálica sirve para recoger las consecuencias más o menos cruentas de estos desgarros, que mezcladas con agua del río sagrado, viene a ser como la panacea maravillosa que cura ciertas dolencias, también más o menos secretas.

El joven comerciante holandés tenía a su servicio una muchacha singalesa, magnífico tipo de su raza y tan casta como la bíblica Susana. Ni dádivas ni promesas ganaron para el mercader la más mínima concesión de la virgen salvaje, que se acorazaba en su castidad como un quelonio en su concha.

Como sucede en estos casos, el neerlandés, lejos de procurar calmar sus ardores, tanto más se exasperaba cuanto más insistía la muchacha en sus rotundas negativas como réplica a las obstinadas e infructuosas solicitaciones.

He aquí el origen de la obsesión de este enfermo. Algunas noches sufrió alucinaciones

eróticas viendo en sueños a la indígena que se complacía en mostrarle lo más preciado de su cuerpo. Por tanto, la inclinación sexual del holandés podía considerarse como perfecta en los comienzos de aquella manía que empezaba a minarle el cerebro.

Un día la sirviente hizo saber a su amo que se casaba en aquella semana. La noticia no le produjo gran contrariedad. Invocó sus energías volitivas para desechar lo absurdo de tal propósito, pero el día señalado para la ofrenda en el templo de Shiwa, valiéndose de sus conocimientos completos del dialecto tamil, y convenientemente disfrazado, presenció la ceremonia del holocausto al dios fálico, viendo a su antigua sirvienta aquella parte de su cuerpo que él hubiera deseado poseer a costa de todo, punto culminante de la obsesión que le dominaba.

Su mirada quedóse fija en el falo ensangrentado. Era sangre de ella, de su sexo precisamente. Aquel instrumento grosero y obsceno había conseguido lo que él no lograría jamás. Y concibió el firme propósito de apoderarse del repugnante símbolo.

Como lo pensó lo hizo. Aquella misma noche, burlando la peligrosísima vigilancia de los guardianes, penetró en el templo de Shiwa y se apoderó de la imagen fálica arrancándola de la cazoleta. Regresó a su domicilio de madrugada

casi, pero pese a sus precauciones para no hacer ruido, despertó a uno de sus dependientes, el cual llegó hasta la puerta del cuarto de su principal con objeto de observar por una rendija de la madera.

El maniático tenía entre las manos el falo, que frotó fuertemente contra sus genitales hasta lograr, juzgando por las pruebas, una fuerte excitación afrodisíaca, que tuvo su epílogo en un espasmo furioso.

Al siguiente día se descubrió el robo del instrumento, suponiéndose que ello habría sido obra de algún fanático. Pero el inteligente servidor del holandés, por fortuna europeo, pudo poner en conocimiento de un médico respetable todo cuanto había visto la noche anterior.

El sacrílego profanador del fetiche fálico—religioso y amoroso a la vez—, según el testimonio del venerable doctor Van Hobbern, curó completamente de su manía al cabo de muy poco tiempo.

CAPITULO IX

Los ABSURDOS PARAISOS de FU-CHOW

A cincuenta kilómetros de la desembocadura del río Ming, que vierte sus sucias aguas en el mar Amarillo, se encuentra la ciudad de Fu-Chow, una especie de nueva Babel en la que están representadas casi todas las potencias del globo con sus concesiones y leyes extraterritoriales. Fu-Chow tiene mucho de caótico en cualquiera de los aspectos que se la observe.

Prescindiendo de la ciudad europea, completamente moderna, de excelentes construcciones, espléndidos almacenes y comercios, grandes teatros y magníficos palacios, lo más interesante de Fu-Chow se encierra en la ciudad flotante que se mece en las aguas del Ming, constituída por los típicos *shampanes*, embarcaciones cubiertas por techos generalmente semitubulares, bajo los cuales se suceden las generaciones de esta prolífica raza de los Hijos del Cielo.

La ciudad fluvial, abigarrada y espesa, ofre-

ce al observador los más curiosos motivos de estudio que es dado apreciar. Claro que para atravesar estos barrios flotantes se necesita de un estómago a prueba, de un valor bien templado, de dos o tres marineros que sepan boxear y de una pistola automática perfectamente mortífera. Sin tan imprescindibles requisitos, no aconsejo a nadie que se meta por entre el laberinto movible de las aglomeraciones de Fu-Chow, si en algo aprecia, por lo menos, su integridad física.

Pero donde tal riesgo alcanza su volumen máximo, es por entre los "barcos floridos", que tanto abundan entre los *shampanes* de apariencia honesta, donde viven los *coolies*, pescadores, obreros y cargadores del puerto, muy dignos, muy morales y todo lo que se quiera, hasta que dejan de serlo, lo que generalmente suele ocurrir tan pronto como la noche empieza a bañar en sombras las aguas quietas del río Mîng.

Una noche, pertrechado con los elementos que cito más arriba, salí del hotel Europa camino del río. Prescindo de referir todos los episodios de que fuímos actores mis marineros y yo por no referirme al motivo esencial de esta narración. Sólo diré que tuve la desgracia de tumbar de un tiro a un chino que por milagro no alcanzó con su cuchillo a uno de mis compañantes, yendo a clavarse el arma a veinte centímetros de su cabeza. Creo que el cadáver del

amarillo fué a servir de pasto a los peces del Ming, y no ocurrió más.

Un "barco florido", o mejor dicho, una "cesta de flores", suele albergar a varias muchachas chinas, algunas muy bellas, y dispuestas a satisfacer los más perversos caprichos de la clientela que, ebria de lujuria, pisa estos *shampanes*.

Las muchachas llegan en su complacencia a lo más repugnante que puede hacerse: ¡dejarse besar y devolver los besos!...

El beso, como lo usamos en Occidente, goza por estas tierras de un prestigio de repugnante obscenidad verdaderamente inconcebible. Las señoritas chinas de las mancebias flotantes llegan a tal colmo de degeneración y perversión sexual, que besan a sus clientes y se dejan besar por ellos... siempre que lo paguen bien.

Solicitad de ellas las mayores atrocidades, las caricias más refinadas, los más monstruosos deleites y algo más que pondrán de su parte por añadidura para seros gratas, pero, ¡por Confucio!, no intentéis besarlas.

En su horror por el beso, se advierte una reminiscencia de pudor primitivo. Sus labios parecen ser el último baluarte donde se acoraza lo poco que les queda de su antigua dignidad. Naturalmente, la supuesta coraza sólo puede ser vulnerable ante la acometida convincente de un par de *taels*, que viene a ser algo más

de un dollar americano.

Me llamó la atención el brillo de luces y guirnaldas que hacía destacar a uno de estos barcos del resto de la pintoresca flota, y llegamos hasta la pasarela que hacía las veces de pavimento en estas calles. Un chinazo enorme era el cancerbero de aquel templo del placer, y le pregunté si podíamos pasar a visitar a las muchachas. El hombre contestó con un gesto negativo, lo que me sorprendió, puesto que las ventanas abiertas dejaban ver a tres muchachas que fumaban reclinadas en sus lechos, sin otras ocupaciones más importantes de su profesión.

—Entonces, ¿qué hacen ahí esas mujeres?—pregunté al chino.

—Esto es sólo para mujeres, señor—replicó.

Comprendí. También me dijo que la clientela la constituían mujeres blancas y alguna elegante dama china que, de cuando en cuando, se permitía el lujo de venir a apagar el fuego de sus inquietudes con las adolescentes del *shampan*.

Vi otros barcos semejantes a lo largo del río, cuyo cargamento era de mercancías análogas. Por fin encontré uno donde se nos permitió la entrada, previo el abono de tres *taels* por persona.

A mis dos marineros les repugnaba la carne amarilla. No obstante, hubimos de tomar unas tacitas de té con tres chiquillas cuya edad no pasaría de diez u once años.

Me inspiraron lástima, pese a que las infelices se esforzaban en desvanecer mis remilgos valiéndose de gestos de extremada lubricidad que difícilmente lograrían convencerme. Luego me enteré de que estas pobres niñas estaban a disposición de los visitantes absolutamente para todo menos para servirse de ellas por vía natural. Supuse que ello sería imposible, en vista de su escaso desarrollo, pues aun estaban muy lejos de la pubertad, como podía apreciar el más profano.

En vista de que no íbamos más allá de comentar entre nosotros lo sensible del caso, vino la dueña, que no hablaba una sola palabra de inglés. Sonrió como dando a entender que sabía el motivo de nuestra indiferencia por las chiquillas, y seguidamente volvió con tres muchachos bien vestidos y lastimosamente pintarrajeados, que empezaron a hacer ademanes propios de su condición de perfectos invertidos.

Uno de ellos, apartando a la niña que estaba cerca de un marinero, se permitió cogerle una mano. Un gesto mío detuvo en el aire el puño de mi acompañante cuando se disponía a dejarlo caer sobre el rostro del invertido.

Salimos. Aquéllo era demasiado.

John, el otro acompañante, padre de dos nenas rubias, próximamente de la edad de las desdichadas que dejábamos en el *shampan*, exclamó:

—Esto es horrible, doctor. ¿Y no tendrán padres estas criaturitas?...

Claro que sí lo tendrían. Pero pese a los inauditos esfuerzos que realizan las misiones cristianas recogiendo anualmente centenares de recién nacidas que sus padres arrojan a los estercoleros, no puede impedirse que otros vendan a sus crías cuando llegan a cierta edad para ser dedicadas a este infame comercio. La proverbial maldad china tiene estos crueles refinamientos, que ejecutan con la mayor naturalidad del mundo.

Las estadísticas de la prostitución infantil en la Celeste República arrojan cifras que erizan los cabellos. Pero no es menos asombroso el número de efebos sodomitas. En los "cuarteles rojos", cuyo es el nombre de los barrios del placer, encontrará el viajero que se aventure por ellos las muestras más horripilantes del grado de perversión a que llegan los celestes en demanda de placeres sexuales refinados y extenuante, procurados por los jóvenes pupilos de las casas toleradas.

No creo que haya en el orbe un pueblo más vicioso que la China ni que pueda aportar un caudal más abundante de individuos degenerados.

El alcoholismo, la sífilis, el opio, la tuberculosis y la desatada lujuria de estas gentes, son plagas que diariamente arrojan cientos de vic-

timas a los manicomios, a las cárceles y a los crematorios. Asusta pensar en la cantidad de seres que aún quedan para llenar las calles de estas ciudades como una invasión terrorífica y repugnante de despojos humanos.

Después de todo, las luchas civiles que están ensangrentando a este pueblo y las epidemias que lo diezman, suponen algo así como una sabia reacción de la Naturaleza que tiene una virtud purificadora de muy grata acción profiláctica, aunque apenas puedan advertirse sus efectos debido a la fecundidad desbordante de las prolíficas y sucias mujeres chinas.

Durante nuestra excursión por la ciudad flotante del río Ming, escuché de labios de un agente de policía de la concesión inglesa, el relato de horrores tan singularmente monstruosos, que no me es posible reproducirlos aquí.

Sadistas grandes y pequeños, masoquistas, flagelantes, invertidos de los dos sexos, opiómanos, posesos de erotomanía impulsiva... ¡Qué sé yo!...

Y como marco adecuado a este paisaje espeluznante y ferozmente dramático, asesinatos, suicidios, crímenes de toda naturaleza, epidemias y fumadores de opio a todo pasto, contra lo que nada pueden—y yo creo que nada intentan poder—, ni las hipotéticas autoridades chinas ni la policía extranjera.

Cuando salimos de la ciudad fluvial de Fu-

Chow, el atento policía británico me dijo que le proporcionaría una verdadera satisfacción prometiéndole que nunca más habría de ocurrírseme volver a visitar tan peligroso barrio.

Efectivamente, el buen hombre puede estar satisfecho de mi conducta.

CAPITULO X

LOS INVERTIDOS DE HONG-KONG

Dije ya, y he de repetirlo, que no hay un pueblo como el chino, ni más depravado ni más vicioso. Las aberraciones más bestiales, los más absurdos deleites y las perversiones sexuales más inconcebibles, pudiera decirse que tuvieron su origen en China y en China vivirán eternamente como elemento imprescindible de la idiosincrasia de estas gentes.

Puede asegurarse también que los estigmas degenerativos que tan a las claras se advierten en estos asiáticos, provienen de la funesta influencia del opio y el uso inmoderado de bebidas alcohólicas. Añádase a esto el precarismo del país, recrudecido por las epidemias y luchas intestinas, y tendremos ante nuestra vista el cuadro más espantoso de miseria física y moral que pueda imaginarse.

Pero lo más sensible de este panorama trágico, no está dibujado exclusivamente por las pinceladas autóctonas; muchos europeos y americanos han contribuído a completar la

dantesca visión que las facetas del vicio muestran al observador.

Yo creo que el ritmo de la vida de estas ciudades mixtas está regido por una sensualidad desenfrenada que va desde los barrios de los negocios hasta los suburbios donde el vicio y el crimen tienen su trono. Un chino negocia de día en Queen Victoria Street, la calle más importante de Hong-Kong, y un occidental se hunde en la noche en los abismos negros de las casas que hay en la calle que va al Valle Feliz.

Como en Fu-Chow, existe en esta colonia británica un barrio de *shampanes* que albergan a gentes de todas las cataduras, no siendo raro ver europeos de todas las nacionalidades y americanos de todas las banderas, que bajo su disfraz de honestos ciudadanos chinos, ocultan una piel curtida por la sombra o el sol de muchos presidios. ¿Sus ocupaciones?... No hay límites que las regulen ni leyes que las protejan. Con esto está dicho todo.

Pero las viviendas y albergues del camino del Valle Feliz, donde se encuentra el gran Hipódromo y el cinturón suburbano que rodea la ciudad, ya ofrecen otros aspectos menos peligrosos, al menos en cuanto a lo que a la tranquilidad del turista se refiere.

Deambulando por entre el laberinto flotante de los *shampanes*, existe el peligro de morir

de una puñalada o de un certero mazazo asestado en la nuca. En cambio, circulando por estos barrios de tierra firme, los riesgos suelen ser bastante más agradables.

Inopinadamente, al pasar frente a una puerta, podéis sentiros fuertemente asidos por un brazo que tirará hacia dentro, mientras suenan en vuestros oídos las más dulces palabras pronunciadas en todos los idiomas, pero generalmente en inglés.

¿Lleváis dinero? Bien; francamente, no os asustará la cuantía de lo que os exijan. ¿No lo lleváis?... Es lo mismo; con que deis la dirección del hotel o el nombre del paquebot en que viajáis, hay bastante. Pero no hay que pensar, ni remotamente, en que es posible substraerse al pago de la deuda. Se me olvidaba consignar que la policía sirve para algo en esta pintoresca colonia de S. M. Británica.

Sólo por el procedimiento citado me vi obligado un día a penetrar en una casa de construcción indígena, pero magníficamente instalada. Tapices, porcelanas, jarrones, biombos lujosos y riquísimos y muchos *tatamis* en el suelo que a la vez cubren gruesas alfombras y mullidos almohadones. No está mal. Teteras y pipas de opio cuidadosamente colocadas en estanterías de cedro marqueteado. Dos pebeteros queman sándalo o pastillas de esencia de Armenia.

Nada más sentarme llega hasta mí una mujer javanesa, quien en correcto inglés me pregunta por mis distracciones preferidas. La pregunta, así a boca de jarro, me deja sin respuesta de qué echar mano. Le digo que no conozco las costumbres de la casa y dejo a su elección el programa.

Me sirve unas tacitas de té magnífico y unos minutos después se presentan cuatro señoritas que se sientan frente a mí y empiezan a tocar valiéndose de unos armoniosos instrumentos de cuerda. Tuve que hacer verdaderos esfuerzos para comprender que aquello que interpretaban era *The Uncle Sam*, la conocida canción patriótica americana.

Las cuatro chinitas eran bastante lindas y supuse que mediante un alarde imaginativo medianamente intenso, me sería posible atenuar en mi ánimo ciertas repelencias epidérmicas hacia estos bocados amarillos. Bien vestidas, perfectamente enjoyadas, y sobre todo muy limpias, me dispuse a iniciar un *pour parler* con la más apetecible.

—*You mistake, sir*...—me contestó en mal inglés la muchacha.

—¿Que estoy equivocado?...—repliqué.

No tardé en comprobarlo. Me hicieron pasar a otra habitación, en la que presencié una de las escenas más tristes y repugnantes que con más indelebles caracteres se grabaron para

siempre en mis recuerdos.

Cuatro individuos jóvenes, chinos, naturalmente, y desnudos de medio cuerpo para abajo, no bien me vieron entrar comenzaron a gesticular en actitudes femeninas perfectamente estudiadas e insinuaciones de una obcenidad brutal.

Uno de ellos, tal vez el de más edad, parecía avergonzado de los gestos de sus compañeros, para los que tenía miradas de indulgente comprensión. Sus genitales, limpios de vegetación pilosa, presentaban señales muy visibles de hermafroditismo. Pudiera asegurar que aquella caricatura de hombre no era más que un insexuado. Los otros tres, no; mostraban los órganos de la procreación completos, y del mismo volumen que los de un hombre normal, aunque también depilados valiéndose quizá de un producto vegetal cuyo nombre ignoro, pero que he visto en los tocadores de ciertas mujeres del Extremo Oriente.

Estos individuos ejecutan las prácticas más raras de la aberración sexual. Desde la pederastia hasta el onanismo bucal y lingual en común, pasando por los contactos más repugnantes, harán de todo sólo por complacer a los turistas que desfilan a diario por estos antros de vicio derrochando dólares a manos llenas.

¿Son uranistas verdaderos estos desdichados? No puedo asegurarlo. Creo que la inver-

sión congénita y la perversión viciosa establecen los límites pariguales.

Existen otras casas donde no hay más que individuos a quienes se practicó la castración total en los primeros días de su vida. Naturalmente, tales seres no pasan de ser actores pasivos en la diaria interpretación de sus papeles de objetos de placer para la inmensa legión de degenerados activos que constituyen la clientela asidua de estos lupanares.

Dichos eunucos son completamente inofensivos. Luego, el ambiente en que han sido adiestrados produjo en ellos idénticos efectos que los de una psicosis de perversión, equivalente a la anulación completa del sentimiento ético.

Sinceramente, aunque yo opine así a juzgar por lo que he visto, reconozco que no es lo general y que mis apreciaciones pueden ser excepcionales.

Admitiendo en estos individuos la evidencia de su debilidad moral y mental, desprovistos en absoluto de dichos frenos, pueden ser inofensivos, como digo, mientras a esas dos grandes taras no se sume un estado psicopático, que daría al traste con toda la aparente bondad de los desdichados, convirtiéndoles en seres peligrosísimos.

Conste que me refiero a los pederastas activos y pasivos, pues, según testimonios que me merecen entero crédito, aunque entre estas

gentes existan las mismas pasiones, inquietudes y celos que en las de sexualidad normal, es rarísimo que la justicia tenga que intervenir con motivo de delitos de sangre. Ese morbo que justifica el crimen pasional, es desconocido entre los grandes invertidos de Hong-Kong por lo menos. En contraste, si alguno muere, no es raro ver a sus amantes homosexuales haciendo escenas patéticas de profundo dolor con más sinceridad tal vez que las del enamorado personaje de "La Dama de las Camelias"...

¿Qué misterios son estos?... ¿Hasta dónde puede llegar el alma humana bajo el imperioso acicate del furor sexual?... Hasta la locura, que es más allá de la muerte.

He ahí un ligero bosquejo de lo que sexólogos y psiquiatras pueden observar en los suburbios de Hong-Kong para explicarse perfectamente las valientes teorías del psicoanalista Freud, que por estas latitudes no tienen, por cierto, un marcado carácter de originalidad o de genial novedad por lo menos...

CAPITULO XI

LOS RECURSOS DE LAS DAMAS AMARILLAS

He leído, y no sé dónde, que las mujeres chinas usan ciertos instrumentos con objeto de contrarrestar los efectos de la impotencia viril de sus esposos, con el beneplácito de ellos. Y es verdad.

En Shantung, Tien-Tsin, Fu-Chow, Shangay y otros puntos, he tenido ocasión de ver en los escaparates de algunos comercios y a la vista del público por tanto, imitaciones perfectamente hechas del órgano masculino, fabricadas en cauchú y coloreadas en tonos naturalísimos. Claro que no es un descubrimiento sensacional, pues los ortopédicos neoyorquinos, londinenses, parisinos, berlineses, etc., fabrican aludidos objetos aunque no los expongan en sus escaparates.

Sería injusto afirmar que el uso de estos aparatos está reservado en esas ciudades a las mujeres chinas exclusivamente, existiendo tan nutrida colonia occidental. Supongo por ello que se trata de un artículo de importación

simplemente, como lo sea la goma de mascar, por ejemplo.

Pero, dicho sea de paso, el empleo de esa imitación del aparato procreador, va más allà del sexo femenino; amarillos y blancos lo utilizan para procurarse emociones voluptuosas. Generalmente, los esposos caducos de las ardientes damas, también participan de las ventajas que ofrecen estos falos artificiales de tan sencilla adquisición.

Un compañero de cierto hospital de Shangay me aseguró que habia tratado a un prócer chino, al que hubo de curar una infección blenorrágica rectal producida por el mismo aparato que usaba su honesta esposa en sus delirios voluptuosos.

Es lógico suponer que el fabricante del artefacto no se habria entretenido en ensayar cultivos gonocócicos en aquel ejemplar, aunque si es probable que lo hubiese utilizado para realizar determinados experimentos. Todo esto, admitiendo que la esposa del enfermo no hubiera contraido la dolencia por medio de vehiculos naturales de contagio, lo que puede ser perfectamente admisible.

Lo que yo lei fué, que en una representación de teatro chino, una mujer se lamentaba del abandono forzado de su esposo, incapacitado para poder mitigar el ardor juvenil de la dama, que muy dignamente se resistia a trai-

cionarle.

En esto llega el marido con un falo de cauchú y se lo entrega, diciendo, que Confucio ofrecía a sus hijos el remedio para todos los males. El público, por lo visto, aplaudió la escena y la desconsolada esposa se dispuso a dar al aparatito el empleo adecuado.

Este recurso y algunos más, por cierto muy conocidos de las mujeres blancas, gozan entre las chinas de una popularidad extraordinaria, que no desentona con la moral de los usos sociales.

En las prácticas de tribadismo a que son tan aficionadas las damas de la Celeste República, la imitación fálica desempeña un papel muy importante. Tal espectáculo puede presenciarse por unos centavos en las mancebías chinas, en las que siempre hay pupilas de aspecto hombruno que al ceñirse a la cintura el artefacto completaron su continente varonil, sin perjuicio de que a la vez practiquen el safismo, el tribadismo y otros contactos obscenos con sus compañeras si el espectador lo exige. Echad a volar vuestra imaginación, lectores, y es posible que aún os quedéis muy cortos en el camino de la adivinación de cuanto en realidad ocurre.

Entre las mujeres del Japón, tan próximo a China, la satisfacción de sus vicios solitarios tiene aspectos mucho más interesantes y delicados, más bellos, si es posible dar cabida a

estas frases.

Este pueblo, en su afán de poetizarlo todo, ha llevado su espíritu de refinamiento y de idealismo hasta las prácticas más inconfesables de la sexualidad. Y hagamos honor a la verdad diciendo que el número de invertidos varones en todo el Imperio del Sol Naciente, es inapreciable.

Puede ser que en el mundo no haya hombre más hombre, en todo el amplio sentido de la palabra, que el japonés. Ello no obsta para que la mujer nipona conozca las más extrañas sensaciones voluptuosas y las más fuertes emociones eróticas, sin que el varón desempeñe en ello un papel importante.

Es raro a la vez, que tales prácticas viciosas profanen el sagrario del hogar nipón, donde aún se vive con arreglo a los códigos tradicionales del honor y las costumbres.

Una determinante de esta regla, es sin duda el estado social de la mujer esposa y madre, cuyo galardón más preciado estriba en considerarse esclava de sus maridos o padres.

Los honorables japoneses alternan el cumplimiento de sus deberes conyugales con el goce de los múltiples placeres de los *yoshiwaras* o campos de la felicidad, verdaderas instituciones en la vida del Japón. Los *yoshiwaras* son los últimos reductos del milenario tradicionalismo del *Dai Nippón*, alentado por las

geishas y *oiráns*, que se esfuerzan en mantener vivo el fuego sagrado de los tiempos remotos y heroicos de los *daimios* y *samurais*.

En estos barrios placenteros, el amor y el arte lo llenan todo en sus más diversas manifestaciones. La *geisha* es una artista que canta, danza, hace música, recita poesías y habla de todo cuanto puede hablar la mujer más culta.

La que aún no perdió la flor de su virginidad porque no encontró un hombre capaz de merecer este homenaje, casi siempre desinteresado, anudará a la espalda el amplio y vistoso lazo que sujeta su kimono. La *geisha-yoro*, o sea, la *oirán*, calmará en vuestra sexualidad el fuego que os encendió la *geisha* pura, pero en una medida que colmaría los deseos del temperamento más fogoso. Tantas son las habilidades de estas exquisitas mujeres, que un japonés, cuando quiere expresar la magnitud del volumen de agotamiento físico producido por un trabajo intenso o una enfermedad extenuadora que le puso a las puertas del sepulcro, exclama:

—Estoy como si mi alma se hubiera mecido en el lecho de una *oirán*.

Si es cierto que no he visto hombres de temperamento más viril que los japoneses, también es verdad que no hay mujeres en todo el orbe que puedan compararse en feminidad con las japonesas. Son como la quintaesencia de la de-

licadeza más atrayente y encantadora.

Como es lógico, me refiero a las mujeres de las clases acomodadas que viven en las ciudades, pues las *heimins* o campesinas alternan con los hombres en los trabajos más rudos.

Y donde esa feminidad alcanza el máximum de su encanto, es entre las muchachas de los *yoshiwaras*, cuya juventud equivale a un poema de amor que muere cuando la belleza se sepulta con los años en el espíritu de resignación de estas prodigadoras de felicidad. La mujer galante del Japón tiene el símbolo de su vida en la flor del cerezo, cuya existencia es breve y estéril, pero infinitamente bella.

La especial condición de estas mujeres no representa, como en Occidente, el vértice de los desdenes de las personas morales. Ya he dicho antes que son como una institución fuertemente arraigada en el carácter tradicional del Imperio, pues en otros tiempos gozaron de ciertas prerrogativas que los emperadores las concedieron con el sincero beneplácito del pueblo.

Tan digna se consideró la misión social de las *geishas* como pueda serlo entre nosotros cualquier profesión femenina... menos ésta de las vendedoras de caricias. Y aun hoy mismo, nadie osará ofender a una *geisha* ni de palabra siquiera. Las leyes castigan estas faltas con una severidad que asombraría a nuestros moralistas.

Lo contrario de cuanto he dicho de China, puede decirse del Japón sin miedo al equívoco. Allá, el vicio es grosero y monstruoso como nadie puede imaginarse no habiéndolo observado desde cerca. Aquí, ese vicio está elegantizado, sutilizado, embellecido hasta el punto de que llega uno a creer que tales refinamientos constituyen la suma completa de la perfecta sexualidad, si hemos de hacer caso de las teorías de Malthus. Algunas veces pienso si el célebre sabio visitaría el Japón antes de lanzar al mundo sus discutidísimas teorías...

Como las chinas, las japonesitas practican el safismo y el tribadismo, pero sin la complicidad de aparatos viriles algunos. Tanto lo hacen como espectáculo como por imperativo de sus temperamentos ardientes. Pero no es esto a lo que quise referirme en el presente capítulo, como ya habrá advertido el curioso lector.

Una *oirán* que vivió en América los primeros años de su juventud, me mostró en cierta ocasión el instrumento de que se valía para procurarse goces solitarios.

Era una especie de bola de plata del tamaño de un huevo de paloma, completamente hueca y provista en su interior de varias plaquitas del mismo metal que giraban alrededor de un eje, en sentido de aspa. El motor era una pequeña porción de mercurio que se introduce por un orificio de cierre hermético.

Este ingeniosísimo aparatito llamado *jirinno-tana*, se introduce en el vestíbulo vaginal, y mediante un leve movimiento ondulatorio del cuerpo, el mercurio hace girar las aspas, que a la vez comunican una constante vibración a las delgadísimas paredes del recipiente. Y este es el mecanismo del curioso huevo masturbador, el cual, según las japonesas, substituye con ventaja al hombre más hábil en lides eróticas.

El *jirinno-tana* produce la suficiente excitación en los músculos cavernosos del *vestibulum vaginae*, y seguramente, por reflejo, en el clítoris.

Este procedimiento ofrece el gravísimo inconveniente de una peligrosa intoxicación producida por las sales de mercurio, por lo que el motor de metal líquido se substituye, no sin cierta desventaja, con pequeñas bolitas de acero.

El precio de un *jirinno-tana* suele ser de veinte a treinta dólares.

Sé de otro aparato destinado al mismo uso que el anterior, y aunque la teoría viene a ser semejante, presenta la particularidad de que su mecanismo es, pudiéramos decir, de sangre. Es más cómodo también, puesto que su dueña sólo tiene que colocarse en postura adecuada, sin que se vea precisada a efectuar el menor movimiento.

Consiste simplemente en un cono truncado hecho de una chapa de metal muy fina, siendo su diámetro en la base de unos treinta milímetros por veinte en su extremo, que termina en forma esferoidal. En la base tiene una pestaña cuyo diámetro varía entre cincuenta y sesenta milímetros, no pasando la longitud del artefacto intromisible de cinco centímetros. Es hueco abierto por la base.

¿Su empleo?... Veréis, lectores, hasta dónde llega el ingenio de estas interesantes mujeres. Hacen falta dos o tres pájaros perfectamente domesticados, que en el Japón se llaman *oyiris*. Pertenecen a la familia de colibríes pequeñitos y de bellísimo plumaje, muy voraces, pues suelen comer de una vez la equivalencia de su peso. Prefieren la menudísima semilla de una flor que nace por generación expontánea en las márgenes de algunos ríos.

Estos pajaritos resultan de fácil domesticidad, puesto que su alimento preferido sólo lo encuentran donde su dueña quiere.

Una vez lleno el cono de la semilla citada, la mujer lo introduce en la vagina y en cuanto abre la jaula, los pajarillos se precipitan hacia la comida, posando sus patitas en la pestaña que constituye la entrada vaginal, descansando sobre el clítoris.

El picoteo acelerado de las aves sobre la semilla, produce la titilación del aparato en las

zonas erógenas vagino-clitoridianas, con tal uniformidad e insistencia, que no es raro, según el testimonio documentadísimo de una *geisha*, que por tal sistema se puede llegar hasta la segunda repetición del orgasmo venéreo.

También este método tiene un inconveniente: y es que los oyiris mueren frecuentemente víctimas de su voracidad y de la excesiva complacencia de sus caprichosas dueñas, que no limitan a los pájaros su ración ni ellas mismas ponen prudente coto a la satisfacción de sus ansias eróticas...

CAPITULO XII

EL DILEMA DE ALFRED TARDE

Aunque este caso de que voy a ocuparme entra de lleno en el campo de la psiquiatría, quiero referirle como típico en los resúmenes de la sexualidad morbosa, la que se manifiesta con más terribles y peligrosos caracteres convirtiendo a sus víctimas en desdichados y trágicos guiñapos humanos.

Pese a los esfuerzos ininterrumpidos de la Ciencia, la sociedad se resiste a esbozar en su rostro un franco gesto de indulgencia que sea como un lenitivo para los padecimientos de estos desgraciados.

Aun los mismos jueces, contagiados por el virus de la incomprensión popular, ansiosa de objetos en quienes ensayar la elasticidad de las fibras sentimentales, o de motivos justificantes de una actitud vindicativa siempre estruendosa y casi siempre exagerada, suelen no conceder una importancia decisiva a los informes forenses mientras sus resoluciones pugnen con

el temerario juicio que preside en las sanciones populares.

En tales casos, es más cómodo inmolar una víctima que obligar a las masas a reconocer sus yerros. ¿No es ésta la determinante de muchos veredictos, de la inmensa mayoría de los errores judiciales?...

Los verdaderos culpables no son los jueces, sino la opinión misma, indiscutible generatriz de la severidad de que tienen que rodearse los magistrados, forenses y peritos, antes de firmar sus conclusiones, las cuales van a convertirse en el más preciado manjar que reclama "el monstruo de las mil cabezas", que es la muchedumbre enardecida y anhelosa de que se aplique el castigo...

El sátiro que viola a una niña o la ninfómana que, posesa de lubricidad salvaje, asalta en plena calle al primer hombre que su mentalidad deshecha elige para calmar la ardentía inextinguible del sexo, suelen ser vistos por la opinión a través de dos prismas diferentes, pero igualmente injustos.

Uno y otro serán análogos ante la serena mirada del médico en la mayoría de los casos, mientras que el juez y el público pedirán indignados la cabeza del hombre, en tanto que la mujer *sólo* será acreedora de un adjetivo indigno que irá a cubrir de lodo el nombre de su familia.

El hombre:—¡Qué repugnante asesino! Y luego, un gesto de indignación homicida.

La mujer:—¡Qué golfa más viciosa! Y después, una sonrisa indulgente...

Por fortuna, en los pueblos super-cultos empiezan a florecer las semillas de otros criterios más justos. Y al decir esto, no tratéis de rebatírmelo con el ejemplo de ciertos contrastes. Aludo a los frecuentes lynchamientos de negros en los Estados Unidos, donde la salvaje ferocidad del sentimiento vindicativo se manifiesta en proporciones desmesuradas. Mas es bien cierto que estos vindicadores populares no ven al sátiro: ven al negro exclusivamente. Si un blanco hiciera otro tanto, el asunto se arreglaría, a lo sumo, con la silla eléctrica. Y con esto, creo haber dicho bastante en apoyo de mi afirmación...

Entre los turistas que embarcan el Nagasaky, figuraba un matrimonio francés, cuyos pasajes caducaban en Alejandría, escala final del crucero de nuestro paquebot.

Uno de los médicos al servicio de la Compañía establecido en el citado puerto japonés, me entregó personalmente el certificado sanitario de los dos pasajeros. El del marido estaba limpio; pero no así el de ella. Hubo de abandonar el *Presidente Lincoln* en que inició el viaje, para ponerse en manos de un neurólogo americano que dirigía un sanatorio en Tokio. Me aseguró

mi colega que la enferma parecía repuesta de su dolencia después de haber permanecido dos meses en tratamiento.

Me extrañó, ciertamente, que el neurólogo hubiera expedido el alta tras de aquel plazo, casi insuficiente para un período de observación cuanto más para garantizar la eficacia de un tratamiento completo.

Mas ciertas indicaciones superiores me impidieron inmiscuirme en el asunto. Era forzoso que los viajeros regresasen cuanto antes a su patria, pero precisamente en un buque de turismo, puesto que la neurópata necesitaba distraerse como elemento importante del plan curativo aconsejado por el médico de referencia.

Pese a todos los buenos informes del médico de la Compañía acerca del estado de la enferma, comprendí que aquel caso no era nada apetecible. Se trataba de una ninfómana que sufrió ya dos accesos impulsivos, uno en un teatro de Kioto durante la representación. El escándalo creo que fué inenarrable.

Por de pronto, toda mi intervención se redujo a seguir las indicaciones dictadas por el especialista: bromuros, fósforo y baños fríos.

Hablé con el marido y con ella. Fuera de las crisis, cualquiera hubiese visto en la dama a un ser normal, aunque las lesiones de su cerebro tenían el firme arraigo de la herencia;

su madre fué epiléptica. He de confesar que con los escasos medios que tenía a mi alcance, no me era posible hacer un diagnóstico serio.

—¿Cómo me encuentra usted, doctor?—me dijo.

—Muy bien, señora. Casi todo depende de usted, de que haga un esfuerzo de autosugestión y por encima de sus preocupaciones triunfe, lo que pudiéramos decir "la obsesión de que ya está curada". Por muchos esfuerzos que realice el médico, si el paciente no pone de su parte todo lo posible para combatir el mal, el triunfo nunca puede ser definitivo.

Por fortuna, caso no muy corriente en una ninfómana, tenía plena consciencia del alcance de su enfermedad. Afirmó que algunas veces logró vencer la amenaza de sus crisis temibles; pero no sé hasta qué punto llegaría el valor de tal afirmación.

Y había algo más desconcertante que todo esto. En sus accesos eróticos, prescindía en absoluto de su marido, por el que a veces demostraba un desvío irresistible. Por otra parte, las relaciones sexuales de los esposos no llegaban ni a la medida normal siquiera. En los cuatro años de matrimonio, más bien advirtió el marido cierta frialdad en su esposa.

Aún pude ir más adelante en mis investigaciones. El matrimonio de aquellos seres fué convenido y sin amor por parte de ella. Llegó a la

ceremonia como se va a un sacrificio, con sus ilusiones de los veinte años inmoladas al egoismo paterno.

Creo que esta honda decepción, todo el fracaso de sus anhelos sentimentales, resucitó el morbo de la herencia, surgiendo la intoxicación en su cerebro.

Estoy seguro de que odiaba a su marido, veintitantos años más viejo. Pos eso, el odio flotaba en las conmociones de su psique como un pabellón inarriable, pese a la violencia tempestuosa de sus furores eróticos, donde siempre titilaba una lucecita de razón.

Esto me indujo a concebir ciertas esperanzas de que pudiera ser curada, aunque el primer paso hubiese que darlo en el terreno firme del divorcio matrimonial.

Seis semanas después, el día antes de fondear en Alejandría, la enferma fué presa de un furioso ataque. Un camarero penetró en la cabina de la ninfómana, a requerimientos de ésta, y después de cerrar la puerta, con ademanes y frases obscenas le obligó a poseerla. La fuerte crisis se resolvió en un sueño profundo que alarmó al serviciario, hasta el extremo de creer que había muerto.

El hombre vino a la clínica empavorecido, pero pese a su gesto, abrigué la sospecha de que las lúbricas exigencias de la enferma encontraron adecuado eco en el temperamento

del fámulo, quien, después de un detenido interrogatorio, terminó por confesar que no fué aquella la primera vez que había accedido a los morbosos deseos de la pasajera. Cuatro fueron las aventuras de esta índole que tuvo con la neurótica, pero hasta la última no pudo advertir nada anormal, si bien observó que la sexualidad de la infortunada parecía difícilmente saciable.

Poco antes de desembarcar visité al matrimonio. Ella me recibió con frialdad y hasta diría que con disgusto. Me dijo el marido que había resuelto internarla en un sanatorio de la costa de Ramleh, cerca de la estación de Bu-Kheley, dirigido por un notabilísimo alienista inglés.

Aprovechando la circunstancia de que el "South Indian" permanecería en dique durante tres semanas, desembarcaron todos los pasajeros, unos para dirigirse a Europa y otros con el fin de visitar el bajo Egipto. Esto me permitió abandonar el buque, y después de acompañar al matrimonio al sanatorio del doctor Cawell Smith, me trasladé a El Cairo.

Quince días más tarde me reintegré al barco que zarparía en seguida para efectuar un nuevo crucero turístico de la "American Express", y al llegar a mi despacho me encontré, entre otras cartas, una del doctor Cawell Smith anunciándome su próximo viaje a Singapoore,

a bordo del "South".

En efecto, el mismo día de la partida tuve el placer de saludarle, preguntándole seguidamente por el matrimonio francés.

—¿Pero no sabe usted nada?—replicó sorprendido.

—Nada en absoluto. ¿A qué se refiere?...

—¿No ha leído periódicos estos días?...—insistió.

—En efecto, no he leído periódicos—repuse.

Entonces me refirió el suceso que aún constituía el tema de los comentarios en todo Egipto.

—Nada más ingresar en el sanatorio—comenzó—, me di cuenta perfecta del estado de la enferma. La punción lumbar, me reveló el estado del céfalo-raquídeo: desastroso. Un caso de demencia precoz que lo más probable era que degenerase en parálisis general. Empecé por aislarla completamente del resto de las pensionistas, en un pabellón independiente, al cuidado de dos enfermeras más viejas, porque hasta la proximidad de las jóvenes llegué a estimarla peligrosa y excitadora de su morbosa lujuria.

Yo mismo fuí objeto de su terrible manía en presencia de su esposo; crea usted que fué el momento más penoso de mi vida profesional. El desdichado constituyó el centro de repulsión de la paciente en aquel acceso; por lo demás,

le encargué de administrarla los antiespasmódicos e inyectables, que aprendió a ejecutar perfectamente, como lo hubiera hecho el ayudante más experto. Pero el morbo no cedía terreno; su influjo se había recrudecido de tal forma, que me convencí de la esterilidad de mis esfuerzos. El destrozo anatómico era irreparable y sólo un verdadero milagro hubiese evidenciado que mis pronósticos eran erróneos, pero no ocurrió así por desgracia.

En el departamento de indigentes, teníamos hacia tiempo un pobre indígena que nos remitieron de la cárcel de Port-Said, paralítico general, que fué recluído a raíz de cometer un doble asesinato. En la cárcel mató a otro recluso e hirió gravemente a un oficial de la prisión. Excuso decir a usted qué clase de alhaja hubimos de recoger, y por si esto fuera poco para el desgraciado, comprobé que padecía lepra, pero en grado avanzadísimo. Notifiqué el caso a las autoridades sin omitir mis fundados temores de posible contagio. Intervino el ministro de Justicia, y las más destacadas eminencias médicas del país y creo que algún religioso, convinieron conmigo en que no había más solución que asirse a la Eutanasia. Terrible, ¿no es cierto?... ¿Pero había algún remedio más pertinente?...

Pese a todos los escrúpulos, es preciso convenir en que no sólo en nombre de la Cien-

cia, sino por simple altruismo, por humanidad siquiera, es infinitamente más horrible y hasta más criminal acaso permanecer indiferente ante los brutales padecimientos irremediables de un sentenciado a muerte por leyes inexorablemente científicas, que cortar de un tajo imperceptible el hilo de una existencia peligrosa, inútil y convertida en un continuo martirio.

Esto que estoy diciendo a usted, se lo dije al marido de la enferma, con quien intimé en seguida, pues su amable carácter se prestaba a ello.

—Entonces él mismo...—insinué queriendo adivinar el desenlace.

—Se equivoca usted, amigo mío—replicó Cawell Smith; mostré a mi interlocutor una ampolla de cloruro mórfico, diciéndole:

—Con esto, hay bastante.

—¿Y no sufrirá?—preguntóme.

—Absolutamente nada. Apenas si tendrá tiempo de notar en la piel el pinchacito de la aguja hipodérmica para sumirse en un sueño dulce y fatalmente interminable. En fin—le dije marchando hacia el pabellón de incurables—, allá voy y que Dios me perdone.

El eco de los alaridos del pobre alienado invadía los ámbitos de todo el sanatorio. No parecían gritos proferidos por una garganta humana; fuertes, ininterrumpidos y taladrantes... Diez minutos después, todo había terminado.

Volví a mi despacho donde el señor Z... me esperaba con un gesto interrogante.

—Ya está; vea usted si es fácil aplicar el único remedio capaz de sustraer al desdichado de sus padecimientos. Su compatriota el célebre doctor Alfred Tarde, afirmó con feliz acierto, que para estos casos terribles sólo disponemos de dos medios represivos: o hacer sufrir a sus víctimas sin darles muerte, o darles muerte sin hacerles sufrir... Espantoso, ¿verdad?...

Encendimos sendos cigarrillos, y el doctor Cawell prosiguió su relato:

—Por aquellos días, la señora Z... atravesaba por uno de esos períodos de calma que son tan temibles como las mismas crisis, porque no se sabe cómo habrá de resolverse. Frecuentemente nos reuníamos en mi despacho, y la misma tarde del día en que hube de cometer aquel asesinato legal, por decirlo así, invité al matrimonio a una sesión de radio.

Por ciertas preguntas que me hizo la enferma, comprendí que su esposo la había referido todo cuanto ocurrió por la mañana en el pabellón de incurables, cosa que no me agradó nada, puesto que la señora Z... era una gran emotiva. Finalmente, se retiraron a sus habitaciones haciendo yo otro tanto.

Y al día siguiente, cuando una enfermera fué a llevar el desayuno a los esposos, un cua-

dro horrible se ofreció a sus ojos. Ambos estaban muertos, y sus cadáveres yacían en el lecho del marido fuertemente enlazados, ella encima y perfectamente acoplados sus cuerpos en el remedo de una cópula.

Una carta de ella aclaraba el espantoso drama. Había inyectado al esposo una ampolla de morfina y seguidamente ella se administró otra. Terminaba la carta diciendo textualmente: "Para el padecimiento de mi esposo y el mío, he optado por la segunda parte del dilema de Alfred Tarde".

—En resumen, querido colega—terminó diciendo el doctor Cawell Smith—, que al mirar la caja de ampollas que yo dejé en la mesa de mi despacho, vi que faltaban dos cápsulas que se encontraron vacías en la alcoba del infeliz matrimonio, así como la jeringuilla que la muerta oprimía en su mano derecha.

Y las consecuencias del trágico suceso, fueron a herir la sólida reputación de mi colega, que ahora emprendía este viaje sin necesidad alguna, después de haber clausurado por tiempo indefinido su célebre sanatorio de Bu-Keley.

Bajo la dulce caricia del sol primaveral, el "South Indian" puso rumbo hacia la entrada del canal de Suez.

CAPITULO XIII

LOS CABARETS DE SINGAPOORE

En esta gran ciudad del estrecho de Malaca, escala imprescindible de todos los grandes paquebots que van y vienen entre Europa y Asia, de todos los navíos de las grandes líneas comerciales y eje de excursionismo de los pasajeros de los yates de lujo que constantemente surcan aquellos mares, vive la población más babilónica de todo el orbe, compuesta por las razas más diversas.

¿Cuál es la moral de esta gran urbe? Podemos partir de una base fundamental, de que la moral no existe. La vida de Singapoore mal puede llamarse inmoral, porque ello equivaldría a tanto como admitir que la moral había existido. Más acertadamente podemos decir que la existencia es, simplemente, amoral; creo que la moral, como la entienden los pueblos civilizados, no existió nunca por estas tierras.

Es más: los elementales principios éticos, que como reminiscencia de algo más sólido queden

en la conciencia de cualquiera que arribe a estas costas acogedoras, prontamente han de verse diluídos bajo el cáustico del medio ambiente.

La hidalguía, la caballerosidad, el honor en suma, virtudes tan estimadas entre las gentes de los pueblos organizados, son en Malaca un pesado lastre difícilmente soportable que, por instinto de conservación, todo el que llega se ve obligado a arrojar al mar, pues de otra forma la más exigua moral se convertiría en un tóxico para su existencia.

¿Es cruda mi afirmación? Tal vez; pero también es sincera, y váyase lo uno por lo otro. Además, creo coincidir con las más respetables apreciaciones que muy eminentes personalidades hicieron a este respecto.

¿Y qué podemos decir acerca de las múltiples facetas en que el vicio se manifiesta?... El contrabando, el opio, el juego y la pesca de perlas, son, entre otros mil más, los elementos destacados puestos en juego para la consecución acelerada de las fortunas. La vida es febril y densa: es un apogeo de vértigo que determina entre las gentes la máxima hiperexcitación nerviosa.

Estudiando aunque sólo sea superficialmente estas individualidades, veremos que desde el pescador de ostras perlíferas, hasta el limpiabotas que os ofrece sus servicios en la puer-

ta del hotel, pasando por el más acaudalado banquero, todos, sin excepción, se ofrecerán a nuestra vista clínica como pobres degenerados mentales, en cuyos cerebros deshilachados hizo presa el morbo corrosivo de la megalomanía y el de la mitomanía también.

Y no es raro que al día siguiente el banquero os limpie las botas y el betunero autorice con su firma ininteligible el pago de un cheque. Naturalmente, estas conmociones, tal inquietud emotiva llevada al grado máximo, constituyen una a modo de bandera que ondea sobre la población de Singapoore con un prestigio inarriable, siendo el calor de su sombra algo así como el agente térmico en que se incuban los gérmenes patógenos que producen las lesiones anatómicas en todos los cerebros.

¿Conocéis ya, aunque muy someramente, el panorama de Singapoore?... Pues vamos a penetrar en uno de los múltiples cabarets que llenan la ciudad, los cuales, siendo una faceta típica de la vida de la urbe, constituyen un compendio de casa de juego, mancebía, fumadero de opio y albergue de peligrosos malhechores, entre cuyos asiduos, los más morales son los, al parecer, inofensivos contrabandistas e incluso piratas que pululan por los establecimientos del estrecho de Malaca.

Los habituales que gozan de más prestigio entre el hampa brava y trágica de estos antros,

son los pescadores de perlas. Generalmente, son indígenas de Borneo o de Sumatra, barnizados de civilización occidental, cuya ténue capa apenas oculta en sus temperamentos los caracteres atávicos de la primitiva raza.

Son los elegidos por las prostitutas y artistas de los cabarets en gracia a su munificencia y a su rastacuerismo. Estas mujeres son de todas las castas; europeas, americanas, asiáticas y oceánicas, se disputan a los groseros pescadores que pagan en dinero o en perlas que obtuvieron en sus peligrosas jornadas submarinas, en lucha con pulpos y escualos de las que no siempre salen bien librados, porque la presa que hace uno de estos monstruos, suele escapar muy difícilmente.

Estamos en un cabaret que ostenta el pomposo título de "Hawai Dancing Saloon", donde una orquesta de auténticos tahitianos, ejecuta en instrumentos del país una música dulzona y monorrítmica que llena la gran nave.

Hay más de un centenar de mesas con sus sillas y taburetes, que más de una vez habrán descrito en el aire una parábola homicida en demanda de cualquier cabeza.

Adosados a la pared y como las literas de los barcos, hay bastantes lechos provistos de cortinas, que ocultan su interior a las miradas de la concurrencia. Estas yacijas son amplias y muy confortables. No falta en ellas ni la pipa

de opio ni el samovar que sirve para hacer de té o para calentar el agua que las señoritas del establecimiento necesitan para sus menesteres más íntimos.

He tomado asiento ante una mesa acompañado de uno de mis ayudantes, muchacho joven que realiza su primer viaje transoceánico en el "South" y trae la cabeza llena de mala literatura tropical.

Nuestros uniformes han llamado la atención de dos mujeres de Hawai, que, por toda vestimenta, exhiben en la cabeza una diadema de flores blancas y azules y un cinturón semejante que va a anudarse en el pubis. Son dos bellas estatuillas, morenas, de líneas suaves y senos firmes, que, a pesar de todo, tienen en el rostro una expresión dulce e ingenua.

Por mi parte, sinceramente, apenas he sentido la atracción placentera de las muchachas, aunque a mi ayudante no le ocurrió lo mismo, lo que hube de agradecer después por los curiosos informes que me proporcionó acerca de la conducta de la bella indígena que fué su amante cerca de una hora, mientras su compañera me contaba en mal inglés unas historias de su pueblo, relato que le valió tres dólares, poco menos que una fortuna, cuya ganancia no la obligó a mayor trabajo.

En principio el muchacho mostró cierta repugnancia a utilizar la cabina en que la indi-

gena había de brindarle sus favores, pero en vista de que otros clientes europeos acataban la costumbre del establecimiento, ya no tuvo mayor inconveniente.

Tan pronto terminó la misión que allí le había llevado, me rogó que saliéramos, sin despedirse siquiera de su amante ocasional.

—¿Le ha tratado mal, Jefferson?...—inquirí al advertir su desvío.

—¡Bah!...—replicó por toda respuesta.

Con ciertos eufemismos me refirió todo el lance. Mi compañero, joven y vigoroso, era un ser perfectamente normal en cuestiones sexuales. Bajo esta orientación de su temperamento, desarrolló con la pequeña hawaiana un perfecto juego amoroso, para el que no omitió los necesarios recursos psíquicos en cordial complicidad, con caricias y toques adecuados que produjeron en la prostituta la correspondiente excitación voluptuosa.

Se disponía mi discípulo a llegar a la cumbre de sus anhelos eróticos valiéndose del cauce natural, cuando la muchacha se agitó vivamente contrariada. Replicó él llegando a exigirla explicaciones acerca de su extraña actitud, que tanto desentonaba con el medio ambiente en que se habían conocido.

Pero, pese a los razonados argumentos de Jefferson, la indígena se negó en absoluto a realizar normalmente el acto amoroso, agregando

que se sometía a ser agente activo o pasivo en todos los caprichos que pudiese imaginar el cliente, menos para aquél de la más depurada lógica sexual.

Inquirió las razones que en el ánimo de la muchacha justificaban tan adversa determinación, contestando que lo que él pretendía era lo más denigrante que podía cometer una joven existiendo placeres más intensos y menos dolorosos que ella sabría proporcionarle muy sabiamente. Por otra parte, le aseguró que no encontraría en ningún cabaret de Singapoore una sola mujer que se prestase a realizar lo que calificó de "un repugnante capricho que producía dolores y frecuentemente hijos", que deformaban la belleza de la línea y acababan con la salud. Afirmó a mi camarada que si quería satisfacer "tan impuros deseos", habría de recurrir a las mujeres occidentales que no mostrarían en ello inconveniente alguno, aunque, desde luego, se lo harían pagar a precio de perlas. En cuanto a este extremo tan original, séame permitido asegurar que es cierto.

No encontró el muchacho medio humano de vencer la obstinada resistencia de la ramera, aunque comprobó suficientemente el grado de excitación a que la hizo llegar con sus habilidosos toques que produjeron la característica rigidez clitoridiana, la erectibilidad de las mamas y hasta la secreción lubricante de las

glándulas genitales. Le dije a mi amigo que me parecía un completo técnico en tan íntimas cuestiones.

Evidentemente, tales síntomas de los centros erógenos, son más que suficientes para anular en absoluto las facultades de autodominio entre las mujeres de piel blanca, pues es incuestionable que la verdadera virtud está en repeler automáticamente el más leve toque obsceno.

¿Cómo es posible que la indígena llegase en su resistencia en tan inconcebibles límites, cosa que no hubiera creído a no ser por el veracísimo testimonio de mi joven ayudante, me recedor por mi parte del más entero crédito?...

La explicación no puede ser otra, a mi juicio, que la siguiente. Por una parte, he hablado de la depravación típica de las costumbres de esta ciudad, que trasciende a las cuestiones sexuales de una manera descarada. Por otro lado, he podido comprobar que la belleza juvenil de las mujeres indígenas, y muy especialmente las isleñas del Pacífico tropical, se marchita rápidamente con las consecuencias de la maternidad, que rehuyen por medio de todos los precedimientos imaginables y, sobre todo, evitando todo contacto sexual normal.

Tal anomalía es, sin duda alguna, un producto de la influencia occidental. Estas mujeres procrean en sus islas nativas, pero la existencia entre los blancos, más bella y más fruc-

tífera en prosperidades económicas, tiene el precio imprescindible de la abstención de toda función genésica, que traería como consecuencia a estas desdichadas tan dichosas la irreparable pérdida de sus encantos.

Por último, las leyes británicas castigan con severidad los atentados al pudor de las indígenas, por lo que no hay hombre blanco ni de color que se aventure a jugarse la libertad en la difícil violación de una mujer dispuesta a defenderse a costa de todo. No hay, por lo tanto, mujeres más calculadoras que éstas de los cabarets de Singapoore, ni que mejor defiendan su virginidad anatómica.

Digo virginidad y digo bien,. Mi camarada Jefferson, que terminó la aventura con una muchacha rusa, me aseguró formalmente que la hawaiana del "Dancing Hawai" presentaba todas las características garantizadoras de su integridad física.

Francamente sorprendido, cuando conseguí vencer los recelos del dueño del cabaret, un americano digno de la silla eléctrica, comprobé que todas las artistas indígenas que entretenían al público estaban en posesión de sus respestivas membranas. Este detalle supone entre los asiduos al establecimiento una atracción irresistible para la práctica de su vicio predilecto: la recíproca masturbación bucal.

Este espectáculo no es difícil que tenga ca-

rácter público. El dueño del cabaret se vale de hombres contratados al efecto, con el fin de excitar a la concurrencia, entre cuyos varones suele extenderse rápidamente el morbo del contagio. Otras veces, cuando no se encuentra un voluntario dispuesto a ejecutar la escena, el mismo dueño del establecimiento se ahorra lo que el actor habría de costarle, convirtiéndose en cómico y empresario en una pieza...

CAPITULO XIV

LA PANACEA DEL CURANDERO DE BELAWANG

Durante mi primer viaje en el "South Indian" hube de intervenir en el suceso que voy a relatar, el cual me proporcionó ocasión de redactar un curioso informe de peritaje médico-legal muy interesante.

Iniciaba mi carrera médica durándome aún la nostalgia de los tiempos de la Facultad, dias felicísimos en los que las miserias humanas se nos ofrecían en aspectos convencionales adaptados a nuestras invertigaciones y estudios, tan diferentes de los que a veces se presentan en la práctica de la profesión.

Apenas si tenía más referencias de los países que iba a visitar que las meramente geográficas y etnológicas que estudié en varias bibliotecas, con el complemento de los informes que muy amablemente me proporcionaron algunos compañeros que ejercieron en las regionas del litoral asiático.

No olvidaré nunca una frase del doctor Abel

Thompson al hablarme de las costumbres de los pueblos surasiáticos. "En cuestiones sexuales —me dijo el célebre clínico—tendrá usted ocasión de estudiar casos interesantísimos de aberraciones tan monstruosas como inconcebibles". Y agregaba: "A la influencia perniciosa del clima tropical, se suman la condición moral de los habitantes europeos y el ansia más irrefrenable de goces de todas clases".

Habíamos escalado en los puertos del Japón, China y Filipinas, y desde Singapoore hicimos rumbo a Belawang, el puerto más occidental de la isla de Sumatra, donde desembarcó todo el pasaje con el fin de visitar las ciudades y bellezas naturales del estrecho de Malaca. Yo quedé a bordo por tener tres enfermos, pero mis tres compañeros con sus ayudantes se vieron obligados a unirse a la expedición turística.

Cuatro o cinco días más tarde di de alta a uno de mis pacientes, un fabricante americano de unos cincuenta años de edad, que había padecido una leve infección intestinal.

Era hombre de costumbres raras y en cerca de dos meses que llevábamos de viaje, creo que no le vi una sola vez acompañado; siempre gustaba ir solo a todas partes y en los días de navegación, si no permanecía en la cabina, se recluía en la biblioteca o iba a sentarse en un extremo de la galería de popa, donde se hacía servir las comidas y las dos ediciones del perió-

dico de a bordo.

En el curso de su enfermedad apenas si conseguí que respondiera con monosílabos a mis preguntas. Si su idiosincrasia no obedecía a alguna tara psíquica, pudiera decirse de él que era un hombre verdaderamente antipático a fuer de excesivamente serio. Más tarde obtuve la explicación de su misantropía, como veremos después.

Antes de saltar a tierra con el equipaje necesario para permanecer fuera del buque las dos semanas que en Belawang nos quedaban de estancia, me pidió le prescribiese el régimen alimenticio adecuado a su franca convalescencia. Así lo hice, y secamente me dijo:

—Gracias.

Esta fué la última palabra que le oí pronunciar.

Durante tres días tuve ocasión de verle en distintos puntos de la ciudad, siempre acompañado del guía indígena que le proporcionó la agencia de nuestra Compañía. Pero aunque una vez nos cruzamos rozándonos, volvió la cabeza para evitar el saludo, lo que no dejó de disgustarme.

Una semana después, cierta mañana que me disponía a dar mi acostumbrado paseo por las afueras de Belawang, se presentó en la clínica el guía que tomara el extraño personaje, diciéndome que el pasajero se había puesto

muy enfermo repentinamente, y que se encontraba en una casa de placer del barrio de Penhang, situado a dos millas del puerto.

Un automóvil nos llevó hasta allí. Me hicieron entrar en una habitación lujosamente amueblada, en cuyo lecho yacía el enfermo rodeado de dos mujeres europeas y tres indígenas.

Me dirigí al paciente, pero no logré que respondiese a mis preguntas. Su pulso era débil y profería pequeños gritos guturales en los que cesaba al beber agua, para oprimirse con ambas manos la región epigástrica. También advertí ciertas contracciones tetaniformes de las extremidades, y noté que los latidos cardíacos eran irregulares. Todo esto, en menos de cinco minutos, en cuyo tiempo hice varias preguntas a las mujeres, dos de las cuales pasaron con él la noche.

En una de las panoplias que adornaban la estancia vi varias flechas javanesas, proyectiles mortíferos en extremo, ya que estos indígenas suelen impregnar las puntas en el jugo de la liana denominada *Strychnos tieuté*, o sea, la estricnina, alcaloide, como se sabe, de gran potencia tóxica.

¿Habría sido víctima de una intoxicación de esta naturaleza? Ello era muy posible, puesto que los síntomas que presentaba el enfermo eran semejantes a los característicos de la es-

tricnina.

Ordené que se avisase a la policía mientras le administraba un antiespasmódico. Al despojarle de las ropas menores, observé en el instante una pequeña emisión de orina sanguinolenta y una gran congestión de sus genitales, si bien la erección peniana no era completa.

Tal detalle no entraba en la sintomatología de la intoxicación producida por el citado alcaloide y ello me desconcertó un tanto.

Esperando la llegada de la policía, interrogué al guía indígena y a las mujeres acerca del tiempo que había transcurrido desde que el americano se sintió enfermo. Afirmaron que ello ocurrió en la misma noche, haría cinco horas próximamente.

—¿Tú no advertiste en estos días que el señor estuviese enfermo?—pregunté al guía.

Me contestó negativamente.

—¿Estás seguro?—insistí.

—Ha estado perfectamente bien, señor—replicó el indígena.

Reiteré mi pregunta sospechando, aunque muy vagamente, en la posibilidad de una infección tetánica, mas en seguida deseché tal hipótesis.

Llegó la policía. Entonces interrogué a las dos mujeres que habían pasado la noche con el enfermo, y ambas afirmaron que aquel hombre había dado pruebas de una asombrosa po-

tencialidad viril que demostró en numerosos asaltos. Aseguraban que jamás vieron un hombre igual, pues las dos quedaron rendidas en los fogosos combates.

Estos preciosos informes ya arrojaron más luz en las tinieblas de mi desconcierto. ¿Habría ingerido alguna pócima afrodisíaca, cosa muy frecuente en todo el archipiélago malayo?...

Ante el Inspector de policía registré las ropas del enfermo, pero no pude encontrar nada digno de atención.

El paciente tuvo un vómito, en cuya constitución glerosa observé la presencia de muy destacadas estrías sanguinolentas. Su rostro estaba muy congestionado; no había tiempo que perder.

Dispuse que fuese instalado en el automóvil a fin de poderle trasladar a bordo, y aconsejé a la policía que se llevara detenidas a las mujeres.

Estaba seguro de que aquel hombre se había intoxicado ingiriendo polvo de cantáridas, sin duda alguna con el fin de excitar su sexualidad en decadencia. De ahí la extraña actividad erótica de que hablaron las mujeres, lo que no había sido otra cosa que el resultado de una hiperestesia que degeneró en el temible priapismo probado en la frecuencia de las excitaciones voluptuosas.

Si no era sugestión, hubiera jurado que en

el vómito noté el olor característico que exhalan las colonias de la *Cantharis vesicatoria* y los preparados a base del producto contenido en los genitales de estos coleópteros.

No tardé en corroborar mi firme creencia. Una vez en la clínica, recogí en una cápsula el producto de una escasa micción del enfermo. Sabiendo que la eliminación del tóxico se hace principalmente por el riñón, desequé en la estufa eléctrica a 45 grados una porción de orina, y con el auxilio de una potente lupa encontré las diminutas partículas de los élitros de cantárida que presentaban su coloración verde-claro brillante característica de la cara dorsal del élitro.

Respiré satisfecho. Ya no me cabía la menor duda respecto de la incuestionable veracidad de mi diagnóstico, cosa demasiado fácil aun para un principiante como yo era en aquella ocasión, que puso en tan grave riesgo mi porvenir profesional.

Bañé al paciente y alterné los baños con laxantes y antiespasmódicos, con lo que creía haber obtenido algún resultado útil. Las oscilaciones febriles eran muy diversas. Estudié el caso con detenimiento ayudado por un médico holandés que me remitió el juzgado instructor, buena persona, pero ayuno en aquellas lides de toxicología. Tanto, que a no ser por su edad venerable, le hubiese replicado de manera

agria más de una vez.

Recurrí al emético con objeto de acelerar la evacuación de la mayor cantidad de tóxico por medio de los vómitos, ya que el sondaje uretral no me daba ningún resultado en vista de la fuerte congestión de los órganos genitales del enfermo, por lo cual la disuria era irremediable.

Por más esfuerzos que hicimos, el paciente se precipitó en el coma y seis horas más tarde fallecía.

Después de los indispensables requisitos legales, practicamos la autopsia. El riñón presentaba los caracteres de una congestión activa de su parénquima con un comienzo de lesiones degenerativas a base de la necrosis por coagulación de los epitelios.

En el tubo digestivo descubrí extensas placas de aspecto gangrenoso que habían ejercido su acción corrosiva sobre las mucosas.

Aún investigué en los órganos genito-urinarios del cadáver. La mucosa de los uréteres, fuertemente congestionada, estaba cubierta en su totalidad por sufusiones sanguíneas multiformes. La sangre de los músculos cavernosos era completamente líquida. Pero, en fin, ¿a qué más?...

Con tan preciosos datos redacté el informe que hube de entregar al juez instructor y al cónsul yanqui. Lo demás era misión de la poli-

cia, cosa bien fácil, valiéndose de las declaraciones del guía indígena que acompañó al americano en sus excursiones por los alrededores de Belawang.

Aunque no quise detallar más el informe con la aportación de antecedentes, a mis veintitrés años llenos de entusiasmos, se unía un amor desmedido por la profesión, y muy especialmente hacia todo cuanto a neuro-sexología se refiriese. Me hice esta pregunta: ¿Qué habrá inducido al muerto a invocar las virtudes del terrible afrodisíaco?...

Pensé que acaso pudiera encontrar la respuesta en la investigación de su cerebro, ya que la constitución de sus órganos genitales me pareció perfectamente normal.

Después de exponer mis sospechas al colega que me ayudaba, decidimos perder dos horas más.

No bien me dispuse a desintegrar del cráneo el cuero cabelludo, descubrí una pequeña cicatriz desprovista de vegetación capilar, en forma de círculo de unos quince milímetros de diámetro.

¿Un balazo?, pensé. En efecto, eso era. Estaba situado casi en el centro de la base del cráneo. Comprobé que el proyectil, justamente de calibre 6 mm., sólo había perforado el hueso, si bien la punta causó en el cerebro una lesión traumática.

Esto, seguramente, habia engendrado una neurosis clínica y patogénicamente autónoma. El traumatismo pudo tener lugar al mismo tiempo que una emoción intensa, y los agentes toxi-infecciosos invadirían fácilmente el encéfalo hasta fomentar la congestión cerebral. Una especie de encefalitis difusa con edema, cuyas características se me ofrecían bien claras.

Hubiera asegurado, por lo tanto, que el muerto padeció neurastenia traumática, lo que dió origen a la impotencia viril, que quiso remediar valiéndose de aquella fuerte dosis de polvo de cantáridas cuyo poder afrodisíaco no debió ignorar. Esta y no otra fué la explicación que más me satisfizo, por considerarla completamente admisible.

Recordé como síntoma de su neurosis, su mal humor, su invariable estado de antipática misantropía, siempre taciturno y amargado, carácter que no se modificó ni aun bajo los efectos del tóxico, pues no logré hacerle pronunciar una sola palabra que no fuese de queja. Creo que acogió a la muerte como una liberación.

A todo esto, la policía de Belawang practicaba averiguaciones para poner en claro la procedencia del mortal vesicante. El guía indígena sólo salió de su mutismo cuando le hicieron víctima de ciertos procedimientos, y confesó que el afrodisíaco se lo recomendó él mis-

mo al muerto cuando le oyó hablar de la enfermedad que padecía.

La droga le fué facilitada por un curandero que residía en los alrededores de la ciudad, el cual tenía cierta fama aun entre los mismos europeos.

Se detuvo al curandero, quien afirmó que le había preparado tres papelillos, uno para cada día, que habría de tomar con café.

Creo que el pobre diablo decía verdad cuando aseguraba que los papelillos contenían la misma cantidad que otros tres que le hice preparar. Pesaba el contenido de cada uno alrededor de 110 centigramos. Juró por todos los dioses que llevaba muchos años administrando igual cantidad a sus clientes, y nunca ocurrió más que lo que se trataba de conseguir.

—¿Cuándo le entregaste los polvos? — pregunté.

Me dijo que el mismo día que se puso enfermo, por lo que deduje que el americano se tomó las tres dosis de una vez, cantidad suficiente para provocar la intoxicación, pues los tres gramos y medio escasos de polvo, contendrían el 0'4 o tal vez el 0'5 por ciento de cantaridina, proporción mortal en la mayoría de los casos.

Pedí autorización al Jefe de policía para interrogar detenidamente al curandero sobre ciertos extremos que mucho me interesaban. Así pude enterarme de que su peligrosa pana-

cea era consumida con moderación por muy significadas personalidades de las islas, y por los pasajeros de los paquebots de turismo que escalaban en Belawang.

Tenía un agente que le enviaba de la India grandes cantidades de cantáridas, que después reducía a polvo por medio de procedimientos empíricos.

El Jefe de policía me aseguró que en distintas ocasiones se habían registrado casos de satiriasis de los que fueron protagonistas algunos europeos, quienes, validos de su influencia, consiguieron verse libres de complicaciones con la justicia. Al efecto, me refirió un suceso verdaderamente escandaloso, que durante mucho tiempo fué el tema de las conversaciones en la ciudad.

El representante de una compañía naviera, hombre acomodado y serio, fué detenido a instancias de un indígena, padre de dos muchachas que prestaban sus servicios domésticos en el domicilio del europeo, el cual violó a ambas desflorándolas, después de narcotizarlas convenientemente.

El examen forense dió por resultado la comprobación de que el sátiro había practicado con las muchachas el coito anal además, extremo que corroboró el violador, agregando que no podía recordar el número de asaltos que efectuó, aunque desde luego fueron muy numerosos.

Se pudo arreglar el asunto indemnizando al padre de las jóvenes con unos florines. El violador no tardó en desaparecer de Belawang, y unos meses más tarde se tuvieron noticias de que había muerto "de una enfermedad desconocida, caracterizada por una ansiedad insaciable y furiosa de goces venéreos de toda clase", según la opinión del médico que certificó su fallecimiento.

Por mi parte, obtuve la certeza de que el buen Jefe de policía de la ciudad de Belawang acababa de explicarse las verdaderas causas de la muerte del desdichado consignatario, muy semejantes a las que acabaron con la vida del turista americano que acabábamos de incinerar.

CAPITULO XV

LAS GENTES MALDITAS DE ANKHORDAWAY

Durante mis largos viajes por el litoral del Este y Sur de Asia, he tenido ocasión de presenciar los más tristes y dolorosos espectáculos que al investigador curioso brinda la estructura moral de estos pueblos semi-bárbaros, en cuyas aglomeraciones urbanas, lo más puro, sano y útil de la civilización, aún encuentra verdaderas murallas infranqueables que se oponen a su paso.

Ya he hablado de lo que vi en Fu-Chow, de la perversión sexual de los hombres de Hong-Kong, del imperio potísimo de los más absurdos vicios en todas las ciudades de China, cuya población indígena está constituída por una proporción pavorosa de degenerados de toda especie.

Estos panoramas, francamente, me produjeron siempre más repugnancia física que conmiseración moral. Lo vi más bien con ojos de hombre que con mirada de médico, y de ahí la

imposibilidad de mi comprensión benevolente, pues creo que al imperio de las inclinaciones morbosas puede oponerse en la mayoría de los casos cualquier vestigio de voluntad, suficiente para recuperar un equilibrio moral aceptable. No sé si este criterio mío puede ser aceptado como incuestionable, pero tal es mi sincera opinión, fruto de múltiples observaciones desde todos los puntos de vista.

Pero esos repugnantes horrores que hasta han llegado a convertirse en motivos fructíferos de atracción turística—omito el juicio clínico que tales espectadores me inspiran—, no son nada si los comparamos con lo que tuve ocasión de presenciar con motivo de mi concurrencia a la expedición que realizó a Birmania el doctor Lewis Jellyneck, de la Academia de Ciencias Naturales de Nueva Jersey.

Desde Singapore, preferimos realizar el viaje por mar hasta Rangoon, y de allí nos dirigimos a Mandalay, la capital, utilizando el ferrocarril que corre por el fértil valle del río Irawaday, cuyas fuentes constituían el principal motivo de la expedición.

La meta del viaje, siempre en un mal tren, estaba en Kattha, donde permanecimos dos semanas, y por último, en M'Yit-Kyana, cerca de la provincia china de Yunnam.

Esta región del norte birmano, en la que predominan grandes y espesos bosques, no tiene

muy notables núcleos de población, pero, en cambio, existen abundantes pueblecitos pequeños que a lo mejor viven aislados durante años y años, sin que sus moradores experimenten deseos de sociabilidad con sus vecinos.

Mi misión era exclusivamente profesional cerca de los investigadores, hombres perfectamente sanos, que más necesitaban de un buen cocinero que de un médico, por lo que el tiempo me sobraba hasta el límite que quisiese.

Cierta noche, después de una partida de caza, se presentó ante nuestra tienda un muchacha indígena que se puso a hablar en su lengua con uno de nuestros guías. El hombre, por toda respuesta, la amenazó con golpearla si no se marchaba.

—¿Por qué la tratas así?—reprendí al guía.

—Es una loca, señor—respondió.

—¿Una loca?—inquirí extrañado al advertir los ademanes normales de la joven, que ya se retiraba a prudente distancia.

—Sí, señor; es del pueblo de Ankhordaway, donde no hay más que mujeres locas y hombres borrachos y enfermos.

—¿Y está muy lejos ese pueblo?

—No, señor. A media jornada río arriba.

Expuse las noticias que me dió el guía a mis compañeros, los cuales ignoraban lo que en ello hubiera de cierto que, por otra parte, no les preocupaba demasiado.

No obstante, en vista de las insistentes afirmaciones del guía birmano sobre la existencia de "las gentes malditas", como él decía, hice el propósito de visitar el poblado para convencerme por mis propios ojos, pues el caso me interesó muy vivamente.

Acompañado del guía y de dos soldados de la escolta, que nos facilitó el gobernador de Mandalay, salí a la mañana siguiente hacia Ankhordaway, efectuando el viaje a caballo.

Pronto llegamos ante la empalizada que rodeaba un villorrio compuesto de dos centenares de casas de barro con cubiertas de lianas y hojas que me parecieron de tabaco.

Varios chiquillos completamente desnudos, que nos recibieron sin gran extrañeza, me ofrecieron las primeras pruebas de la anormalidad de los habitantes de Ankhordaway. Los síntomas degenerativos de estos destichados eran evidentes. Catorce eran, y sólo hubiera podido decir que tres estaban sanos. Los demás, hidrocéfalos, paralíticos locales e idiotas, me brindaron uno de los más penosos momentos que puede proporcionar el dolor ajeno. Indudablemente, era forzoso incluir a estos despojos humanos en la inmensa falange de los heredosifilíticos tan abundantes en Asia.

Me dijeron que los padres solían trabajar en las explotaciones de cauchú, donde generalmente se les pagaba con alcohol disfrazado

con el nombre de algún licor inglés. También me enteré de que los matrimonios incestuosos eran cosa natural entre estas gentes.

Con estos datos me consideré en posesión de suficientes elementos de juicio para encontrar el origen de tan crueles estigmas. Pero aún vi mucho más en las cuarenta y ocho horas en que permanecí acampado cerca de los habitantes de Ankhordaway.

La misma noche de nuestra llegada, poco después de la puesta del sol, dió comienzo la prosecución de una fiesta que se había iniciado una semana antes. Los moradores del poblado, niños jóvenes y ancianos de ambos sexos, marchaban hacia un bosque inmediato, en cuyos claros ardían grandes hogueras.

Me dijo el guía que los indígenas celebraban la fiesta de septiembre, idéntica a la de abril, en las que se entregaban por completo al amor.

Inmediatamente pensé en la influencia de los equinoccios sobre la vida sexual de los pueblos primitivos, de que tan cuidadosamente habló el célebre doctor Laycock. Yo no dudé nunca de la evidencia del nexo que se advierte entre la existencia humana y la matematicidad de las funciones astrales, pero jamás pensé que en mi vida se me ofreciera oportunidad para comprobarlo con mis propias observaciones.

La teoría de muy sabios investigadores sobre la periodicidad de Rut, tan desmentida por

otros, era real y firme y aun reglaba la perpetuación de la especie entre estos pueblos miserables y antiguos desde Dios sabe cuantos milenios.

¿Pero cómo serían estas fiestas primitivas que tanto acercaban a los humanos a los seres más inferiores de la escala zoológica?... No tardé mucho en verlo. Confieso que mi emoción subía de punto, y sobre todo, al tener como actores a los individuos de un pueblo que tan singularmente mostraban el horror de sus estigmas degenerativos, aunque sólo hubiera de atenerme a las escasas observaciones que hasta entonces había realizado.

Estos birmanos pertenecen a la familia de los *talengs*, de la raza tártaro-thibetana, y sus individuos, milagrosamente sanos, no adolecen de muy completas perfecciones físicas, especialmente las mujeres, de estatura aventajada, formas bellas, senos redondos y enhiestos y cuerpo lleno, que muestran desnudo de medio cuerpo para arriba.

Ellos son anchos de espaldas y de extremidades cortas pero musculosas. Los ejemplares de ambos sexos que vi no pasarían de tener veinte años, pues la vejez suele llegarles muy prematuramente, en virtud del género de vida que hacen, bastante desordenado por cierto.

Por mediación del guía conocí a un anciano *taleng* que hablaba inglés correctamente, por

haber permanecido muchos años empleado como capataz en una plantación de cauchu propiedad de una empresa británica, y a este hombre debo los curiosísimos datos que traje de mi visita al poblado de Ankhordaway.

Pude asistir a la fiesta, aunque sin hacerme demasiado visible, prudente medida que me aconsejó el anciano indígena, quien no desconocía los peligros que en tales ocasiones amenazaban la vida de cualquier curioso extranjero que quisiera mezclarse demasiado en la vida de la tribu.

Varios grupos danzaban alrededor de las hogueras, profiriendo gritos que se me figuraron obscenos, acompañados de movimientos de indudable expresión sexual.

De cuando en cuando los danzantes bebían grandes sorbos de aguardiente de arroz, muy parecido al *sakké* de los japoneses, y otras bebidas espirituosas de procedencia europea. Luego reanudaban sus danzas y tornaban a beber.

Apreció claramente como el alcohol producía sus naturales efectos, pues ni los movimientos eran tan ordenados como al principio, ni los pasos de los bailarines obedecían al ritmo de los instrumentos que dictaban unas notas francamente inacordes. Músicos y danzantes estaban en igual punto de embriaguez.

Sonó una especie de timbal que impuso si-

lencio entre los bacantes, y un anciano que debía ser el cacique del poblado pronunció unas frases que naturalmente no pude traducir. A otra señal del instrumento, las mujeres y niñas mayorcitas echaron a correr en distintas direcciones del bosque, y cinco minutos más tarde los hombres salieron en busca de sus compañeras, formando un espantoso guirigay.

Lo que sucedía cada vez que un hombre encontraba a una mujer, sólo podría ser descrito con fidelidad valiéndose del auxilio de un tomavistas cinematográfico. El y ella, según era de ritual, se empeñaban en una lucha agitada que no debía tener otro objeto que la máxima excitación recíproca del instinto genital.

Eran las escenas de una animalidad tan perfecta, que en algunos momentos dudé que estos individuos pertenecieran a la especie humana.

Cuando los contendientes caían en tierra, materialmente rendidos por la enconada pelea, ejecutaban las caricias más perversas y repugnantes que pueden imaginarse, pero sólo, pude advertirlo muy bien, con la exclusiva finalidad de conseguir la máxima excitabilidad del apetito genésico.

Inmediatamente se entregaban a una cópula furiosa, que iba acompaña de golpes y mordiscos mezclados con alaridos animales: todo ello era de una espantable lubricidad que yo nunca

hubiese sospechado.

Prosiguió la enorme orgia dando pruebas, unos y otros, de una resistencia inconcebible, hasta que, agotados, cada uno quedó postrado en el sitio donde cayera.

Calculo que el período álgido de la fiesta duró más de una hora. Me sorprendió, sí, que aquellas gentes hubiesen bebido tanto alcohol, pero no en cantidad bastante capaz de provocar la atonía de los órganos genitales, tan característica de la embriaguez extrema en la inmensa mayoría de los casos.

¿Qué revelaba esto?... Evidentemente, alguna influencia misteriosa regía el instinto de estos individuos, y sólo les permitió libar hasta el límite máximo, pero sin que este placer llegase a anular el mecanismo de las más importantes funciones fisiológicas que suponían la finalidad exclusiva de la erótica fiesta.

¿Pero cuáles serían, forzosamente, las consecuencias lógicas del monstruoso rito?... No es preciso ser un lince para adivinarlo.

Según me decía después el viejo indígena, la periodicidad sexual de los *talengs* se observa con un rigor religioso, hasta el punto de que los ayuntamientos carnales efectuados en épocas diferentes a los festivales de abril y septiembre eran severamente castigados. Esto no quiere decir que la costumbre no fuese quebrantada, a lo cual hube de atribuir la saludable y excep-

cional presencia de algunos individuos que no debieron ser engendrados durante la celebración de las fiestas tradicionales.

Pero no sólo era el alcohol el motivo en que basar la indiscutible degeneración de los birmanos talengs, aunque dicho agente posee sobrada influencia para justificarla, pues si no todos los matrimonios eran dipsómanos, la fecundación de las hembras sólo tenía lugar cuando los esposos se hallaban en estado de embriaguez.

Hablé antes de los niños que salieron a nuestro paso, en los que observé ciertas pruebas de tara sifilítica, y no me equivoqué, pese a que el alcohol y el treponema pálido sean tan semejantes en la producción de sus morbos transmisibles por herencia.

Al siguiente día me levanté muy de mañana, pues creo que no llegué a conciliar el sueño en toda la noche.

Los habitantes jóvenes de Ankhordaway aun permanecían en el bosque, seguramente repitiendo a la luz del sol matinal las mismas escenas que yo presencié al resplandor de las hogueras y antorchas. No había en el poblado más que ancianos y niños y algunos jóvenes de ambos sexos visiblemente enfermos. Unos estaban paralíticos; otros presentaban en sus cuerpos repugnantes llagas de toda índole; individuos que paseaban su cretinismo por entre las

yacijas miserables del pueblo, de las que trascendían olores fétidos...

Pero lo que más me llamó la atención fué la abundancia de muchachas anormales, que ya empezaban a regresar del bosque presentando en sus rostros las huellas de la noche anterior.

Sus gestos y ademanes acusaban la sintomatología típica de la demencia precoz. Las había histéricas y epilépticas. Una de ellas se revolcaba en el suelo presa de un violento acceso, sin que sus convecinos prestasen a la enferma el menor auxilio ni la más leve importancia.

Quise acudir en su auxilio, pero el indígena que me acompañaba me rogó que no lo hiciese, si no quería incurrir en el enojo de todos los habitantes del poblado maldito.

—Esa muchacha ya puede ser madre—sentenció el anciano.

—¿Por qué lo dices?

Me aseguró que esos ataques epilépticos significaban el advenimiento del menstruo en las mujeres que los sufrían, de lo que también eran pruebas otras manifestaciones, como la manía destructora, la afición al robo, los impulsos eróticos irrefrenables, la irritabilidad, la tristeza...

En los términos de expresión vulgar que empleaba el viejo taleng, comprendí que todas aquellas desgraciadas eran víctimas de la locura, manifestada en sus aspectos polimorfos, tan ciertamente catalogados en los índices de la

Psiquiatría.

¿Cabe un cuadro más horrible?... Las locas de Ankhordaway, corroídas por las más diversas taras hereditarias, eran víctimas de lo que Tissuot denominó con el nombre de "epilepsis ovárica". Por lo menos, la desdichada a quien yo intenté auxiliar, era un caso incuestionablemente típico.

Y estas hijas de hoy serán madres mañana y sus hijos los padres de otros hijos concebidos en iguales condiciones que ellas lo fueron.

No cabe duda que la locura existe en sus pobres cerebros en estado latente, hasta que el instante de la pubertad les llega. Entonces el morbo rompe sus barreras y surge potente y arrollador con su valioso prestigio espectacular tan ansiosamente esperado. Ello suele ocurrir entre los diez y los trece años, dándose el caso de que al cumplir los veinticinco años puedan convertirse en abuelas de sus propios hijos, y antes en madres de sus hermanos paternos, y así sucesivamente...

Por fortuna — aunque la conformidad sea cruel—, la familia de los fanáticos talengs vase extinguiendo poco a poco, en lo que se advierte la sabia tutela de la naturaleza.

El cúmulo enorme de las taras biológicas torna infecundos a los individuos y la mortandad infantil alcanza proporciones fantásticas que las autoridades sanitarias de la colonia nunca

intentaron atajar.

Estimo que si la destrucción de estos desdichados no se opera con más rapidez, se debe, por una parte, a la prolongada abstención de los placeres venéreos, y por otra, al régimen de alimentación exclusivamente vegetal que siguen.

¿Existe frialdad sexual en estos hombres? Es muy posible. La mayor parte de los indígenas de Ankhordaway aptos para el trabajo están empleados en las explotaciones de cauchú y transformación del mismo, producto muy rico en sulfuro de carbono, cuyas propiedades anafrodisíacas están científicamente demostradas, y particularmente en lo que se refiere a la función de las glándulas seminales, pues se han visto individuos que presentaban incluso una reducción notable en el volumen de los testículos.

Luego la abstención genital de estos seres puede decirse que es perfectamente natural, y por lo tanto, no implica sacrificio alguno. Al contrario, yo diría que el verdadero sacrificio lo realizan en las fiestas semestrales, cuando por un mandato religioso se ven obligados a romper la barrera de la continencia genésica al acicate de la excitación alcohólica, estimulante imprescindible, al parecer, para retrotraerse al imperio de los primitivos instintos sensiblemente adormecidos en virtud del géne-

ro de trabajo más remunerador a que han de someterse.

Dicho trabajo, obediente al natural instinto de conservación, constituye el elemento poderoso para reducir la potencialidad reproductora en los individuos que lo realizan. Pueden conservarse, sí, pero al anularse casi las facultades reproductoras, la deformación fisiológica de la tendencia produce la paulatina extinción de la especie, a lo que hay que sumar las múltiples particularidades anteriormente citadas, con lo que tendremos ante nuestros ojos el más espantoso panorama patológico-sexual que a un clínico pueda ofrecerse.

A pesar de todo, no dejé de reconocer la honda y práctica sabiduría de la religión de este pueblo desdichadísimo. Digo religión, y digo mal: más propiamente pudiera aludir a la reforma introducida en el dogma primitivo, reforma que no tendrá más años que la dominación británica, o mejor dicho, desde la introducción del cauchu en Birmania, ya que esta planta fué importada del Brasil.

No tuve tiempo de comprobar suficientemente ambos extremos, aunque el viejo indígena que me facilitó estos informes aseguraba que las referidas costumbres rigieron siempre la vida de su pueblo.

Muy bien pudo suceder que el establecimiento de la periodicidad en las actividades sexua-

les obedeciese a un misterioso presentimiento del futuro remotísimo. ¿Pero quién sería capaz de afirmarlo terminantemente?...

Lo que sí hubiera podido asegurar es que la Naturaleza, tan sabia siempre, impuso la armonía entre la revolución de los astros, la vida de los hombres y la curación de sus males. No quise pensar más en ello, porque hubiese terminado por sumirme en el caos.

Y salí de Ankhordaway, porque una permanencia prolongada ante tantísimos y tan inenarrables horrores hubiera puesto en peligro la integridad de mi cerebro.

CAPTULO XVI

LOS HIJOS ARTIFICIALES

No hace mucho tiempo tuve ocasión de leer el libro de un escritor alemán, "La Mandrágora", en la que su autor, Heinz Ewers, expone un caso de fecundación artificial realizado con los elementos más inadecuados para el logro de un ser perfecto física y moralmente conceptuado.

El doctor Ten Brinken se vale de una prostituta "nacida para eso": amoral, lúbrica en extremo, pero bien constituida fisiológicamente y desprovista de taras hereditarias. Esta mujer es fecundada sin su consentimiento, previa la anestesia clorofórmica, con el licor espermático que eyacularon las vesículas seminales de un asesino en el preciso instante de su ejecución por la justicia.

Huelga decir cual fué el resultado del experimento para el que se utilizaron tan selectos materiales primos.

Pero bien: si se hubiese pretendido conse-

guir y logrado un producto completamente sano desde todos los puntos de vista, o sea, lo contrario de lo que obtuvo el doctor Ten Brinken, ¿habrían escapado los promotores al anatema de las apreciaciones teológicas tan opuestas a este género de prácticas científicas?...

En la inmediata respuesta que sucedería a la anterior pregunta, encuentro la suficiente base para poder incluir los sorprendentes experimentos de fecundación artificial en los índices de aquello que se ha convenido en llamar sexualidad maldita, aunque el fundamento sea un tanto vago y no preocupe en demasía más que a cierto espíritus poco dignos de merecer una atención seria por parte de criterios más humanos.

No hace aún siglo y medio que dos médicos italianos realizaron con éxito pruebas de esta naturaleza, valiéndose de conejas, perras y cabras. La revolución que tales ensayos originaron en el mundo científico fué enorme, pero cuando la expectación llegó a su colmo sucedió al ser fecundada una mujer por el mismo procedimiento.

Pero con ser esto muy interesante, me atrevería a asegurar que los primeros ensayos de esta índole se efectuaron muy lejos de Europa y a mucha distancia del mundo civilizado, lo que de ser cierto, como presumo, redobla el interés de tan sorprendente innovación.

Entre ciertas tribus papúes que habitan en la región costera de la bahía de Gelwink, al norte de Nueva Guinea, la mayor isla del archipiélago Melanesio, en lo menos explorado de Oceanía, la fecundación artificial de las mujeres y aun la de animales salvajes de difícil domesticidad, es verdaderamente frecuente.

He de hacer la necesaria salvedad de que no conozco Nueva Guinea, pues nuestros cruceros turísticos no fueron nunca más al Sur de la isla de Luzón, en el archipiélago filipino. Mas, a pesar de todo, mis referencias provienen de un colono italiano que vivió muchos años en Nueva Guinea y regresó a su país a bordo de nuestro buque, en el que llegó hasta Génova.

Era éste un hombre de edad, serio y discreto. El hecho de tener un hijo que seguía la carrera de Medicina en una Facultad italiana, estableció entre ambos una sincera corriente de simpatía, hasta el punto de que durante todo el viaje creo que no dejó de acompañarme ni un solo minuto que yo tuviera libre. Hago este necesario preámbulo con objeto de afirmar que todo cuanto me refirió llegó a merecerme entero crédito.

Entre los indígenas a que aludo, se observan leyes morales que ante los ojos de un europeo ofrecerían muchos aspectos comunes a la moral de los pueblos civilizados.

Estas gentes, durante la época de su juventud

célibe, viven en la más completa separación de sexos. Los hombres habitan en grandes construcciones de altos techos formadas con cañas y hojas de bambú, y allí duermen o se guarecen durante las frecuentes tempestades que asolan la isla.

En ese aislamiento, si nos adentramos un poco, veremos que esa moral de que antes hablaba, deja bastante que desear. La pederastia homosexual es considerada como una función naturalísima, mientras llega la hora de unirse a alguna compañera, cosa no muy fácil, ya que las costumbres han establecido la ley de que el novio aporte poco menos que un verdadero tesoro, precio de adquisición de la esposa.

Si los hombres se entregan a las prácticas de la homosexualidad, las mujeres, en cambio, parecen ignorar los deleites del tribadismo por lo menos. De este lado, no hay inconveniente en invocar de nuevo la moral, que en tal aspecto no es superada por las mujeres de los países más cultos...

Sucede por lo general, que los matrimonios son bastante raros y que una gran proporción de mujeres papúes se ve condenada a castidad perpetua en tanto que sus congéneres masculinos no prestan gran atención a los placeres que puede proporcionarles el sexo contrario.

Como complemento de la homosexualidad de los varones, la masturbación juega un papel

importante en las originales costumbres de este pueblo, que también, aunque muy raramente, suele advertirse entre las mujeres. Aseguraba mi informador que el origen de tales costumbres se perdía en la perspectiva histórica de los papúes.

Los hombres son robustos, de complexión musculosa, guerreros valientes y cazadores hábiles. Esto revela que la inversión es puramente viciosa y no uranista, puesto que a tan indiscutibles síntomas viriles hay que añadir que no muestran aversión heterosexual.

Pero tan pronto como los muchachos experimentan las primeras inquietudes voluptuosas, se ven impelidos a practicar lo que ven, y aquí se forjan las emociones iniciales que justifican la indiferencia que les inspira el sexo contrario.

Ocurre también, que tanto la pederastia como la masturbación, transforman la naturaleza de los individuos hasta el punto de que, al llegar al matrimonio, prosiguen con las mujeres las prácticas viciosas, desdeñando el conducto natural del placer que les brindan sus esposas, por regla general.

El clima y los excitantes naturales, originan tan rara lascivia como una consecuencia lógica de las costumbres. A partir del casamiento, los goces homosexuales son severamente prohibidos, pero no así las prácticas de pederastia,

ante las que las mujeres de los papúes se ven privadas de oponer la más mínima protesta.

Pero lo que no pueden impedir las leyes de estos salvajes—me refiero al mayor volumen de los casos—, que permanecen indiferentes a la inclinación viciosa y naturalmente estéril de su maldita sexualidad, puede remediarlo en gran parte el empirismo compensador de su ciencia muy remota, si he de creer en las imparciales afirmaciones del colono italiano.

Me aseguró dicho señor que la fecundación artificial de las mujeres, como la de las hembras del kanguro, es cosa tan corriente entre estos indígenas, como entre nosotros la vacunación antivariólica, pongamos por ejemplo vulgar.

Es muy sorprendente también—repito que sigo ateniéndome al testimonio ajeno—, que las mujeres así fecundadas alumbren hijos perfectamente constituídos y raramente tarados de estigmas graves. Sinceramente, en este punto solo, no he de ocultar mi escepticismo.

Puede ocurrir que en el primer contacto matrimonial, siempre doloroso para las mujeres, el esposo no logre vencer la resistencia de la membrana himenal, y si lo consigue, es más raro que a ello siga la correspondiente sensación voluptuosa para los cónyuges. ¿Servirá este detalle para explicar la pederastia heterosexual como una prolongación de la cometida

entre hombres solos?... Creo que sí, ateniéndonos a la antigua deformación del instinto genésico.

Cuando el reducto natural no abre la brecha necesaria, interviene un curandero y corta el himen. Mas a pesar de esto, es frecuente que las mujeres experimenten sensaciones dolorosas que les impidan realizar el coito vaginal. Esto ya puede ser comparado, si no exactamente igual, con el vaginismo o sea la contracción de los músculos vaginales motivada por el estado hipersensible de las carúnculas himenales.

En tal asociación de circunstancias, veo la justificación de la histórica perversión de las costumbres sexuales de este pueblo; ello no me ofrece la menor duda. ¿En términos generales?... Desde luego, yo contestaría en sentido negativo; pero sí en una proporción suficiente para constituir la necesaria base morbológica, si la frase es admisible.

Pese a ello, las gentes de la bahía de Gelwink son prolíficas, aunque la fecundación artificial de las mujeres se realice en el veinticinco por ciento de los casos.

Veamos ahora cómo obran los hechiceros y los procedimientos que emplean para conseguir sus fines.

¿Puede utilizarse al esposo de la futura madre para que preste la materia prima? Según los casos. Cuando el marido es fuerte, sano,

valiente y hábil en la caza y en la pesca, no hay inconveniente alguno. No hay duda que esto revela la consciencia de los mejores principios eugenésicos. ¿Que el esposo no reúne todas estas admirables cualidades físicas y morales?... Entonces habrá de resignarse con su suerte, intentando, si es apto, la "confección" de sus hijos por los procedimientos naturales. Ahora bien; sin olvidar que a su esposa le está terminantemente prohibido ser estéril.

Los papúes seleccionan y cuidan a los hombres que están en las mejores condiciones para ser buenos "sementales", dicho sea sin eufemismos.

Repetiré que los hombres no aptos para fecundar a sus mujeres, rara vez son impotentes: tal impotencia sólo puede manifestarse al intentar el coito por el conducto normal. Tambien la impotencia puede ser de la mujer, como he dicho anteriormente. Mas vamos a lo que nos ocupa:

El hechicero de la tribu tiene monopolizada la fabricación de un aparato de barro cocido, que no es más que un tubo en forma de embudo, cuyo orificio de salida es muy fino, y la boca ancha y de suficiente diámetro para que en ella pueda introducirse el glande de un pene normal. Huelga decir que este aparato está arreglado en forma que pueda contener el licor seminal que el mismo hechicero hará eya-

cular al "semental" elegido, por medio de la masturbación.

Ya está la mujer dispuesta, tendida en una mesa y ofreciendo sus genitales, especialmente el orificio del hocico de tenca, mientras presencia muy tranquila y satisfecha todos los preparativos para su fecundación.

El recipiente de barro se habrá calentado lo suficiente, o mejor dicho, se habrá dejado enfriar lo necesario después de haberlo hervido en agua durante diez minutos. Entonces el curandero aplica la abertura más ancha del embudo al pene del proveedor de semen, e inmediatamente después de efectuarse la emisión espermática introduce en el útero el extremo más delgado del recipiente, soplando con la boca suavemente hasta que han caído unas gotas de licor seminal en el conducto genital femenino.

La operación puede repetirse dos o tres veces y al cabo del plazo natural, los espermatozoides habrán cumplido su misión con el óvulo de la futura madre.

Cuando en la mujer así fecundada se presenta la desaparición de las reglas, el curandero y el "semental" perciben sus honorarios, y asunto concluido.

Por último, pregunto: ¿No será la fecundación artificial tan antigua como el mundo?...

Si alguna vez visito Nueva Guinea, es muy posible que yo mismo pueda contestarlo.

CAPITULO XVII

LA EXTRAÑA MANIA DE Mr. WARNER

Nadie hubiera adivinado, tras el continente respetable y físicamente sano de Mr. Warner, la existencia de una tara psíquica vigorosamente destacada, que tenía el poder irreprimible de convertirle en un ser inconsciente, aunque, socialmente, poco peligroso.

Era un hombre correcto, extraordinariamente culto, y de una pulcritud exagerada en el cuido de su persona. Sus cincuenta y tantos años los llevaba con elegancia y sin hacérselos advertir a nadie.

Este atildamiento del original pasajero trascendía hasta las jóvenes y bellas compañeras de viaje, que solían reunirse en las balconadas altas del navío, un poco alejadas de la gente seria, que mal transigía con sus diabluras un tanto equívocas.

La discreta actitud del viajero para con las muchachas era casi paternal. El *gentleman* se complacía en organizar concursos de natación

en la piscina, carreras, juegos de toda naturaleza, etc., instituyendo premios consistentes en valiosos objetos, que adquiría en los puertos de escala, y que eran disputados por las jóvenes viajeras ante el regocijo sano de toda la población de nuestra verdadera ciudad flotante.

Al principio, poco antes de llegar al Japón procedentes de San Francisco de California, creí, sinceramente, que las asiduidades y obsequios de Mr. Warner para con sus gentiles amigas tenían una finalidad ciertamente condenable. Después comprobé que nada pecaminoso se ocultaba tras de sus galanterías, que era sólo el deseo de pasar el tiempo de las ya cortas singladuras de la manera más inocente y agradable, para lo que su imaginación tenía recursos que no se agotaban nunca.

Un día a la altura de Formosa, en cuya isla no hicimos escala, en virtud de los malos informes sanitarios que transmitieron por radio desde Tokio, el millonario Warner organizó una fiesta completamente tropical, exclusivamente dedicada a las muchachas, que habrían de presentarse con el atavío primitivo de las islas Hawai, o sea, en traje de Eva, aunque velados sus cuerpos o aquellas partes más íntimas, con arreglo a lo que el pudor dictase a las concursantes.

Todas las prendas a usar para la fiesta estaban en la herboristería de a bordo: flores, ra-

mas y hojas que se tomaron en abundancia en el puerto de Nagasaky por encargo del caprichoso potentado.

Se deslizaba la mascarada tranquilamente. Salí de visitar a un enfermo, cuyo camarote estaba situado en los pisos inferiores del navío, cuando escuché la voz varonil del americano que decía:

—No sea usted loca, muchacha; yo soy un caballero.

En la réplica de la aludida, comprendí que él se obstinaba en rechazar una proposición de cierta índole que, en tales ocasiones y en aquellos climas, muy pocos hombres desdeñan.

Ella era una de las concursantes al festival, a la que tuve tiempo de ver completamente desnuda. Y Mr. Warner, muy digno, se desprendió de los tentadores brazos de su atrevida y desdeñada amiga.

Y no sucedió más. Desde luego, pensé que el millonario era, en efecto, un caballero de moralidad intachable, un enfermo... o un invertido.

En substitución de la visita a Formosa, se decidió ir a Siam, en cuya capital, Bangkok, se estaban celebrando las fiestas de la Primavera.

Abandonamos el buque en la desembocadura del río Mehn-Nam y dos horas más tarde

entraba nuestra caravana en la pintoresca ciudad de la corte siamesa, tal vez el reino más europeizado de Asia.

La representación de la Compañía redactó el programa de las fiestas a que habríamos de asistir, en el que como números fuertes figuraban las luchas, elevación de cometas y las riñas de gallos, a las que estas gentes son aficionadísimas, pese a la prohibición de las autoridades, que sólo las consienten con motivo de las grandes solemnidades.

Mr. Warner, del que nos hicimos muy amigos otro compañero y yo, nos invitó a que le acompañásemos a una de las peleas de gallos que tenía lugar en un circo, para lo cual tomó las correspondientes localidades.

Sinceramente, el espectáculo no nos llamaba la atención ni a mi colega ni a mí, pero por deferencia hubimos de disponernos a tomar el camino del estadio convertido en un verdadero hormigueo humano, en un torrente desbordado de gentes sucias, sudorosas y malolientes que armaban una algarabía infernal.

Nos instalamos en las localidades como fué posible, y empezó la pelea. Observé que Mr. Warner, al principio muy atento al festejo, no dejaba de mirar a una muchacha indígena que se había situado junto a nosotros y que con verdadera fruición masticaba unas bayas de betel, cuyo jugo de color de sangre escupía

frecuentemente.

Todo lo que para mí tenía de repugnante la actitud de la siamesa, lo era de atrayente para el millonario, a juzgar por su complacencia al mirarla con tan claro interés.

—Mastica betel—le dije, creyendo que era este detalle el motivo de su curiosidad.

—Es bonita, ¿verdad?—replicó por toda respuesta.

Estuve por decirle que la belleza de la muchacha no la veía por ninguna parte, pero callé, fingiendo no oirle. ¡Qué había de ser bonita!... No tendría más de quince a dieciséis años, pero feos, feísimos y repugnantes y de una suciedad a prueba de potasa cáustica por lo menos.

Prescindiendo de su rostro asiático, ojos pequeños, nariz de achatamiento exagerado, pómulos de convexidad exagerada también y boca enorme y de negra dentadura, aunque perfecta, el resto del cuerpo no era más que un hatijo de huesos y harapos, en los que habitaría una fauna molestísima e inextinguible acaso.

Pero Mr. Warner no dejaba de mirarla, y lo peor fué que la indígena se había dado cuenta de la atención de que era objeto.

—¿Qué me dice usted de esa joven?—insistió.

Y ya, sin poder contenerme, exclamé:

—Que me produce náuseas.

—¡No tanto, doctor, no tanto!...

—¿Pero habla usted en serio, amigo Warner?

—Completamente. No daría cien dólares con más satisfacción.

Reí la respuesta, de sinceridad inverosímil, y no le hice caso. Dos pobres gallos habían entablado un mortal combate a espolonada y picotazo limpio, que se tradujo en una lluvia de gotitas de sangre por cada pluma y en un estruendo de salvajes alaridos de aquella gentuza enardecida.

Terminó, por fortuna, la fiesta, y la muchedumbre emprendió el regreso hacia Bangkok comentando a voz en grito las incidencias de la pelea.

Y cuando mi colega y yo quisimos darnos cuenta, Mr. Warner se había aproximado a la indígena, con la que trataba de explicarse por señas naturalmente, y ello sin hacer caso de las miradas de la morralla, a la que no dejaba de extrañar el contraste de un elegante occidental al lado de una oriental astrosa y casi fétida.

Ya me preocupó bastante la inexplicable conducta de nuestro amigo, y me permití decirle:

—Ya está bien la broma, amigo Warner.

Ahora fué él quien no hizo caso de mi intru-

sión. Y entonces tomamos el partido de marcharnos, no sin advertirle que le esperaríamos en el hotel. Se despidió de nosotros atentamente, y allí le dejamos con su conquista.

—Ese hombre está loco indudablemente — arguyó mi compañero.

Entonces, para señalar el contraste inexplicable, le referí lo que había visto y oído unos días antes entre el millonario y la hermosa pasajera, pues no tuve ninguna duda acerca de la índole de las pretensiones que la ardiente muchacha expuso al extraño sujeto.

No hicimos más comentarios. En nuestro criterio, si Mr. Warner no era un degenerado o un pervertido de la más rara estofa, no le andaría muy lejos. ¿Pero, qué clase de psicosis era la suya?... ¿Era posible que un hombre de su empaque, tan bien equilibrado en apariencia, estuviera desprovisto del más elementalísimo sentido de la moral y la estética?...

No volvimos a verle en todo el día, pero ya de madrugada, cuando regresamos después de una larga sesión de cinematógrafo, vimos a la indígena que salía del hotel acompañada de un criado.

Nos miramos estupefactos.

—¿Será posible?... — exclamó mi compañero.

—Vamos a saberlo ahora mismo.

Llamé al mozo, al que puse un dólar en la

mano, diciéndole que si averiguaba lo que la mendiga había estado haciendo en el hotel, le daría cinco dólares más.

El muchacho sonrió picarescamente, pero enseguida fué en busca de la indígena, a la que aún se veía marchar por la calle arriba.

Esperamos el regreso del *groom* con verdadera ansiedad. Y diez minutos después nos relataba punto por punto cuanto de buen grado le dijo la repulsiva criatura, satisfechísima del éxito de la jornada.

Prescindo de hacer comentarios. Baste saber al lector que el desgraciado Warner practicó con la siamesa, siempre en misión activa, las caricias que, entre otras cosas, inmortalizaron la fama de la poetisa Safo...

Analicemos, aunque muy someramente sea, la rara expresión de este caso inconcebible, partiendo de la base cierta de que Mr. Warner era un enfermo, que pudo inspirar a Sacher-Masoch cualquiera de sus absurdos y monstruosos engendros.

Ese cuidado exagerado de su persona, afeitándose dos veces al día, usando el baño otras dos, siempre bien oliente a perfumes masculinos, hecha, en resumen, la distribución de la jornada entre divertirse honestamente y acicalarse como un decadente, que sólo cifrase la clave de sus triunfos amatorios en su arrogante y atractiva prestancia, suponía, por decirlo

así, el marchamo garantizador de un completo equilibrio sexual llevado con dignidad y cautela hasta los linderos de la senectud.

Nadie hubiera dicho de Mr. Warner otra cosa, a lo sumo, sino que era un refinado, atribuyendo al vocablo todo su amplio sentido, incluso el que se le asigna por los equívocos estetas. Pero de aquí a pensar en una posible asociación de manifestaciones extremas, antagónicas y diametralmente opuestas como lo eran su culto exagerado a Higya y su meticulosidad estética por una parte; y por otra, la ruina sucia y mal oliente de la siamesa, despreciable, imperfecta y salvaje, de un punto a otro, repito, mediaría un abismo infranqueable hasta para el criterio más elástico.

No cabe duda que entre el dolor y el placer existen nexos de asociación que casi borran las fronteras de tan opuestas sensaciones. Claro que, refiriéndose desde el punto de vista sexual, no es posible aludir a los individuos cuya sexualidad esté claramente bien orientada. De otra forma, el dolor es el dolor y el placer es el placer, y su línea divisoria está perfectamente delimitada para que puedan confundirse tan diferentes terrenos. Si un literato quiere sostener lo contrario, casi siempre será en pugna con su conciencia y con la opinión del clínico.

Mas admitiendo la existencia de esa barrera

y estimando posible una identidad de expresiones, es explicable el masoquismo, o sea, el efecto que en los centros nerviosos producen los golpes, cortes y pinchazos y toda la abundante escuela de agentes análogos capaces de producir tan morbosa excitación sexual. (1)

Lo que parece absurdo e inverosímil es que la suciedad extrema llevada hasta la saturación, y el olor casi fétido de una mujer en aquellas condiciones, pudiese ejercer tan fuerte atracción erótica, sobre el temperamento que antes me pareció frígido, del caprichoso millonario.

No sé si lo mismo que afirman que el dolor puede producir el placer, las emanaciones apestantes de una mujer excepcionalmente sucia se convertirán para un gran olfativo en las fragancias exquisitas y enervadoras del más potente afrodisiaco.

Tal es el caso del rey Enrique IV, que consentía a su esposa absolutamente todo menos que se lavase los órganos genitales, sin cuyo olor característico el monarca no era capaz de realizar los trabajos adecuados para asegurar la perpetuación legítima de la dinastía...

(1) Véase la obra EL PLACER Y EL DOLOR, del Doctor Malhermann, en la que se citan casos verdaderamente extraordinarios.

CAPITULO XVIII

EL MAYOR ATRACTIVO DE LAS CHINAS

Repito que no hay en la tierra un pueblo más absurdo que el chino en todos los aspectos que se le compare con el resto de la Humanidad.

De sus vicios y sus aberraciones podríamos formar múltiples volúmenes de innumerables páginas, siempre refiriéndose a modalidades distintas y sin peligro de caer en la más leve monotonía. Pero es el caso que en este libro, cuya misión queda expuesta al principio de sus hojas y en el curso de las mismas, no es posible dar acogida cordial a esos detalles que entran de lleno en el género francamente pornográfico, del que a toda costa hubiese querido huir, por estimarlo demasiado disoluto hasta para los temperamentos mejor equilibrados.

Ignoro a qué causas obedecerá la prematura decadencia sexual de los chinos, excluyendo, naturalmente, a la gran masa de ciudada-

nos casi anulados en todas las facultades físicas y morales por el uso constante del opio y las bebidas alcohólicas y aun por el empleo inmoderado de toda clase de recursos encaminados a la satisfacción solitaria de los placeres venéreos.

La juventud de los amarillos, especialmente los que habitan en las ciudades costeras más en contacto con las costumbres de Occidente, no puede ser más borrascosa ni más ferozmente libre.

No he tenido ocasión de adentrarme en el interior, pero mis referencias aseguran que, fuera de la periferia de los grandes núcleos urbanos, ya no sucede lo mismo, y los hombres llegan a una edad respetable en el pleno uso de sus facultades viriles.

El bestialismo por un lado y la pederastia homosexual por otro, aportan a las estadísticas policiales el mayor número de pervertidos. La prostitución masculina se inicia en los chinos mucho antes que los síntomas de la edad púber.

No deberá sorprenderse el viajero que deambule por las calles de estos puertos populosos, de las solicitaciones insistentes de los "boys", que ocultan su verdadera profesión bajo la honesta apariencia de recaderos o dependientes de comercio.

Entre esos invertidos, que suelen ser trata-

dos a punta de zapato por los policías de las concesiones y por los soldados de todas las potencias que pescan en el río revuelto del caos chino, observaréis los tipos más contradictorios.

Ese concepto que tenemos formado de la pusilanimidad de los invertidos, no reza con los muchachos chinos. Son valientes, temerarios y audaces y no les importa enzarzarse a trastazos hasta con los mismos policías, que se cobran a precio de vidas las ofensas que les infieren los indígenas.

Pero, he aquí el contraste, son tímidos en exceso con las mujeres de su misma raza, evitando toda relación por simple que sea.

Tal aversión no se extiende a todas las mujeres. Caso curioso y casi general, la excepción la constituyen aquellas que aún son víctimas de la tradicional costumbre de impedir el desarrollo del pie en virtud del empleo de las botas de hierro, que las colocan en los primeros días de la infancia.

Ya es sabido que la belleza de las mujeres chinas está en relación inversa con el tamaño de sus extremidades. Mejor dicho, son tanto más bellas cuanto más monstruosa es la deformación de los pies.

Y precisamente estos pies constituyen el más intenso foco de atracción erótica, tanto, que el degenerado "boy" encuentra en dichas mu-

jeres la exclusiva excepción de la regla. Huelga decir lo que representan para el noventa y ocho por ciento de los hijos de la Celeste República las referidas características anatómicas.

Lo mismo que a un occidental le enardece y excita la visión de unos senos erectos y clásicos, unas piernas bien torneadas u otras partes de un cuerpo perfecto de mujer, el asiático llega al colmo de la excitación genésica cuando toca o acaricia un pie en estas condiciones, lo que excepcionalmente puede también ocurrir a un hombre blanco de gran emotividad erótica.

Para los occidentales, la visión o la palpación de ciertas partes del cuerpo de la mujer deseada, constituye un principio, lo que podemos llamar preludio carnal, punto de partida para el goce completo de todas las sensaciones del amor normal. Para el chino, ese principio es a la vez el fin, pues rara vez va más arriba del pie de su amada para poder culminar en los máximos deleites venusinos.

Veremos ahora cómo obran estos degenerados hereditarios o acaso pervertidos. (1)

Generalmente, antes han hecho una comida bien regada con vino de arroz, y a base de alimentos fuertemente aderezados con toda

(1) En la obra **LOS DEFRAUDADORES DEL AMOR**, del Doctor Chapottin, se citan numerosos casos de fetichismo.

clase de especias. Un plato delicadísimo para su paladar, pero repugnantísimo para el de un blanco, lo componen los nidos de salangana, construídos con algas muy ricas en fósforo y iodo, y con pececillos podridos. El hedor de tal bodrio es de una fetidez extraordinaria.

La prostituta o la legítima y honorable esposa se tiende sobre el lecho y el amante o el marido empieza por descalzarla las zapatillas de grueso fieltro con más delicadeza que si fuesen de vidrio de Imari. Esto lo hacen con idéntica solemnidad que si practicasen un rito.

Cuando ha dejado desnudos los dos pies, los acaricia y huele con fruición. Dada la exquisita limpieza de las mujeres chinas, parecidas en esto a las japonesas, no creo que las secreciones sudoríficas acusen su repugnante y característico olor, que en la pituitaria de los chinos pudiera tener un reflejo excitante del instinto genésico. Puede también ocurrir que sean grandes olfativos, lo que me inclino a creer sin reservas.

Ellas son generalmente frígidas, y permanecen poco menos que impasibles ante la actitud del chino que experimenta toda la gradación de las sensaciones voluptuosas que son inherentes al amor normal, logrando la eyaculación. Esto debe ocurrir en virtud de un

proceso idéntico al que se desarrolla en los impotentes viciosos que obtienen el máximo goce erótico mediante la succión o el toque lingual sobre las mucosas genitades de las mujeres que a ello se prestan. Huelga afirmar que el agente esencial está basado en la predisposición psíquica, en el esfuerzo imaginativo.

El chino refinado no tiene que recurrir a otros procedimientos para satisfacer completamente su angustia erótica. El resto de tales fetichistas, más vulgares, necesitan del roce de sus genitales con los pies deformados de la amante, o bien que ellas les masturben, aprisionando entre los dos muñones el miembro viril del vicioso.

El coito normal es la práctica voluptuosa que tiene menos aceptación entre los individuos que buscan fuera de sus hogares la satisfacción de los placeres sexuales.

Las reformas introducidas por los gobernantes de la república, prohiben, aunque castigando las infracciones con penas muy leves, la práctica brutal de estas deformaciones, por lo cual va disminuyendo el número de mujeres poseedoras de tan apetecibles y casi imprescindibles cualidades de atracción sexual. Creo que esta circunstancia justifica en gran parte la preferencia de los chinos hacia tan prestigiosas características, cuyo valor está asentado en una tradición de muchos siglos.

CAPITULO XIX

RELIGIOSOS Y FARSANTES
SADICOS Y MASOQUISTAS

El golfo de Omán. Bombay, "The Indian Eye", como llaman los ingleses a la más europea de las ciudades de Asia. El "Ojo de la India", que diríamos en español.

La gigantesca mole de nuestro paquebot atracó en la dársena Norte del muelle de Apolo que separa del mar al bello barrio del mismo nombre, poblado de bazares suntuosos y estupendas mansiones aristocráticas.

Era la vez primera que visitaba la hermosa ciudad, por estar fuera de la ruta del "South", pero hubimos de recoger en Colombo un transbordo del "Presidente Mac Kinley" que traía este destino.

La gran isla sobre que se asienta Bombay, mal contiene a más de dos millones de habitantes que proceden de todas las regiones del Indo. Mahometanos, cristianos y budhistas y muchas sectas más de todas las religiones también, viven en una promiscuidad que sor-

prenderia a Mahoma, a Cristo y a Gauthama, si tuviesen el fatal capricho de levantar la cabeza.

El centro de la ciudad es la Explanada, enorme plaza rodeada de magnificos predios de elegante orden arquitectónico, presididos por la estatua ecuestre de Eduardo VII desde el tiempo lejano en que aún era Príncipe de Gales.

Y cerca de la Explanada, como un pegote de muy dudosa importancia higiénica, se elevan las naves arrogantes del Mercado de Crawford, construcción grandiosa cuyos techos cubren varios millares de metros cuadrados.

Los alrededores ofrecen el típico aspecto de los zocos norteafricanos. Lo mismo se ven "siks" vendedores de loza barata, que bengalís de siniestro y miserable continente que a los turistas asedian brindándoles perlas descomunales, bellas y legítimas esmeraldas, rubíes y diamantes de Golkonda y fabulosos topacios. No he visto en mi vida más joyas de precio juntas expuestas al capricho de los potentados y ofrecidas por los más astrosos mercaderes, que las que vi en el Mercado de Crawford. El contenido de una sola de aquellas cajitas de cuero, valdría centenares de miles de dólares.

Por todas partes había encantadores de serpientes, domesticadores de pájaros, domadores de fieras que ofrecían chacales, monos,

panteras y perros del Himalaya, más fieros que los mismos tigres de la jungla. Y bayaderas que bailaban la lúbrica danza del vientre, más peligrosas aún que todas esas alimañas juntas, para el occidental incauto que caiga en la red fascinadora de sus encantos sexuales.

Pero lo más interesante de toda aquella abigarrada multitud, eran, sin duda alguna, los imprescindibles fakires, personajes de sacra apariencia que gozan de gran ascendiente entre todas las castas de la India sin distinción de creencias religiosas.

Un fakir, en la generalidad de los casos, es un hombre de edad provecta, y casi siempre, pese a muy respetables opiniones, un solemne farsante cuya ecuanimidad ascética suele ir al traste ante un solo dedal de ginebra o de aguardiente de caña.

Fuí a mezclarme con la multitud que admiraba asombrada al fakir, quien tranquilamente permanecía sentado entre una multitud de chirimbolos, esperando a que el cesto donde caían annas y hasta alguna que otra rupia, estuviese bien repleto.

Aquel tipo no tendría más de cuarenta años. Era de una delgadez extrema y casi transparente, como si su cuerpo estuviese momificado bajo una cubierta de piel convertida en cuero endurecido. Por toda vestimenta tenía un taparrabos que apenas era suficiente para cum-

plir su honesta misión.

No habría entre todos los espectadores una docena de europeos, de los que la mayor parte eran soldados británicos recién llegados de las estaciones de aclimatación del principado de Lahore, y por tanto, poco acostumbrados a estos espectáculos, de los que tanto partido sacan los describidores del folk-lore colonial.

Empezó el fakir por atravesarse las mejillas, cubiertas de espesa barba, con una larga aguja de plata. Ni un gesto de dolor. Ni una gota de sangre.

Si me hubiese aproximado más hubiera apreciado la existencia de dos agujeros en las mejillas, cuyos bordes enquistados hacían imposible toda sensibilidad. No obstante, el simple acto arrancó a la muchedumbre muchas exclamaciones de admiración.

Luego, tras de limpiar la aguja con una parsimonia desesperante, posó los pies en un montón de brasas, permaneciendo así tres o cuatro minutos, o sea, el tiempo preciso para que el calor traspasase la dura costra compuesta de basura y callosidades de las plantas de sus pies.

Cuando se volvió de espaldas observé que tenía el torso materialmente cubierto de cicatrices más o menos antiguas y profundas, pero que desde luego revelaban que el autor de las heridas poseía un detallado conocimiento de la anatomía, ya que ninguno de aquellos cortes

estaban situados sobre importantes paquetes musculares ni circulatorios.

Ya tenía en mi poder datos suficientes para afirmar que el tipo en cuestión, como casi todos los de su ralea, no era más que un vulgar farsante.

A una voz suya surgieron del grupo tres muchachas no mal parecidas, a las que proveyó de pequeños y afilados cuchillos de pedernal. Las armas me llamaron la atención, más que por sus cualidades ofensivas, por su probable importancia arqueológica.

El hombre se tendió en el suelo sobre una estera de esparto, en tanto que pronunciaba unas palabras que, naturalmente, no comprendí, pero que acallaron el murmullo de los espectadores.

Una de las muchachas sentóse a horcajadas sobre los riñones del fakir, de forma que su sexo se acoplaba a las exiguas carnosidades del penitente. ¿Del penitente?...

Ahora veremos en qué consistió el sacrificio del extraño personaje:

La indígena, lentamente, empujó el tosco cuchillo en la parte más carnosa del cuerpo del oficiante, hasta que la punta se enrojeció con una gota de sangre. El fakir ni se movió siquiera.

Otra le hizo lo mismo en un hombro y la tercera en una pierna. El público no respiraba,

como si esperase algo de más intensidad emotiva. Cinco minutos más tarde, cuando la sangre brillaba roja sobre el cuero negruzco que cubría los huesos de aquel hombre, las salvajes hundieron con más fuerza sus armas en el cuerpo del fakir, en tanto que se restregaban contra él en movimientos que llegaron a parecerme obscenos.

Esto divertía mucho a la gente, muy atenta a no perder un solo ademán de las operadoras, ya que el paciente permanecía rígido como bajo la completa abolición de las funciones vitales.

La bárbara ceremonia llegó a su apogeo. El hombre inició unos movimientos pausados que se tradujeron después en un ritmo acelerado y uniforme, como bajo el impulso de una corriente eléctrica de muchos voltios.

Gritaba el condenado poseso de una extraña furia, y en uno de los movimientos de flexión casi epiléptica en que separó el cuerpo del suelo aguantando sobre los riñones el peso de la indígena, vi claramente que su miembro viril estaba erecto y como pugnando por romper la tela del taparrabos.

¿Me sorprendió el detalle? No. Robustecí mi creencia de que estos individuos, al menos en una gran proporción, no son más que pervertidos sexuales en los dos extremos: o castos completamente, que es la forma más criminal

de la perversión, desde el punto de vista biológico, o son grandes masoquistas que precisan de los dolores cruentos y agudos como excitantes únicos de la función genésica.

¿Y qué decir de estos flagelantes activos y pasivos que no se haya dicho ya?

Hablé antes de la asociación que existe entre el dolor y el placer. El dolor, en el sentido en que, por ejemplo, Hawelock Ellis lo alude, no puede iniciar rutas placenteras más que para los seres de sexualidad anormal. Ni los sufrimientos del sadismo, ni los del masoquismo tampoco.

La flagelación sobre los centros nerviosos de los órganos genitales, no produce más que desagradables molestias, cuando no sufrimientos que son capaces de provocar la inhibición momentánea de la predisposición genésica.

Dice el doctor Malherman que en momentos de voluptuosidad se reclama un dolor agudo, con objeto de extraer de la mina del sufrimiento el valioso diamante del placer. Y esto es falso. Puede ser una afirmación literaria sin efectividad alguna en la realidad, cuando se trata de individuos perfectamente constituídos y claramente orientados en materia sexual.

Por fortuna, este sabio parece estar más en lo cierto cuando afirma que para los seres normales las crueldades no sobrepasan el carácter venial de diversión o juego.

En tal caso, dichas expansiones entre amantes que así obran, más bien han de llamarse caricias que torturas físicas, puesto que si no producen dolor, ese dolor que tuerce la trayectora del goce, no es posible abrigar dudas acerca de su verdadera naturaleza.

Cuando el caso Landrú, algunos, más ignorantes que piadosos y sinceros, dijeron del feroz asesino que era un sádico. Y no hubo tal: fué un perverso en cuyo cerebro se había anulado por completo el sentimiento ético. Entraba de lleno más en la psiquiatría que en la patología sexual, por la razón incuestionable de que para ser un sádico es preciso también ser un gran emotivo.

Otro gran farsante fué el Marqués de Sade—ya que algunos se obstinen en negarle tachas psíquicas—, al sostener de una manera firme, por propia experiencia, que la voluptuosidad es el motivo que impulsa a los seres humanos a vivir y a morir.

Lo de la excitación a vivir, admitámoslo sin reservas, tanto en lo que a la conservación como a la perpetuación de la especie se refiere. Pero que la voluptuosidad impulse a morir, es algo demasiado inconsistente y falto de base para tomarlo en serio. El aserto puede ser sincero, pero nunca normal, porque no es más que apartarse o tender a deformar las leyes inmutables de la biología.

Entre ciertos seres ínfimos de la escala zoológica ocurre que la hembra empieza a devorar al macho fecundador tan pronto ha experimentado la sacudida genésica. Sin duda el Marqués de Sade pensó en tan singular detalle para asentar sobre el mismo la base de sus afirmaciones.

Volviendo a hablar de los flagelantes; no es tan fácil separar a los sadistas y masoquistas de los místicos exclusivamente o, para decirlo más claro, de aquellos que no persiguen ninguna emoción de carácter marcadamente sexual.

En estos últimos, grandes histéricos posesos de la manía religiosa, el fanatismo no tiene más objeto que la adquisición "a plazos", de los goces espirituales. En el fondo, el solo deseo de gozar las bienaventuranzas del más allá les impulsa a realizar estos sacrificios en la vida terrena.

Tal ansiedad moral anula casi por completo la sensibilidad física, obrando, como si dijéramos, a modo de potente analgésico. Y no sólo es la pérdida de la sensibilidad nerviosa, sino que también se anula la consciencia del peligro hasta unos límites inconcebibles. Lógico es decir que la obsesión, valga la redundancia, es esencialmente morbosa. Y como prueba indubitable, allá va un caso histórico en los anales de la intervención británica en la India:

Hace algunos años, pero no tantos para que el recuerdo se haya extinguido entre los habitantes del Indo, Ahmed Hoore, celebérrimo fakir que hoy goza de un prestigio de Santo en el cortejo milenario de Indra, quiso probar a los incrédulos vecinos de la ciudad de Jeypoore cuáles eran los recursos de su poder milagroso.

Para ello invitó a algunos magnates de la urbe, tan civilizados como escépticos, y al efecto se dirigieron un amanecer al fuerte de Thiger que domina Jeypoore con su artilleria abundante.

Valiéndose de un cabo indígena, consiguió Ahmer servirse de una pieza de 7'5, a cuya boca pegó la tenue armazón de su cuerpo esquelético, mientras advertía al cabo de la oportunidad de hacer funcionar la aguja percutora.

La prueba iba a resultar sorprendente y de gran valor para la doctrina de los fakires, un poco en decadencia, pues aseguraba Ahmed que el proyectil atravesaría su cuerpo, cerrándose la herida, que no sería mortal, cinco horas más tarde.

Los invitados empezaron a dar crédito al perturbado e insigne religioso, al que escucharon silabear ciertos salmos védicos en la lengua difusa y erudita de los brahmanes.

Llegado el momento oportuno, el fakir hizo una seña, el cabo disparó el cañón, y...

Del cuerpo del fakir no quedó una brizna de carne. Pero el proyectil cayó en el palacio del Residente inglés y mató a dos criados. Se temió una rebelión, concentráronse en Jeypoore todas las fuerzas de Rajputhana, y así terminó el lance.

El caso de Ahmed Hoore es perfectamente típico en cuanto a la honradez de sus creencias. ¿Pero son iguales todos los fanáticos? No.

Ernest Dupré realizó profundos estudios sobre la psicosis mitomaníaca desde los aspectos más vulgares hasta los más graves que pueden preocupar a un alienista. Y de la clasificación que el sabio hizo, optamos por la "mitomanía somática", o sea, la de los histéricos que no se limitan a la mentira verbal, sino que llegan a la ficción más completa en todos sus actos.

Charcot cita el caso de una histérica de esta naturaleza, en cuya enfermedad no creyó nadie, y que para demostrar que era cierto el padecimiento, tomando una tijera se cortó un pezón, y dijo:

—¡Para que veáis como prueba que existe la hemianestesia!

No sólo los fakires de la India, sino los fieles de otras religiones, obran de manera idéntica. En Marruecos he visto a las cofradías mahometanas de "aissawas" y "hamadtchas" atacadas de furor fanático, cuyos individuos, valiéndose de hachuelas y gumias, se rasgaban

el cuero cabelludo y bebían la sangre de las abundantes heridas o impregnaban el pan en ella para comerlo con verdadera ansiedad.

En estos sacrificios no se advertía, en absoluto, ni la más mínima tendencia de carácter sexual. El dolor que, pese a todo el estoicismo, habían de experimentar los bárbaros flagelantes, no se convertía, ni mucho menos, en placer fisiológico. Tal sufrimiento era, por decirlo de algún modo, el precio que Mahoma exige a los que pretenden franquear las puertas del Paraíso, lleno de huríes que brindan sus hermosos cuerpos, elásticos y perfumados, a los buenos creyentes. He aquí, exclusivamente, la única relación que los cruentos martirios pueden tener con la sexualidad, dado el temperamento lúbrico del marroquí, en cuyas llamas quiere abrasarse mucho más allá de la vida terrenal.

Santa Teresa de Jesús fué una histérica mitómana, dicho sea con tanto respeto como naturalidad, y su enfermedad una consecuencia lógica de la abstinencia genésica tan corriente entre las religiosas verdaderamente castas, y por tanto, verdaderas pervertidas sexuales, aunque no todas lo sean.

El masoquismo de la egregia Doctora de Avila es bien claro. Su neurosis abarcaba las formas más varias, desde la mitomanía verbal a la plástica. Sus obras, llenas de exaltaciones

místicas, no pasan de ser otra cosa que vulgares mitos.

Veía ángeles, demonios y, sobre todo, sentía en sus carnes la impresión quemante de agudos venablos que le traspasaban el cuerpo, y que a la vez que dolor producíanle deleites tan intensos, que terminaban en desmayos de indudable expresión erótica.

Todas estas declaraciones de la Mística Doctora acusan un temperamento ardiente y apasionado, más terrenal que del cielo, difícilmente saciable, pese a la amable protección del mismo San Juan de la Cruz.

En resumen, y, hablando claro, que cualquier jovencita de nuestros días, aficionada a la literatura, podría escribir idénticas páginas para explicar en sentido metafórico las divinas sensaciones de sus primeras noches nupciales...

Y a otra cosa.

CAPITULO XX

LOS SACRIFICIOS DE LOS NEGROS NILÓTICOS

El Cairo es más oriental que Alejandría. La parte moderna se extiende como una inmensa rueda cuyos radios son las soberbias avenidas abiertas fuera del recinto amurallado de las setenta y dos puertas que fundó Saladino.

Desde el Kalah, que es la antigua ciudadela, y viéndolo sobre la cima del monte Mokattam, todo El Cairo ofrece un panorama de belleza incalculable, con sus minaretes esbeltos como si las agujas de las mezquitas quisieran taladrar el cielo, las pirámides y la Esfinge a la derecha, el Nilo legendario y pródigo, el vasto desierto de Lybia, Gezireh, la calmosa quietud de remanso del río entre las densas y gallardas palmeras del oasis de Ghizeh...

Entre las "cocottes" elegantísimas y semidesnudas y la enigmática y bella mujer "fellah", se mezclan el deportista que conduce su torpedo de carreras y el pobre beduíno que, como un anacrónico centauro, va a lomos de su

borriquillo grotesco, minúsculo y lustroso, parecido a un juguete.

Nada puede ofrecer al viajero un realismo más pintoresco y contradictorio que unas horas de observación entre la falange cosmopolita del moderno Cairo.

Pero hablo de realismo donde todo es falso. Casi a la vista del público que transita por la calle de Nubia se fabrican antigüedades auténticas (?) a base de tierra cocida y óxido artificial. Unos alemanes han instalado una fábrica de huevos de gallina, empleando albúmina desecada, "yemmina", curioso engendro de la química teutona, y un producto calcáreo que se extrae de la concha de ciertos moluscos criados en abundancia en la isla de Philae, precisamente entre las piedras milenarias del templo de Isis.

Yo he visto a un inglés entusiasmadísimo porque acababa de adquirir en diez libras esterlinas un vaso egipcio totalmente faraónico que le vendió un fellah lagotero y simpático, haciéndole creer que lo había encontrado entre las ruinas del templo de Chaphea. Y no era más que el resto de un ánfora que salió unos meses antes de las alfarerías indígenas de la isla Elefantina.

Todo es falso, absolutamente falso. Del pasado remoto ya no quedan más pruebas que las que piadosamente se guardan en los mu-

seos. Pero de las costumbres idílicas de la gloriosa civilización, ni rastro. El egipcio de hoy es tan europeo como nosotros mismos.

Esto comentaba con un compañero de otro buque de la Compañía, buen conocedor del país y ferviente egiptólogo.

—A pesar de todo—afirmó—aún quedan inmutables, al parecer, costumbres que datan de varios miles de años: los ritos sanguinarios de los negros nilóticos que ofrendan al río sus fervores cuando la época de las crecidas llega.

El río sagrado simboliza el todo para estas gentes primitivas, que si no se oponen a la marcha de la civilización, tampoco la aceptan sinceramente. El Nilo fecunda la tierra, sustenta a sus ganados, mitiga su sed y es el dios omnipotente.

Para acallar el enojo de las deidades del río, antes sacrificaban seres humanos. Para mostrar la gratitud de sus fieles, otros sacrificios se sucedían en fiestas fabulosas. Ya, no. De cuando en cuando suelen desaparecer algunos desdichados que van a servir de pasto a los cocodrilos que infestan las márgenes del río como una maldición, acaso porque no deban morir del todo las viejas tradiciones que dieron al Egipto un alma imperecedera.

No es preciso alejarse demasiado de El Cairo para salvar la barrera que separa a las dos tan opuestas civilizaciones. Hasta las cataratas

de Assuan puede navegarse con tranquilidad río arriba, aunque luchando con el ímpetu fragoroso de las corrientes.

Un vaporcito semejante a los "ferry-boats" americanos nos llevó hasta la ciudad citada. El resto del viaje tendríamos que hacerlo a lomo de los borriquillos que nos había preparado la agencia Thos.

Entre Assuan, Karthoum y Suakin y, casi generalizando, por toda la franja de terreno que se extiende desde el Nilo hasta el mar Rojo, habitan tribus muy diversas desde el punto de vista etnológico, aunque unidas por los lazos espirituales del mahometismo.

Estas son: las de los atbaras, hamranes, nubbas y dongolawis, pertenecientes a la razas semita y hamita, aunque ya están tan mezcladas que resulta poco menos que imposible definirlas exactamente.

Llegamos a un poblado de atbaras, Tanyolo, de no más de un millar de habitantes, cuyo núcleo urbano caía bajo el dominio de un fortín situado en una eminencia del terreno, que a la razón guarnecían las tropas del Khedive. Tal precaución, según decía el oficial inglés que mandaba las fuerzas, era innecesaria, limitándose a ejercer una labor de policía simplemente, puesto que aquellos indígenas eran completamente inofensivos.

Faltaban cuatro días para que comenzasen

las fiestas dedicadas al río, consistentes, entre otros actos, en el sacrificio de numerosas vacas y ovejas, cuya sangre, según los atbaras, tenía la facultad de enrojecer las aguas lo mismo que cuando el Nilo se desborda llevando en su linfa el preciado limo que fecunda las tierras.

Estos sacrificios son, por así decirlo, como un reto al río. Y como es un dios que no admite competencias, no tarda en manifestarse en todos sus furores, saltándose el cauce con impetuosidad arrolladora y abundante en preciadísimos beneficios.

El comandante del fuerte organizó en nuestro honor una partida de caza. La noticia circuló rápidamente por todo el poblado y en seguida surgieron numerosos indígenas dispuestos a servirnos de ojeadores eficaces para no tornar con las manos vacías. Algún hipopótamo, antílopes y cabras salvajes eran las presuntas víctimas de nuestra excursión.

Estos nilóticos son buenos cazadores, con la particularidad de que no emplean armas de fuego. Se sirven de largas espadas que ellos mismos fabrican, dándoles un temple admirable. Dicen que la caza a distancias tan enormes como permiten las carabinas de precisión, sólo la practican los blancos y los cobardes. El atbara valeroso lucha cuerpo a cuerpo con los animales más feroces y supera en astucia a los más inofensivos y difíciles de atrapar.

Un disparo nuestro hirió a un antílope en una paletilla. El balazo no era mortal, pero sí lo suficiente eficaz para que el animal quedase a merced de los indígenas, que ya se encargarían de rematarlo.

Y así sucedió. ¿Pero de qué forma?

Con un ardor digno de mejor causa, tan pronto se apercibieron de que la pieza había caído abandonaron el ojeo y cayeron como una tromba sobre el infortunado antílope, al que cortaron la cabeza de un solo tajo.

Aun se debatía el bicho en los estertores agónicos, cuando sobre el charco de sangre que formaba el manantial de las heridas, cayeron igual que chacales sedientos de aquel líquido abundante y espeso, que bebían con avidez inaudita.

La sangre parecía embriagarles. Saltaban y proferían gritos verdaderamente inhumanos. Diríase que todo su sistema nervioso estaba bajo el dominio de una impulsión irreprimible y brusca.

Tales escenas volvieron a repetirse tres veces sin que pudiéramos evitarlo ni en tal sentido hiciéramos intentos, por consejo del jefe del fortín. Si estos buenos auxiliares asisten a las cacerías, es con la condición de que se les deje en libertad completa para practicar estos ritos bestiales cuya principal finalidad estriba en beber caliente la sangre de las piezas,

con lo que se adquieren las cualidades más apetecibles del animal. Del antílope la resistencia, la fiereza; del león, del hipopótamo, la fuerza arrolladora; del chacal, la astucia... Y hasta de algunas serpientes beben la sangre para asimilarse la inteligencia de estos reptiles que se deslizan y atacan sin ser advertidos más que cuando su mordedura es inevitable.

Mas no sólo es la sangre lo que enardece a estos salvajes; es también el dolor que hacen sufrir a sus víctimas lo que les causa un goce perverso que sirve de excitante para la práctica de otras costumbres. Esto lo advertí el primer día de la fiesta, espectáculo que presencié en parte con verdadera repugnancia.

Salimos de nuestro "kraal" a los gritos de los atbaras que marchaban hacia el río conduciendo numerosas cabezas de ganado destinadas al cruento sacrificio. El poblado quedó limpio de habitantes.

Cuando hubieron llegado a una ensenada que hacía el cauce del Nilo, muy ancho por esta parte, los hombres se proveyeron de las armas que llevaban las mujeres, y después de entonar unos cánticos, dió comienzo el holocausto de las reses.

El primer golpe de espada lo daban en los tendones de las extremidades posteriores, con lo que los animales quedaban paralizados. Luego todos los indígenas, sin exceptuar a los

niños, se complacían en acuchillar materialmente el cuerpo de las bestias, cuyos mugidos de dolor se confundían con los alaridos de triunfo de aquella muchedumbre de sanguinarios, ébrios de maldad, que semejaban espantables demonios cubiertos por la sangre fresca de sus víctimas.

La bebían, se embadurnaban el rostro y el cuerpo, y hasta arrancaban colgajos de carne de las innumerables y profundas heridas, que convertían a las reses en informes amasijos que ya se disputaban las moscas. Fué una orgía sanguinaria y diabólica que tornó a aquellas gentes a su primitivismo más cruel. Su ferocidad rayaba en lo inconcebible.

Pero no paró aquí la bestial ceremonia. Cuando ya los cadáveres estuvieron fríos y no destilaban más sangre de las infinitas heridas, fueron desapareciendo los salvajes formando parejas, que ocultas entre los matorrales terminaron el festín carnal con el epílogo de otra fiesta también carnal, pero incruenta.

Esto, naturalmente, no pude verlo. Pero el desmadejamiento físico de unos y otras, se advertía bien a las claras según iban sumergiéndose en el Nilo para lavarse la sangre y tonificar los nervios después de la tremenda batalla erótica bizarramente librada.

Reflexioné después en la paz de nuestro alojamiento, cuando ya los atbaras, rendidos por

tan fuertes emociones, se entregaban al descanso en sus "kraales".

Según el testimonio del jefe del fortín, estas gentes no son un dechado de normalidad analizadas desde el punto de vista sexual. Practican la pederastia con sus mujeres, como buenos musulmanes, aunque no la sodomía, por lo cual ya no me parecieron semejantes a los que habitan Argelia y el imperio de Marruecos, tan aficionados a los placeres homosexuales.

Pese a todo lo que había visto, afirmé que no era posible incluir a los niloticos atbaras en el grupo de pervertidos que forman los grandes sádicos. No tenían francos puntos de contacto con los "talengs", de Ankhordaway, aunque desde luego ocurriese entre dichos asiáticos que tanto la embriaguez como la lucha que los dos sexos sostenían previamente, rica en facetas sádicas, eran necesarias a la consumación del acto genésico.

Los amarillos, por su atonia sexual, claramente demostrada, precisaban de los preliminares dichos sólo en calidad de medio imprescindible para obtener el fin esencial, como lo es el de la perpetuación de su especie. Pero los atbaras, vigorosos, viriles y sanos físicamente, experimentaban con los sacrificios un placer diferente, como si actuaran a impulsos de una extraña psicosis de perversión que al fin les conducía a las prácticas más lúbricas. Entre

los atbaras, la finalidad es erótica, mientras que los talengs de Ankhordaway actuaban a impulsos de un honrado móvil genésico, cuyos términos no se pueden confundir.

Luego, sexualmente considerados, no cabe duda que los talengs son más normales que los atbaras.

Ahora bien: si el sadismo, en términos generales, es el goce que experimenta un individuo con el dolor que él mismo produce a otro, los atbaras nilóticos son grandes sádicos sanguinarios que gozan, extraña y misteriosa particularidad, haciendo sufrir a individuos de especie distinta, aunque ese placer no sea esencialmente genésico, pero sí un camino para llegar a él. Mas esto no quiere decir que el sadismo, como vulgarmente se cree, sea un medio adecuado para alcanzar un fin exclusivamente erótico.

Sé de un individuo mal constituído mentalmente, huelga afirmarlo, funcionario de las oficinas de un tribunal de pequeños delitos, a quien el placer que le producían las quejas y protestas de una mujer condenada a pagar una multa, provocaba en su sexualidad una emoción tan fuerte, que llegaba hasta el espasmo y la eyaculación.

¿Era un sádico este sujeto? Indudablemente, puesto que se deleitaba con el dolor ajeno.

En un centro policial hubo un agente que

gozaba apaleando a los malhechores que se obstinaban en no confesar la culpabilidad que hasta allí les llevó. Era un paranoico (reivindicante), un obsesionado por la manía—bien definida por los psiquiatras—del concepto inmoderado de la justicia más inflexible.

En la sexualidad del "policeman", este sadismo tenía una virtud diametralmente opuesta a la que se producía en el alguacil, pues se excitaba de tal forma, que el día que "actuaba" con el vergajo de manatí, no podía cumplir con su compañera los deberes característicos del esposo enamorado.

He aquí, pues, las dos formas más opuestas del sadismo relacionado con la función sexual. En uno, obraba los efectos de un potente afrodisíaco, mientras en otro, inversamente, afirmaba completamente la inhibición genésica.

Entre seres de la misma especie, puede admitirse referida aberración, aunque sólo hasta cierto punto más prudente que lo que muchos estiman. Pero, repito, ¿qué habremos de decir de los atbaras y del poder afrodisíaco del vaho cálido de la sangre de unas bestias?...

Etiológicamente analizado el caso, el sádico es siempre un degenerado hereditario. Los síntomas visibles suelen consistir en el cretinismo. La asimetría facial, la desigualdad de las orejas y el prognatismo, son detalles que no

pueden pasar inadvertidos al observador iniciado.

Mas los atbaras no presentan dichas características. Fisiológicamente, creo que son hombres normales, lo que no pude decir al referirme a los degenerados talengs de Ankhordaway.

Los negros nilóticos, resistentes y habilísimos cazadores, llevan casi siempre a sus mujeres a las partidas de caza que efectúan por todo el territorio de la tribu. No es la necesidad de alimentos lo que les impulsa a emprender tan penosas excursiones cinegéticas: es, esencialmente, la necesidad de matar, de hacer sufrir a las bestias que con tanta saña persiguen y de beber su sangre en los bordes de la herida. Claro que a las cacerías suceden los desenfrenos eróticos más bárbaros.

Así, pues, les llamaremos sádicos. Pero menos inquietantes que el alguacil del tribunal, y su sadismo más útil que el del "policeman" a que antes me he referido.

FIN

INDICE

INDICE

	Página
A manera de prólogo y ensayo sobre Cristianismo, Pudor, Coeducación y Sexualidad perversa	9
I.— La danzarina rusa	25
II.— La esposa del mar	31
III.— Los crímenes del templo de Kamakura	41
IV.— La dama del perrito pekinés	51
V.— Un accidente en el baño	59
VI.— Un caso de fetichismo	67
VII.— El pederasta necrófilo	75
VIII.— El sacrilegio del templo de Shiwa	85
IX.— Los absurdos paraisos de Fu-Chow	91
X.— Los invertidos de Hong-Kong	101
XI.— Los recursos de las damas amarillas	111
XII.— El dilema de Alfred Tarde	125
XIII.— Los cabarets de Singapoore	137
XIV.— La panacea del curandero de Belawang	149
XV.— Las gentes malditas de Ankhordaway	165
XVI.— Los hijos artificiales	185
XVII.— La extraña manía de Mr. Warner	195
XVIII.— El mayor atractivo de las chinas	207
XIX.— Religiosos y farsantes sádicos y masoquistas	215
XX.— Los sacrificios de los negros nilóticos	231


PEDRO GUIRAO
SEIS ENSAYOS
SOBRE
ESOTERISMO